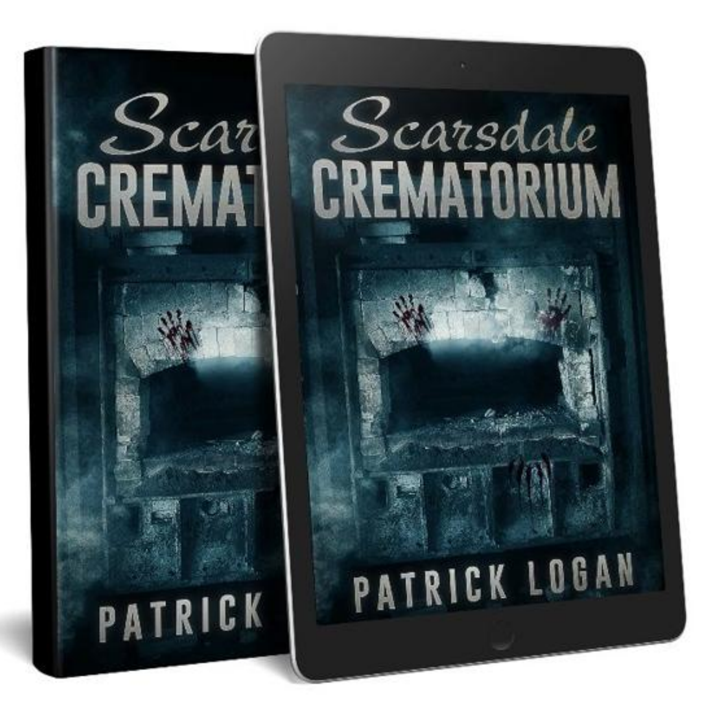

Crematorio
SCARSDALE
PATRICK LOGAN



Suscríbase a *mi* boletín de noticias para estar al día de las novedades, participar en concursos especiales y recibir descuentos exclusivos.

Para empezar, dirija su navegador a www.PTLBOOKS.com.

No deje de visitar mi grupo de Facebook para hablar de mis libros y de todo lo relacionado con el terror y el thriller: www.facebook.com/groups/LogansInsatiableReaders/

FIN

Nota del autor

Crematorio Scarsdale

La serie embrujada

Libro 4

Patrick Logan

Prólogo

Los únicos sonidos que se oían en el helicóptero eran el chirrido de las aspas y la lluvia que golpeaba las ventanillas.

Pero aparte de eso, ninguno de los pasajeros dijo una palabra.

Robert tenía los ojos bajos y la mirada fija en sus manos ensangrentadas. Temblaban.

Hoy le había quitado la vida a un hombre, un hombre que había estado vivo. Esto no era como James Harlop o George Mansfield o incluso Andrew Shaw.

Esto era diferente.

El padre Callahan había sido un ser humano que vivía y respiraba, y aunque su cuerpo se había partido por la mitad y estaba a punto de morir, Robert lo había empujado al borde del abismo. Lo había matado, con misericordia, desde luego, pero sus actos no habían estado exentos de repercusiones.

Y eso no decía nada de lo que Sean había hecho: matar al hombre de las manos atadas, empujar al alcaide al interior de la Médula.

Robert entrelazó los dedos, tratando de obligarlos a dejar de temblar.

"Entonces", dijo Cal por fin, rompiendo el silencio. Robert levantó los ojos, un proceso extrañamente laborioso.

Estaba agotado, mental y físicamente.

Cal no se dirigía a él, sino que miraba al chico de las gafas redondas, con los ojos desorbitados tras los gruesos cristales manchados de sangre.

"Así que quieres ser un cazafantasmas, ¿no?"

Allan Knox no respondió. En su lugar, sus manos siguieron jugueteando con los restos destrozados de una cámara que descansaba sobre su regazo. En lugar de responder, el hombre -más un niño que un hombre, en realidad, aunque estaba claro que ese día había envejecido considerablemente- retiró la lente roja, extrañamente intacta, del cuerpo de la cámara. Limpió un poco de sangre de la lente roja, se la acercó a un ojo y miró a Cal a través de ella.

Lo que dijo a continuación les sorprendió a todos.

"Sí", dijo, con la voz seca y ronca. Se aclaró la garganta antes de continuar. "Sí, esto es lo que siempre quise".

Robert miró fijamente a Allan, con la boca torcida en una mueca. Se mordió la lengua, ocultando un comentario mordaz justo detrás de los dientes.

¿Cómo puedes querer esto? Esta... esta muerte... muerte por todas partes. ¿Cómo puede alguien querer esto?

Robert deseaba más que nada no haberse sumergido nunca en este

mundo. Aunque Shelly le había regañado por las palabras, cuando las había pronunciado entonces, lo había hecho en parte en broma. Esta vez, sin embargo, Robert deseaba de verdad haber estado en el coche con su familia cuando habían muerto.

Cuando Amy murió...

Amy... ¿cómo está Amy involucrada en todo esto? ¿Por qué está involucrada?

Se hacía tantas preguntas que la cabeza le daba vueltas. Se había metido en aquel fiasco pensando que podría obtener algunas respuestas, pero, en todo caso, su estancia en Seaforth no había hecho más que aumentar la confusión.

Carson...

"Tiempo estimado de llegada once minutos hasta la finca", la voz del piloto crepitó en sus auriculares.

Y el libro-Inter vivos et mortuos-¿Qué *había en el libro que el padre Callahan quería que viera? ¿Que gastaría sus últimas palabras en decirme que lo consiguiera? ¿Era sobre Amy? ¿La profecía?*

"Entendido", respondió Sean.

Robert negó con la cabeza.

El libro... necesito encontrar el libro. Tiene que tener respuestas.

"No", graznó.

Todos en el helicóptero se volvieron para mirarle: Sean, Shelly, Allan, Cal. Incluso Aiden, en el asiento del copiloto, giró la cabeza.

No sabía si estaban más sorprendidos por lo que había dicho o por el simple hecho de que hubiera hablado.

Robert desvió la mirada hacia la ventana, un esfuerzo deliberado para asegurarse de que Shelly o Cal no le convencieran de lo contrario después de decir lo que iba a decir a continuación.

"No voy a la finca", dijo simplemente.

"¿Qué? Robert-" Shelly se inclinó hacia él mientras hablaba, pero Robert se limitó a cerrar los ojos y sacudir la cabeza. Tras respirar hondo, volvió a abrirlos y se armó de valor para mirarla.

Shelly se había echado hacia atrás en la silla, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. Sin embargo, a pesar de su postura frustrada, su expresión no coincidía.

Sus rasgos estaban pintados de pura tristeza.

"No puedo volver", casi susurró, desviando de nuevo la mirada. "Hay algo más que tengo que hacer".

Parte I - Trucos con la cámara

TRES MESES DESPUÉS

Capítulo 1

Jonah Silvers gruñó y se secó la frente con el dorso de la mano enguantada. El guante estaba negro de hollín, lo que sólo servía para esparcir la suciedad en lugar de eliminarla.

Escupió en el suelo de cemento antes de volverse hacia el horno y mirar dentro.

"Joder", murmuró, sacudiendo la cabeza. Había vuelto a apagar los quemadores demasiado pronto. Secándose el sudor de los ojos, pudo ver que no todos los huesos se habían convertido en polvo; aún podía distinguir claramente el cráneo, los huesos de la cadera, incluso el contorno de una médula espinal cubierta de hollín negro.

Jonás miró a su alrededor mientras sopesaba sus opciones. Tardaría otros treinta minutos más o menos en poner el horno a temperatura, y ahora que lo que quedaba del cuerpo se había enfriado, tardaría al menos otra hora en reducirlos a polvo.

Sus ojos acabaron vagando hasta que se posaron en la bolsa para cadáveres que había abierto justo antes de apagar el horno. El rostro de la mujer le miraba con ojos fríos y muertos. Había bajado la gruesa bolsa de plástico hasta el ombligo, dejando al descubierto unos pechos grandes y blancos.

"Es culpa suya, señora Kyra", dijo, y luego ahogó una risita. Sus ojos se quedaron clavados en los pálidos pechos de la mujer, y necesitó toda su fuerza de voluntad para volver a mirar hacia el horno.

Hoy no sólo había que llegar hasta la señora Kyra; había que quemar tres cadáveres más, y ya se acercaba la medianoche.

Jonás se decidió y empujó la pala hacia delante. Luego, con el sudor cayéndole de la cara por el calor que aún irradiaba del horno, utilizó la esquina para empujar el cráneo hasta el fondo. Hizo lo mismo con los huesos de la cadera. Afortunadamente, lo que él había pensado que era una médula espinal terminó siendo sólo bolsas de aire dejadas por los huesos viejos. Jonás recogió una palada de hollín y la vertió en la caja forrada de plástico que tenía a sus pies. El polvo se hinchó y se adhirió a las zonas expuestas de su cara, muñecas y cuello, que estaban resbaladizas por el sudor.

Jonás apenas se dio cuenta.

Tras varias paladas más, volvió su atención a la bolsa, observando el polvo gris que había dentro de la bolsa oscura.

Es suficiente, supuso. *Mierda, dudo que alguien mire en estas cosas.*

Satisfecho con su trabajo, Jonás se inclinó, levantó la caja y la dejó sobre la mesa detrás de él con las otras tres. Luego se volvió hacia la señora Kyra.

Jonás inclinó la cabeza hacia un lado, inspeccionando de nuevo a la mujer. Tenía los ojos hundidos y las mejillas cetrinas. El maquillaje que habían utilizado para el ataúd abierto se había borrado, o su actual estado de descomposición había limitado su eficacia.

Aun así... no tenía mal aspecto para ser una maestra muerta de cincuenta y tres años.

"Qué pena que no tengamos más tiempo para jugar, cariño. Me encantaría enseñarte algunas cosas... algunas cosas que no aprendí en la escuela".

Jonás resopló mientras se inclinaba para levantarla y le daba un último y fuerte apretón en el pecho izquierdo. Ver las marcas de sus dedos en la carne pálida, que no recuperaba su forma original, le provocó otra risita.

Luego se puso manos a la obra y, con un gruñido, le subió el cuerpo al hombro izquierdo. Era más pesada de lo que había pensado, y Jonás tuvo que forzar su considerable barriga hacia atrás para asegurarse de no caer hacia delante bajo su peso. Con su metro setenta y cinco de estatura, Jonah se alegraba de que su complexión -gruesa, con sobrepeso- mantuviera su centro de gravedad bajo, enraizado.

Dejó caer el cuerpo de la Sra. Kyra sobre la mesa, junto a los restos incinerados, y empezó a sacarla de la bolsa. Claro que habría sido más fácil hacerlo en el suelo, pero en el sótano estaba oscuro y quería verla bien. Jonah sacó primero los pies de la bolsa para cadáveres y miró detenidamente el montículo de vello púbico que tenía entre las piernas. Se maldijo por no haber planificado bien su tiempo, antes de sacarla por completo de la bolsa y volver a ponérsela al hombro.

Jonás giró y dejó caer el cuerpo sobre el borde del horno. Había pensado ponerla primero de culo y luego bajar la mitad superior del cuerpo, pero la señora Kyra tenía algo de carne en el culo y los muslos, y él volvió a subestimar su peso... y su estado de rigor.

El cuerpo cayó hacia atrás y, durante un breve instante, Jonás hizo todo lo posible por mantenerla en pie. Pero era una batalla perdida, y ¿qué importaba realmente, de todos modos? La señora Kyra estaba muerta.

Jonás se apartó del horno y vio cómo su cuerpo caía, su cabeza chasqueando sonoramente contra las baldosas de cerámica. Su cuerpo incluso rebotó un poco antes de detenerse por completo.

Colocó las palmas de las manos en las plantas de los pies de ella, esta vez preparadas para su peso, se inclinó y empujó con fuerza. En el interior del horno resonó un horrible sonido de raspado -la piel endurecida y parecida al cuero pasando por encima de los fragmentos de hueso que quedaban-, pero Jonás no le prestó atención.

Lo había oído antes, muchas veces.

Tras una última sacudida, se dirigió a un lado del gran horno, con

el que a veces bromeaba que haría la pizza más rápida del mundo, y pulsó el gran botón rojo con la palma de la mano cubierta por un guante mugriento. Se oyó un estruendo gutural en algún lugar bajo sus pies, seguido del silbido del gas liberado. Jonás se dirigió rápidamente a la parte delantera de nuevo, ansioso por ver arder el cuerpo.

Esta era su parte favorita: ver cómo las llamas lamían primero la parte inferior de los cuerpos, haciendo que la piel burbujeara y luego se volviera negra. El olor era malo, incluso él lo reconocía, pero estaba tan perdido en un estado de euforia mientras el pelo ardía, los ojos chisporroteaban y estallaban, los pechos se desinflaban, que apenas se dio cuenta.

Y en las profundidades del sótano del Crematorio de Scarsdale, Jonás era libre de mirar a su antojo. Eran momentos como estos los que disfrutaba.

La primera de las llamas salió disparada de las rejillas de abajo, despidiendo un calor rugiente que le salpicó la cara, iluminando su ancha nariz y sus rasgos embadurnados de hollín con un resplandor anaranjado.

Sus labios se entreabrieron en una mueca de desprecio, y pudo sentir cómo la parte delantera de sus pantalones, cubiertos por un grueso y pesado delantal, empezaba a tensarse.

Algunos días, si tenía suerte, las llamas hacían que el cuerpo se incorporara. Era raro, pero ocurría.

Jonás sabía que debería estar guardando los otros restos, rellenar el estúpido registro de finalización que el gilipollas de su jefe le obligaba a hacer cada vez, y que ya iba retrasado, pero tenía que mirar.

Sólo por un rato.

Sólo hasta que la Sra. Kyra ya no fuera reconocible.

Y entonces, para su absoluto deleite, mientras las llamas seguían ennegreciendo y crujiendo la parte inferior de su cuerpo, la señora Kyra empezó a levantarse.

Jonás dio una palmada de alegría, la opresión en la parte delantera de sus pantalones crecía hasta tal punto que hacía casi imposible mantenerse erguido sin causarle molestias.

El horno tenía más de tres metros de profundidad y cuatro de ancho, pero no era muy alto: con sólo un metro de altura, cuando el cuerpo de la Sra. Kyra empezó a doblarse por la cintura, sólo pudo llegar a un tercio del camino hasta quedar sentada antes de que su cabeza, con los ojos aún en blanco, orbes nublados, *se golpeara* contra la parte superior. Se oyó un chisporroteo cuando la piel de su frente se unió a la cerámica caliente.

"Es un buen día", susurró para sí mismo, sus ojos centelleaban al reflejar las llamas. "Un día realmente bueno".

Llevaba más de tres años trabajando en el crematorio y había incinerado cientos de cadáveres en ese tiempo, pero ésta era sólo la cuarta vez que un cuerpo se sentaba así.

La primera vez que había sucedido, Jonah casi había perdido la cabeza. Y esa vez -esa vez- se había alegrado de que Vinny hubiera estado allí con él.

"A veces pasa", le había dicho el hombre con su voz nasal de bobo. "No sé por qué, y es muy raro, pero pasa. Por eso puse la pantalla".

Pero Jonás odiaba la mampara, una puerta en forma de malla diseñada para mantener el calor, pero que también le bloqueaba la vista.

Ahora, en esta cuarta ocasión, el cuerpo sentado tuvo un efecto completamente diferente en él.

Un ejemplo: la estrechez de sus vaqueros.

Vivía para esta mierda, ¿quién habría pensado que abandonar el instituto después de haber sido acosado hasta la saciedad durante años le habría traído hasta aquí? Ni siquiera el agujero de mierda que era Scarsdale debería haberle contratado, dado su historial.

Pero lo habían hecho, y ahora él estaba aquí.

Y le encantaba.

Era su vocación, eso estaba claro. Se preguntaba por qué su orientador le había sugerido, entre otras cosas, un aprendizaje de fontanería.

A la mierda.

Mientras Jonás observaba, la señora Kyra -que por cierto no era su verdadero nombre; todas las mujeres del crematorio se llamaban como su profesora del instituto, la que le había regañado y luego tocado- seguía levantándose con una determinación inusitada. Su frente seguía empujando el techo del horno, forzando el cuello hacia delante.

"Hoy es un buen día", dijo con una risita. De hecho, era tan bueno que se llevó la mano al cuello y se quitó el delantal, dejándolo caer al suelo en un montón. Luego se agarró la erección a través de los vaqueros, apretándola con fuerza con el guante mugriento.

Mientras él observaba, absorto en una mezcla de placer y asco, las llamas seguían quemando su mitad inferior, haciendo que sus piernas se ennegrecieran hasta quedar crujientes. Pero como estaba sentada, su parte superior, incluidos sus pechos blancos y pálidos, estaba relativamente ilesa. El protocolo consistía en obligarla a bajar de nuevo utilizando la pala, al menos eso fue lo que hizo Vinny, pero no había forma de que lo hiciera. De hecho, la forma en que estaba sentada... si su parte inferior no estuviera tan carbonizada, él habría considerado sacarla de nuevo y hacer lo que quisiera con ella.

La Sra. Kyra seguía sentada, la presión en la frente era tal que le hacía sobresalir la garganta como un bocio. Y, sin embargo, la presión

parecía aumentar en lugar de disminuir.

Los otros tres cuerpos que se habían sentado habían vuelto a bajar lentamente a medida que la temperatura dentro del horno alcanzaba cierto umbral. Pero esta... esta señora Kyra parecía sentarse aún más fuerte a medida que la temperatura subía.

"Sí, una muy, muy..."

Pero ocurrió algo tan inesperado que incluso Jonás se quedó sin palabras.

La presión fue excesiva para la carne tensa y muerta de la señora Kyra, y su garganta se abrió de repente, un tajo sorprendentemente limpio e incruento que hizo que su cabeza se echara hacia atrás, dejando al descubierto el interior de su garganta.

"Vaya", susurró, deteniendo momentáneamente el rítmico agarre de su erección.

Esto era nuevo. Y lo nuevo era emocionante.

Pero lo que ocurrió a continuación ablandó a Jonás de inmediato. Las dos mitades de su cuello empezaron a moverse, como una boca gigante y sin labios. Y luego, mientras tragaba con fuerza, pensó que los movimientos empezaban a parecer menos aleatorios, como si trataran de formar palabras.

Y entonces, para su horror, oyó una voz.

"Jonaaaaaaaaaaah".

"¿Qu-qu-qu-qu-?" balbuceó Jonás. Se tambaleó hacia atrás, pero la mesa con las bolsas de ceniza detuvo su avance.

"Jonaaaaaaaaaah", siseó aquel tajo sin labios lo suficientemente alto como para que se oyera por encima del sonido de las rugientes llamas. "Ven a unirte a mí aquí, Jonaaaaaaaaaaah".

"¿Qué coño está pasando?", balbuceó.

Esto era nuevo, pero ya no era tan emocionante; en cambio, era francamente aterrador.

Jonás se agachó, con los ojos aún clavados en la herida del cuello de la señora Kyra, y agarró la pala con la mano derecha, antes de volver a ponerse en pie.

"Jonaaaaaah, es agradable y acogedor aquí. ¿Por qué no te unes a mí?"

Jonás tragó saliva y agarró la pala con más fuerza. Y entonces, inexplicablemente, dio un paso adelante.

"Sí, así es, Jonah, únete a la Sra. Kyra... ¡únete a míeeeeeeeee!"

"No", susurró, pero sus acciones desmentían sus palabras. Dio otro paso adelante, luego otro. Y entonces dejó caer la pala, que repiqueteó con fuerza en el suelo de cemento.

Lo último que quería hacer Jonás Silvers era acercarse al horno, con o sin que la señora Kyra le hablara. El calor por sí solo era insoportable.

Y, sin embargo, siguió deslizándose hacia delante. Era como si aquella mujer, la de los pechos aún deformados por sus apretones, tuviera algún tipo de control sobre él.

"Sí", exclamó el cuello, antes de romper en una larga y lenta carcajada. "Sí, Jonás, sí".

La visión de Jonás empezó a oscurecerse, las brillantes llamas naranjas y amarillas parecían atenuarse a pesar de que ahora estaba más cerca. Y entonces, cuando estaba a medio metro del horno, el calor era tan fuerte que sintió que sus labios empezaban a ampollarse, Jonás hizo lo impensable.

Extendió la mano y la puso sobre el borde hirviente del horno. Incluso a través de los gruesos guantes, sintió inmediatamente el siseo de su carne chamuscada, pero no se dio cuenta.

Lo único que quería Jonás era meterse en el horno, acurrucarse junto a la señora Kyra y darle un último apretón en la teta.

Y lo habría hecho. No había duda en su retorcida mente de que eso era exactamente lo que habría hecho.

Pero una voz, otra voz, le hizo retroceder.

"Ven aquí, Jonás."

Jonás giró la cabeza, lo que rompió el hechizo que el cadáver ejercía sobre él.

Había un hombre en las sombras, un hombre alto y delgado que no era más que una silueta en la oscuridad. Jonás intentó apartarse, con la intención de agarrar la pala, pero sus guantes se habían adherido a la cerámica caliente.

"¿Vinny?", preguntó, con un dolor que empezaba a subirle por los brazos. "Vinny, ¿eres tú? Necesito... necesito ayuda, por favor, Sra. Kyra... Sra. Kyra, ella..."

La silueta negó con la cabeza.

"No es Vinny, pero he visto lo que has hecho aquí."

De repente, Jonah apretó los dientes. Inmediatamente se sintió transportado a la época en que Johnny Parker se había asomado por encima de la caseta y lo había sorprendido masturbándose en noveno curso. Aquel acto había hecho que su vida entrara en una espiral de tormento y odio hacia sí mismo. Por eso le gustaba tanto su trabajo: los muertos nunca se quejaban. Los muertos nunca se burlaban de él.

"¡No has visto nada! No estaba haciendo nada. Sólo mi trabajo, nada más", gritó.

El hombre de las sombras se rió, y la furia de Jonás aumentó. Con nuevas fuerzas, consiguió despegar las manos del horno de cerámica, dejando tras de sí dos huellas de goma y varias capas de piel burbujeante.

Aun así, apenas se dio cuenta del horrible dolor que le subía por los brazos.

"¿Te ríes de mí?", siseó. "¿Te atreves a reírte de Jonah Silvers? ¿Sabes quién soy? ¿Sabes lo que he hecho?"

Los ojos de Jonás se dirigieron a la pala que se le había caído antes. No sabía si sería capaz de agarrarla con sus manos destrozadas, pero estaba decidido a intentarlo.

"¡No has visto nada!", gritó. "¡Te voy a matar!"

Pero la risa del hombre no hizo más que aumentar de tono.

"Oh, Jonás, no podrías matarme. No puedes hacerme nada. De hecho, no eres más que un puto pervertido, ¿no? Toquetear cadáveres, eso es lo tuyo, ¿no? No es matar".

La rabia de Jonás se aplacó, como aquel día hacía más de veinte años. Huyó de él porque el hombre tenía razón. No era un asesino. Nunca lo fue. Sólo era un pervertido débil y patético.

"¿Sabes lo que me gusta de ti, Jonah? Me gusta que seas leal, y eso es lo que necesito ahora mismo. Alguien que sea leal".

"¿Para qué me necesitas?" Jonah preguntó, su voz mansa ahora.

"Estoy construyendo un ejército".

"¿Un ejército? ¿Qué...?"

Pero entonces el hombre dio un paso adelante, y por primera vez desde que había aparecido, aparentemente desde el aire, se puso a la luz del fuego.

A Jonás se le escapó un jadeo cuando el hombre le puso una mano suave en el hombro.

¿"Carson"? ¿Eres tú? ¿Cómo...?"

Pero entonces el hombre empezó a reírse de nuevo, cortando sus palabras.

Capítulo 2

"**¿Tienes la cámara** preparada?"

Allan volvió a comprobar la lente, asegurándose de que estaba bien atornillada.

"¿Sí?" preguntó Cal.

"Sí, estamos bien", respondió, tratando de evitar que la inquietud que sentía en el pecho se filtrara en su voz.

"¿Seguro?"

Allan se encogió de hombros, y su confianza se fue debilitando con cada pregunta.

"Piénsalo, piénsalo".

Shelly levantó los brazos.

"Esto es una puta estupidez. ¿En serio? ¿Usando las cámaras para, qué, capturar el quiddity?"

Cal apartó la vista de la cámara y miró a Shelly por encima de las lápidas.

"¿Qué, Shelly? ¿Qué quieres que digamos? ¿Qué podríamos decir que te hiciera feliz? ¿Eh?"

Shelly le devolvió la mirada durante un momento, luego cruzó los brazos sobre el pecho y frunció los labios.

"¿Y bien?"

"No importa."

Dio un paso atrás como si reconociera su contribución al experimento a medias.

Pero Cal no había terminado, todavía no. Desde que Robert había obligado a Sean a bajar del helicóptero en un campo vacío, de todos los lugares, y se había bajado a pesar de sus súplicas, las de Shelly y las de Sean, había estado actuando mal.

Y eso fue hace tres meses.

Que se joda. Como Rob, no siempre se trata de ti, Shelly. Supéralo.

"No va a volver, Shel. Sólo acéptalo, sigue adelante. Lo he hecho. Es un imbécil egoísta, nos dejó aquí para lidiar con este lío nosotros solos".

El rostro de Shelly se contrajo y, por un instante, pensó que la había llevado más allá del límite.

Amor duro, necesita amor duro.

Pero entonces, para su sorpresa, su expresión se relajó.

"Tienes razón, Cal. Lo siento."

La respuesta le resultó tan extraña que cambió inmediatamente de tono.

¿"Chicos"? Creo que deberíamos prestar atención. Quiero decir, entiendo que..."

¿"Shel"? ¿Estás bien? ¿Quieres...?"

"¡Chicos!"

El miedo en la voz de Allan desvió la mirada de Cal de los ojos abatidos de Shelly.

"¿Qué, Allan? ¿Qué pasa?"

No había querido que las palabras salieran con tanta vehemencia, pero lo cierto era que compartía parte de la aprensión de Shelly ante todo aquel montaje.

Fue Allan quien propuso la idea, lo que no me sorprendió, ya que era el único de los tres que sabía algo de informática o tecnología. Dijo que había estado trabajando en una idea, una idea de que las cámaras que había creado que podían ver el quiddity también podrían ser capaces de capturarlos.

Sonaba descabellado, pero ¿qué se suponía que debía hacer? Cal ni siquiera se planteó hacer lo que Robert había hecho en Seaforth: exigirle que se detuviera. No tenía ni puta idea de cómo lo había hecho Robbo -ninguno de ellos la tenía- ni siquiera de *qué* había hecho exactamente, pero tenían claro que era algo exclusivo de él.

"¿Chicos? Hay alguien aquí."

Cal salió de su asombro y levantó la vista de una de las tres cámaras que habían instalado para triangular el quiddity.

Un hombre alto y delgado, de espeso pelo gris, entró en el claro. Cal se quedó boquiabierto y miró al hombre, que parecía, al menos por el momento, ajeno a su presencia.

Bueno, por muy descabellado que sea, vamos a ponerlo a prueba más pronto que tarde.

El hombre debía de tener poca vista; se movía con cautela entre la hierba alta a paso de tortuga. Cal había tenido una tía ciega y ella caminaba de la misma manera, con las plantas de los pies siempre en contacto con el suelo para asegurarse de que no le sorprendieran escaleras o precipicios.

Cal miró a Shelly, que miraba con ojos de insecto al hombre, del que se dio cuenta que vestía algún tipo de atuendo naval. Ella debió de sentir su mirada, porque giró lentamente la cabeza hacia él. Cal se encogió de hombros y señaló la cámara montada en un trípode a unos metros de ella.

Shelly se deslizó hacia la cámara.

"¿Hola? ¿Quién está ahí?", gritó de repente el hombre, levantando la cabeza. Cal se volvió hacia Allan a continuación, pronunciando las palabras: "¿Qué coño hacemos ahora?".

Allan utilizó el dedo para indicar la zona de la hierba a la que habían apuntado con la única luz, donde planeaban atraer al quiddity para poner a prueba la descabellada teoría del chico.

¿Cómo coño voy a conseguir que pase por ahí?

De repente, el hombre del pelo canoso giró la nariz hacia el cielo y pareció olfatear el aire.

"Sé que estáis aquí, cabrones", escupió. "¿Qué habéis hecho con mi mujer?"

Cal negó con la cabeza.

¿Su mujer?

La actitud confusa del hombre le recordó al guardia de Seaforth y, antes de eso, a Jacky Harlop, limpiando desesperadamente el suelo de la finca Harlop.

"¡Vamos! Dijo Allan. "¡Vamos!

Cal echó otro vistazo al ciego que olfateaba el aire y decidió que qué demonios. Siendo ciego, o casi ciego, no había forma de que el hombre pudiera atraparle si las cosas se torcían.

Y quizá era un buen momento para poner a prueba su nueva energía y su físico.

Cal se decidió y se adentró en el claro entre las lápidas encaladas.

"¡Eh!", gritó, encogiéndose de hombros ante Shelly cuando ésta le entrecerró los ojos.

"Lo sabía", se mofó el hombre. "¿Dónde está?"

Cal dio otro paso, asegurándose de que el claro quedaba directamente entre él y el anciano.

"Sí, tenemos a tu mujer... ¿por qué no vienes a buscarla?"

El hombre se detuvo, todavía olfateando el aire.

Y entonces sus viejos huesos parecieron descongelarse, y de repente salió disparado, corriendo a una velocidad alarmante hacia Cal.

"¡Mierda!" gritó Cal, con los ojos desorbitados. Se giró y empezó a correr en dirección contraria mientras el viejo se acercaba rápidamente a los seis metros que los separaban. Su primer instinto fue huir hacia el bosque, alejarse de aquel oficial de la marina enloquecido que parecía estar canalizando su Usain Bolt interior, pero el grito de Allan lo dirigió hacia otro lugar.

"¡Cal! ¡La cámara! ¡Ve a la cámara!"

Giró bruscamente a la derecha, derrapando sobre la hierba cubierta de rocío. Respirando con dificultad, se enderezó detrás de la cámara justo cuando el hombre entraba a toda velocidad en la zona triangulada.

"¡Ahora!" Allan gritó. "¡Toma la foto ahora!"

Cal, con la cara roja y las piernas ardiendo, ni siquiera se molestó en mirar por el visor. En lugar de eso, se limitó a apretar furiosamente el disparador.

Pero el hombre seguía viniendo.

"¿Allan?", gritó.

Pero ya era demasiado tarde; el quiddity con uniforme de la marina se estrelló directamente contra su trípode.

Y entonces cayó encima de Cal.

Capítulo 3

"¿Y la grieta está cerrada?"

Sean Sommers asintió.

"Cerrado", confirmó. La figura sentada frente a él estaba envuelta en una pesada capa que cubría sus rasgos con sombras. Cuando hablaba, sus palabras eran entrecortadas y andróginas.

"¿Lo hiciste tú?"

Sean negó con la cabeza.

"¿No? ¿Quién, entonces?"

"Robert", dijo. "Robert sacó al guardián del libro, cerró la grieta. Leland seguía atrapado dentro".

El hombre de la capa inclinó ligeramente la cabeza, como si contemplara las palabras de Sean, y la capucha se movió, dejando al descubierto una barbilla blanca y pastosa. Sus manos, que eran más pequeñas de lo que Sean podría haber pensado dada la voz ronca del hombre, se movieron rápidamente para tensarla de nuevo.

"¿Y el libro? ¿Has localizado el libro?"

Sean negó con la cabeza.

"Negativo. Hice que algunos hombres revisaran la iglesia, pero no pudieron localizarla. Pero... pero creo que deberías saber que no somos los únicos buscándola".

De nuevo, la inclinación de la cabeza.

"¿No?", preguntó el hombre, con la sorpresa en la lengua. "Dijiste que Carson había muerto en la explosión; hicimos todo lo posible por ocultarlo, Sean. No fue fácil convencer a los medios de comunicación de que la explosión frente a la costa de Nueva Jersey se debió a una burbuja de gas, desenterrada por la reciente actividad sísmica. Pero los que conocían la prisión... fueron más difíciles de persuadir".

Sean volvió a negar con la cabeza.

"No, Carson está muerto."

Hubo una breve pausa.

"¿Estás seguro?"

Sean se miró las manos al responder.

"Sí. Lo hice yo mismo", mintió. "Robert eliminó al sacerdote, yo eliminé a Carson".

"¿Y qué hay de Robert ahora? ¿Robert y su banda? ¿Están listos para su próxima tarea?"

Los dedos de Sean se tensaron sobre la dura mesa de madera.

"No, esa es la cuestión... es Robert quien está buscando el libro. Él sabe de la profecía".

Durante mucho tiempo, el hombre que tenía enfrente no dijo nada. Finalmente, cuando el silencio se prolongó tanto que Sean empezó a

sentir que el tiempo se había ralentizado, como había ocurrido en la prisión, levantó la mirada.

"¿Señor? ¿Es...?"

"¿Cuántos Guardianes quedan, Sean?"

Sean hizo algunas cuentas mentales.

"Tres", dijo con firmeza.

"Y la grieta sólo puede abrirse usando uno de ellos, eso es lo que dice la profecía, ¿correcto? ¿Un Guardián o el Guardián del Libro?"

Sean asintió.

"Sí, tres, ahora que el Guardián se ha ido. Sólo un Guardián atrapado entre mundos puede abrir la grieta, y sólo la chica puede mantenerla abierta el tiempo suficiente para que las almas regresen".

El hombre de la capa hizo un sonido de succión con los dientes.

"Déjame preguntarte algo, Sean: ¿de qué sirven los Guardianes si no pueden custodiar nada? ¿Si su mera existencia amenaza la solemnidad de la Médula?".

Sean se mordió el labio, sabiendo lo que venía a continuación.

"¿No sería más fácil eliminar a cada uno de ellos?"

Sean no respondió. El hombre de la capa sabía, por supuesto, que el propio Sean era uno de los tres restantes.

"Por ahora, hagámoslo simple. Encuentra el libro, Sean, no queremos que caiga en las manos equivocadas. Esa es tu prioridad. ¿Siguen siendo útiles los otros en la finca Harlop?"

Sean contempló esto por un momento. Estaba Shelly, por supuesto, pero los otros dos...

"Tal vez", dijo al fin.

"Tal vez", repitió el hombre. "Tu ambivalencia en esta situación es alarmante. Al fin y al cabo, éste es tu lío: fuiste tú quien se reveló a Robert y lo trajo al redil, lo que inició toda esta cadena de acontecimientos. Eres consciente de ello, ¿verdad? Te recomendé específicamente que lo mantuvieras al margen de esto".

De nuevo, Sean guardó silencio.

El hombre suspiró.

"¿Cuáles son las posibilidades de que Robert encuentre el libro?"

"Baja-minimal. Si mis hombres no pudieron encontrarlo, dudo que él pueda. Pero, me siento obligado a decirle que el poder del hombre está creciendo. Él solo..."

El hombre hizo un gesto despectivo con la mano.

"Tienes que encontrar el libro. Esa es tu prioridad. Aunque la grieta está cerrada por ahora, todavía siento una perturbación. Hay más muertos dando vueltas de los que debería haber. Si el Trío Harlop aún es útil, envíalos a derrotar a algunos de los más agresivos. Pero encuentra el libro".

Sean asintió y empezó a levantarse, metiendo la mano en el bolsillo

y acariciando el gastado paquete de cigarrillos que contenía.

"Pero esta vez, Sean, sé discreto al respecto. No habrá más accidentes".

Sean tragó saliva y asintió enérgicamente antes de salir de la habitación.

Una vez fuera del complejo de apartamentos, encendió su cigarrillo e inhaló profundamente.

No habrá más accidentes.

Obtuso, vago.

Por desgracia, Sean era muy consciente de lo que le ocurriría si volvía a cometer un desliz.

Capítulo 4

Michael Grant Young cerró la ducha y pisó las baldosas de pizarra caliente. Mientras el vapor lo envolvía, cogió una de las varias toallas de algodón con las iniciales MGY en el borde y se la puso alrededor de la cintura. Deliberadamente, pero sin prisa, se dirigió al espejo, dejando tiempo para que se disipara el vaho.

Mientras seguía esperando, Michael preparó sus utensilios de afeitado: colocó la brocha de afeitar de pelo de tejón punta de plata sobre la encimera de piedra de César y, a continuación, puso suavemente a su lado el envase de crema de afeitar a medida, que había sido diseñada específicamente para su piel. La navaja de afeitar vino a continuación, pero con este artículo Michael se tomó un momento adicional para confirmar que seguía afilada, sosteniéndola en alto y orientándola a la luz natural. Satisfecho, la colocó junto a los demás accesorios. Cuando levantó los ojos, la niebla se había disipado.

En el espejo se veía el reflejo de un hombre bien peinado de unos treinta años, con el pelo corto y negro azabache, una mandíbula fuerte, la nariz perfectamente recta y unos ojos que hacían juego con su pelo en intensidad y color.

Guapo, se mire por donde se mire.

Pero ése era sólo su reflejo; el verdadero Michael Grant Young estaba enterrado en lo más profundo de su ser, tan profundo que haría falta mucho más que un espejo para revelar su verdadera naturaleza. Y el verdadero Michael Young era algo mucho, mucho más feo. La imagen en el espejo era sólo la cáscara vacía que albergaba su *yo*, su singularidad, su esencia, que era mucho mayor que la suma de carne y huesos y materia orgánica.

Y real; *ese* Michael Young era el verdadero Michael Young, el que pocos llegaron a ver y vivió para hablar de ello.

Sonrió y cogió el cepillo, mojando suavemente el suave vello en la crema. Estaba a punto de llevárselo a la mejilla cuando notó varias vetas de sangre justo debajo de la mandíbula.

Sonriendo, humedeció una toallita blanca, también con el monograma, y limpió la sangre. Luego se enjabonó la cara y siguió el mismo ritual de afeitado que había seguido durante los últimos cinco años.

Después de afeitarse, Michael se vistió con un traje azul marino hecho a medida, con una corbata tres tonos más clara que la chaqueta. Con el calzador largo de latón que colgaba en el interior de su vestidor, Michael se calzó los mocasines color canela.

Luego bajó a la cocina del chef.

Abrió la puerta del frigorífico de acero inoxidable y una sonrisa

tímida se dibujó en su rostro al observar el interior. Estaba casi vacía, como consecuencia del ayuno intermitente que practicaba desde hacía años. Sin embargo, había varias botellas de agua con gas junto a la puerta, y cogió una. Tras cerrar la nevera, se apoyó en ella, desenroscó el tapón y bebió un largo trago. Se metió el líquido en la boca y tragó.

Las burbujas efervescentes le hicieron cosquillas en la garganta al bajar, y esperó a que la sensación le llegara al estómago antes de dar otro gran sorbo.

En total, Michael se bebió la mitad de la botella antes de volver a enroscar el tapón y guardarla en la nevera con las demás. Un rápido vistazo a su Rolex reveló que eran casi las siete, lo que significaba que iba justo a tiempo.

Estaba a medio camino de la puerta principal de su piso cuando una voz apagada llegó hasta él.

Michael frunció el ceño; se suponía que la planta baja estaba *insonorizada*, hasta hacía unos momentos.

"Por favor...", gimoteó la voz femenina. "Por favor, déjame ir... haré lo que sea".

Le resultaba difícil distinguir las palabras exactas que se filtraban por el conducto de ventilación de la caldera, o por dondequiera que llegaran a él, pero sabía de qué se trataba.

Las mujeres siempre decían lo mismo.

Michael puso los ojos en blanco y apartó la mano del pomo. Tras una breve pausa, giró y se dirigió enérgicamente hacia la puerta que había junto a la cocina. La había recubierto de una fina chapa de madera y pintado para que pareciera exactamente igual a las demás puertas de la casa, pero había algo en ella que *no encajaba.* Era consecuencia de haber sido fabricada con acero macizo de tres pulgadas, supuso.

Un mal necesario, por así decirlo.

Con un suspiro, Michael colocó el pulgar en el lector de huellas dactilares situado a la derecha y esperó a que se desbloqueara la cerradura. Cuando abrió la puerta, su nariz se arrugó ante el olor a mosto y podredumbre.

A diferencia de la impoluta planta superior de su piso, la mitad inferior -cuya construcción le había costado un ojo de la cara, ya que tuvieron que construir un sótano desde cero, convirtiendo sus techos de cuatro metros en otros de tres- estaba inacabada, descuidada y francamente sucia.

Como a él le gustaba.

Michael tuvo que agacharse bajo las vigas que formaban el techo, y utilizó la mano para apartar la miríada de telarañas que bloqueaban su camino. Los desgastados escalones de madera gimieron bajo su peso, y Michael pisó con cuidado, asegurándose de no rasparse los

mocasines. Sólo seis pasos más y ya estaba en el suelo de cemento.

El nivel inferior se parecía más a una mazmorra que al sótano de un lujoso condominio. Este era su lugar, mientras que el piso de arriba era sólo el lugar de la cáscara-MGY lugar, un lugar que mantuvo únicamente con el fin de mantener las apariencias.

Se agachó sobre sus ancas mientras se adentraba en la oscuridad; con su metro ochenta de estatura y sus techos de poco más de metro y medio, Michael no podía ni siquiera acercarse a estar de pie.

"Por favor... cualquier cosa", volvió a susurrar la mujer, esta vez con voz cristalina. Michael siguió su voz y se dirigió hacia la esquina este del sótano. En cuanto cruzó el sensor invisible, se encendió una luz roja en lo alto, persiguiendo la oscuridad con su resplandor omnipresente. Por costumbre, sus ojos se dirigieron a la cámara que había en la esquina de la habitación.

La luz del disco se había encendido automáticamente.

"Por favor..."

Sólo cuando se hubo cerciorado de que todo funcionaba según lo previsto, Michael centró su atención en el cubo de hierro de un metro por un metro que tenía delante. También le había costado un dineral fabricarlo y aún más que el soldador que lo había construido se mantuviera callado.

Dentro, sin embargo, estaba el verdadero premio. Dentro, una mujer rubia de unos treinta años estaba sentada acurrucada, con las rodillas apretadas contra su estrecho pecho. Tenía el pelo húmedo y le colgaba de la cara, cuyas partes visibles brillaban por las lágrimas y el sudor.

"Haré lo que sea", susurró ella, levantando los ojos para mirarle. Era guapa, una mujer de negocios a la que había recogido hacía dos noches en un bar de mala muerte, probablemente intentando superar una reciente ruptura. Su falda beige y su chaqueta a juego, entonces inmaculadas y probablemente de diseño, le habían parecido tan fuera de lugar en aquel ambiente mugriento lleno de olor a cerveza agria.

Y eso fue todo; todo lo que había tenido que hacer era ver esa falda y Michael había sabido que ella sería un blanco fácil.

Pero ahora, el vestido, como el resto de ella, estaba hecho un desastre.

"Por favor", suplicó desesperadamente. Michael sintió una punzada de hambre en el estómago, a pesar del agua con gas que había consumido arriba hacía tan sólo unos instantes.

No dijo nada; rara vez hablaba con sus víctimas. En lugar de eso, observaba. Durante un buen rato, Michael se contentó con sostenerle la mirada.

Poco a poco, cuando quedó claro que mirarle fijamente no iba a afectarle como tal vez esperaba, la mujer intentó otra táctica.

Se quitó las manos de las espinillas y se las tendió con las palmas hacia arriba.

Las punzadas de hambre de Michael aumentaron de intensidad.

Le habían arrancado la piel de los diez dedos, dejando al descubierto un horrible amasijo de sangre coagulada salpicada de trozos de hueso brillante y tendones espeluznantes.

Michael sonrió, antes de levantar la mano y apagar manualmente la luz roja. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la tapa de plástico de la rejilla de ventilación se había soltado y colgaba.

Y eso explica por qué podía oírla arriba.

Hizo una nota mental para repararlo más formalmente más tarde, pero por el momento, alargó la mano y lo volvió a colocar en su sitio. Por último, volvió a centrar su atención en la mujer que sollozaba en la jaula.

"Lo siento, cariño, aún no tengo hambre. Pero pronto, pronto. Te lo prometo".

La mujer no gritó, pero mientras él se dirigía en su torpe caminar medio en cuclillas medio de pie hacia las escaleras, la oyó empezar a sollozar de nuevo.

No, Michael Grant Young no era como los demás. Y estaba decidido a que el mundo lo supiera.

Con el tiempo.

Pero no hoy. Hoy tenía otro trabajo que hacer.

Capítulo 5

"¡Joder!" gritó Cal cuando las finas y frías manos del hombre le rodearon la garganta. Sacudió las caderas y, por suerte, parecía que el quiddity había gastado la mayor parte de su horrible energía fantasmal esprintando como un loco.

El hombre salió literalmente volando, gruñendo al aterrizar. Cal se puso inmediatamente en pie y empezó a palparse el pecho, los brazos, las piernas, todo lo que tenía en el cuerpo para asegurarse de que seguía allí. Mientras el quiddity gemía sobre la hierba, Cal miró desesperado a su alrededor en busca de sus amigos, que corrían hacia él.

"¡¿Qué coño ha pasado, Allan?! ¿Qué ha pasado?", casi chilló. Cuando el anciano empezó a ponerse en pie, Cal le apuntó con un dedo al pecho. "¡Quédate ahí! Quédate ahí!" Luego, dirigiéndose a Allan, añadió: "¡Qué plan tan jodidamente estúpido!".

Al chico se le cayó la cara de vergüenza, pero aun así siguió caminando hacia él.

Shelly llegó a él primero.

"¿Qué pasó, Cal? ¿Él... él...?"

"Sí, me ha tocado, ¡qué coño!".

Shelly hizo una mueca y retrocedió un pequeño paso.

Cal no la culpó.

"No apareció", susurró Allan. Ahora estaban uno al lado del otro, mirando al hombre que por fin había conseguido arrodillarse.

"¿Qué?"

"El tipo, este tipo, no apareció."

"¿De qué coño estás hablando, Allan? ¿Qué quieres decir con que no apareció?"

Shelly agarró a Cal del brazo y el contacto con otra persona le hizo dar un respingo.

"Quiere decir que el hombre no está muerto".

Cal parpadeó con fuerza.

¿No está muerto? ¿Este anciano con uniforme de la marina que deambula por el cementerio a medianoche no está muerto?

"Tú", dijo. El anciano gimió y se desplomó sentado. "¡Eh, tú!" repitió Cal.

"¿Yo?", dijo, mirándole con cara de pocos amigos.

"Sí, ¿estás vivo?"

El hombre parecía confuso, pero luego su expresión se endureció.

"¿Dónde está mi mujer?", preguntó.

Allan se agachó y recogió la cámara del trípode que se había caído cuando el hombre había atacado a Cal.

"Dame la puta cámara", ordenó Cal, arrebatándosela a Allan. Era incómodo sostenerla con el trípode, ahora doblado, todavía sujeto, pero cuando se acercó el objetivo al ojo, aún parecía funcionar.

Allan tenía razón; el hombre no brillaba. Cal podía distinguir la hierba y el árbol, incluso la lápida a la izquierda del anciano. Pero el hombre no era más que una silueta oscura.

Apartó la cámara de su cara para inspeccionarla rápidamente, antes de volver a acercarla a sus ojos.

El resultado fue el mismo.

"¿Seguro que no está roto? ¿Este truquito tuyo siempre funciona?".

"Siempre", dijo Allan.

"Entonces estás vivo", dijo Cal en voz baja, como si tratara de convencerse a sí mismo.

"Claro que estoy vivo, imbécil", dijo el hombre, intentando y esta vez consiguiendo ponerse en pie. "Ahora dime dónde está mi mujer".

Shelly dio un paso adelante, con la mano extendida.

"Escucha, colega, no sabemos quién eres ni qué haces aquí, y desde luego no hemos visto a tu mujer, pero no puedes estar aquí ahora mismo".

La respuesta del hombre fue inmediata.

"Joder, no puedo".

Luego giró la cabeza hacia el cielo.

"¡Lorraine! ¡Lorraine! ¿Dónde estás, Lorraine?"

"¡Baja la voz!" insistió Shelly. Aunque era poco probable que el cementerio de mierda que habían elegido en las afueras del condado de Hainsey tuviera seguridad -de hecho, esa era la razón principal por la que lo habían elegido-, probablemente seguía siendo mejor no llamar la atención.

Nada bueno podía salir de que te pillaran con todo tipo de equipo fotográfico en un cementerio a medianoche. Y dado el pasado de Cal y sus problemas con la ley, bueno, eso tampoco ayudaría.

El hombre hizo caso omiso de las súplicas de Shelly y, en su lugar, levantó la voz como para fastidiarla.

"¡Lorraine! ¡Lorraine Smith! ¿Estás aquí?"

"Cierra el..."

Pero Cal dejó de hablar cuando Allan le agarró del brazo. Se giró para mirar al hombre y se sorprendió al ver que tenía los ojos desorbitados detrás de las gafas circulares.

"¿Qué? preguntó Cal, soltándose del agarre del hombre. "¿Qué te pasa?"

"Lorraine", susurró.

"¿Y qué?"

Allan extendió un dedo y señaló una lápida justo fuera del claro hacia donde apuntaban sus tres cámaras.

"Lorraine", repitió.

Y entonces Cal se dio cuenta de lo que quería decir.

"No me digas", susurró.

"No me digas", confirmó Allan. Shelly, aún insegura de lo que ocurría, se acercó rápidamente a la lápida que Allan le indicaba, sin dejar de mirar al extraño hombre vestido con el traje de la marina.

Cal la observó con el rabillo del ojo. Barrió algunas de las hojas muertas que colgaban de la lápida y sacó el móvil para utilizar la linterna. Después de pasar los dedos por los grabados para limpiar la suciedad, se quedó paralizada.

Y Cal lo sabía.

No necesitaba que Shelly confirmara verbalmente sus sospechas, la expresión de su rostro era suficiente.

La lápida era de una tal Lorraine Smith.

"Um, ¿señor?"

"Lorraine", volvió a gritar el hombre. "Lorraine, ¿dónde estás? He oído tu voz".

"¡Señor!"

Finalmente, el rostro arrugado del hombre se volvió hacia Shelly.

"¿Qué? ¿Sabes dónde está?"

"Sí", dijo Shelly en voz baja. "Sé dónde está. Y creo que tenemos que hablar".

Capítulo 6

"**Hola, sol**", dijo **Carson**, mirando con desprecio al hombre del traje de negocios. Estaba de pie en la escalinata de un enorme rascacielos de cristal, con unas enormes gafas de aviador que apenas tapaban el brillante sol del mediodía.

El hombre del traje le miró, como probablemente hacía con la mayoría de las personas que conocía, y su atractivo rostro se torció en una mueca.

"Deja de suplicar; no te voy a dar nada".

Carson sentía que Jonah se acercaba sigilosamente por detrás, su respiración se aceleraba, pero utilizó la mano para mantenerlo a raya.

"Vamos", dijo, con la sonrisa aún en la cara. "Vamos a dar un paseo, Michael."

Los ojos del hombre se entrecerraron y su expresión cambió, pasando de firme y disgustada a algo parecido al nerviosismo. Había varias personas trajeadas que se arremolinaban como hormiguitas bien vestidas siguiendo las feromonas u otras secreciones de una reina invisible, pero aunque todos se parecían a Michael, no eran como él.

En absoluto.

Michael tenía diferentes... intereses.

"¿Quién eres?" Michael susurró.

"Sólo un tipo que conoce a un tipo". Carson agitó un brazo. "Vamos, caminemos."

El hombre parecía vacilante, pero mientras que hacía unos instantes miraba a sus compañeros de traje en busca de apoyo, ahora miraba a ver si le miraban fijamente, como si pudieran oírle.

La sonrisa de Carson creció.

Intereses diferentes, sin duda.

Sin embargo, a pesar del orgullo que sentía por haber elegido a aquel tipo entre la multitud, el tiempo apremiaba. Cada día que Robert estaba fuera era otro día que Leland estaba atrapado en la Médula.

"¿Michael? Date un paseo... Estoy seguro de que sería mejor que este vídeo no saliera a la luz con todos tus compañeros pululando por ahí, ¿no crees?", preguntó con calma. El rostro afeitado del hombre se desencajó al oír la palabra "vídeo".

¿"Video"? Tú..." tartamudeó Michael.

Carson sacó una de sus manos del bolsillo de su abrigo de primavera lo suficiente para dejar al descubierto la esquina de una cámara digital.

"Vamos, ahora, Michael. Vamos a dar un paseo."

El hombre del traje dio un paso vacilante hacia delante, con los

ojos muy abiertos.

***

"¿Qué es esto? ¿Una extorsión? Si no hago lo que dices, ¿vas a ir a la policía? ¿Es eso?" preguntó Michael. La imagen hábil y perfecta que había proyectado en las escaleras del edificio de ochenta pisos se había hecho añicos. El sudor le cubría la cara y la frente, y su pelo, perfectamente peinado minutos antes, era ahora un desastre. Se había aflojado la corbata y tenía desabrochado el botón superior de la camisa.

Carson le miró fijamente durante diez segundos antes de contestar.

"¿Parecemos el tipo de personas que acudirían a la policía?", preguntó al fin.

Jonah, que estaba sentado al otro lado de Carson en el banco, soltó una risita.

"¿Qué quieres, entonces? ¿Dinero?"

Carson se lo pensó un momento. Una persona normal habría visto el vídeo de Michael Young empujando a la mujer dentro de la jaula antes de empezar a cortarla, y luego habría echado un vistazo al hombre trajeado que estaba a su lado en el banco, y habría dicho: "No, no puede ser, no es la misma persona".

Pero Carson miró a los ojos del hombre y lo supo.

Ninguno de los dos eran hombres normales.

"Únete a nosotros."

Michael hizo una mueca.

¿"Unirme a ti"? ¿De qué estáis hablando? ¿Quién coño sois?"

Carson negó con la cabeza.

"Hay tanto que no sabes, Mike. Muchísimo. Y puedo ayudarte a aprender".

Michael se levantó y miró nervioso a su alrededor. Habían estado sentados en un banco de un pequeño parque situado justo fuera de la vista de los grandes edificios de oficinas que componían el distrito financiero.

Pero las hormigas estaban en su colmena, haciendo lo que hacían; el parque estaba vacío.

"No sé de dónde coño has sacado ese vídeo", dijo Michael, señalando el contorno de la cámara que Carson se había vuelto a meter en el bolsillo. "Y no sé quién carajo son ustedes dos payasos, o lo que querían lograr viniendo aquí hoy, pero no va a suceder."

Carson enarcó una ceja.

"¿No lo es?"

Michael negó con la cabeza.

"No, de ninguna manera. Miraos, chicos". Le hizo un gesto con la

mano a Carson. "Tú pareces un convicto desnutrido, y tú"-pasó a Jonah a continuación-"joder, ni siquiera sé qué aspecto tienes".

Carson se encogió de hombros.

"Bastante cerca, en realidad". Sus ojos se entrecerraron. "Pero antes de que vayas y digas o hagas algo de lo que te arrepentirás, déjame hacerte una pregunta".

Michael abrió la boca para continuar su diatriba, pero luego se lo pensó mejor y suavizó el tono.

"Te compraré la cinta. Parece que necesitáis dinero. Yo tengo dinero".

De nuevo, Carson se encogió de hombros.

"Tienes razón, necesitamos dinero. Pero, como he dicho, te necesitamos a ti más que a tu dinero. Déjame hacerte una pregunta, ¿puedes darme esa cantidad, al menos? ¿Sólo una pregunta?"

Michael dudó, pero acabó accediendo.

"Dispara".

"Bien. Bueno, Michael, cuando matas a estas mujeres, ¿qué ves?"

Michael hizo una mueca. Estaba claro que, a pesar de las pruebas del vídeo, seguía sin querer admitir abiertamente lo que había hecho.

Lo que todavía hacía.

"¿Ver? ¿Qué quieres decir con ver?"

Michael dio un pequeño paso atrás.

"No te hagas el tímido, Michael. ¿Qué ves en sus ojos cuando se van? ¿Qué? ¿Qué es lo que ves?"

Algo cambió en el rostro del hombre; se endureció, y la máscara que se ponía todas las mañanas se volvió de repente transparente, ofreciendo tanto a Carson como a Jonah un atisbo del horrible demonio que había debajo.

"Escuchad, cabrones. Voy a dejar este parque ahora, y si alguna vez veo a alguno de ustedes..."

Carson se puso en pie y Michael retrocedió dando tumbos.

"Te lo advierto..."

Jonás también se puso en pie. Para ser un hombre tan rechoncho, se movía con una destreza inesperada. Se deslizó silenciosamente unos pasos a la izquierda de Michael. Éste se había enfurecido tanto que no pareció darse cuenta.

Carson se acercó al hombre que sudaba en su traje.

"Te diré lo que ves, Michael... te diré lo que ves, y luego te unirás a nosotros. Voy a abrir tu mente a cosas que son más grandes de lo que jamás creíste posible".

Capítulo 7

"¿Cómo te llamas?" preguntó Cal al hombre vestido con el uniforme de la marina, que había pasado rápidamente de la furia al terror tras ver la tumba de su mujer. A pesar de haber sido atacado antes por él, Cal sintió lástima por el anciano confundido y triste que tenía delante.

"Walter", dijo en voz baja. "Walter Smith. ¿Quieres decir que no la has visto en absoluto? ¿No has visto a Lorraine?"

Cal sacudió la cabeza y dio un paso adelante. Walter respondió dando un paso atrás igual de grande.

"La oí, juro que lo hice".

Shelly, que ahora estaba de pie junto a Cal, habló a continuación, con un tono suave y tranquilizador. Estaba claro que también sentía compasión por Walter.

"Walter, tu esposa... tu esposa falleció hace algún tiempo."

Los ojos del hombre se alzaron, pero Cal no vio sorpresa en ellos, sino frustración.

"Lo sé", dijo secamente. "Murió hace exactamente un año. Pero yo la oí. Iba a visitar su tumba -vestido con el mismo uniforme de la marina con el que nos casamos- cuando oí su voz llamándome."

Cal consultó su reloj.

"¿Ibas a venir aquí? ¿Ahora? ¿A medianoche?"

Shelly le dio un codazo en las costillas y él gruñó. Walter Smith, sin embargo, no se inmutó por el comentario.

"Lorraine murió casi exactamente a medianoche, mientras dormía, que en paz descanse".

"Sí, ¿eso de que en paz descanse? Eso es algo de lo que tenemos que hablar".

De nuevo, Shelly le dio un codazo en las costillas, esta vez lo bastante fuerte como para que gritara. Se volvió hacia ella.

"¿Qué?", preguntó enfadado.

Shelly no contestó, sino que se interpuso entre Cal y Walter.

"¿Su esposa fue enterrada allí?", preguntó, señalando con un dedo la lápida gris ceniza que llevaba el nombre de la mujer.

Walter parecía confuso.

"Sí, esa es su lápida. ¿Por qué?"

"Quiero decir, ¿fue enterrada? ¿La vio enterrada?"

El hombre pareció comprender por fin lo que ella le preguntaba.

Sacudió lentamente la cabeza.

"No, Lorraine fue incinerada, incluso traje sus cenizas conmigo. Iba a esparcir un poco en su tumba cada año hasta que yo muera. Así nunca la olvidaré, ¿sabes?"

Shelly asintió.

"¿Trajiste la urna contigo?"

Cal arrugó la frente.

¿Adónde quiere llegar?

Walter asintió, y luego volvió la vista hacia la zona desde la que se había abalanzado sobre Cal.

"Allí. ¿Pero qué tiene que ver esto con Lorraine, con que yo haya oído la voz de Lorraine?". Bajó la cabeza. "¿Me estoy volviendo loco?"

Shelly dio inmediatamente otro paso adelante, y luego indicó a Allan que se dirigiera hacia donde Walter había dicho que había dejado la urna y la recuperara.

"No, Walter, no creo que te estés volviendo loco. Creo que realmente escuchaste a tu difunta esposa".

"Pero... ¿cómo es posible?".

Shelly se acercó a Walter y le puso suavemente la mano en el hombro. Walter se desplomó de inmediato; su traje azul marino, que había lucido con tanto orgullo la primera vez que entró en el cementerio, colgaba ahora de su enjuto cuerpo como un pijama mal ajustado. Era como si hubiera gastado toda su energía viniendo aquí y luego cargando contra Cal, y ahora que estaba agotado, su cuerpo simplemente se había marchitado.

"Es posible", dijo Shelly lo bastante alto para que Cal la oyera. Lo miró por encima del hombro y vio algo en sus ojos que no le gustó nada. Cal dio un paso adelante, intentando intervenir antes de que ella cometiera un terrible error, pero, como de costumbre, llegó tarde a la fiesta. "Y puedes volver a verla, Walter. Puedes ver a tu mujer por última vez".

***

"Esto es una puta locura, Shel. Como, seriamente estúpido. Peor incluso que la idea de Allan de venir aquí en primer lugar."

Shelly se mordió el labio.

"Tenemos que intentarlo".

"No, no tenemos. No tenemos que intentar nada. Podríamos dejar todo esto atrás, vivir del dinero que Sean nos dio y hacer otra cosa".

Allan fue el siguiente en intervenir.

"No puedo hacer eso".

Cal se volvió hacia él, esforzándose por mantener la voz baja para que el hombre del claro no pudiera oír lo que decía.

"¿No puedes? ¿Tú? Recuerdo perfectamente que lloriqueabas como un niño pequeño que ha perdido su chupete en Seaforth, cuando Sean nos llevó allí y nos encerró en el armario. ¿Te acuerdas de eso?"

Allan bajó la mirada.

"Y esto..." Señaló el montaje de la cámara y a Walter, que ahora estaba sentado en el centro del claro. "-Esto se parece mucho a eso, ¿no? Como cuando Sean nos usó de cebo para que Robert viniera a Seaforth. Lo sabes, ¿verdad? Esto se parece casi exactamente a eso".

De repente, Shelly le lanzó la urna y Cal maldijo mientras hacía malabarismos con el resbaladizo jarrón negro. Después de que casi se le cayera, consiguió agarrarlo con las dos manos.

"¡Shelly! Qué coño!", resopló, con sudor en la frente. "¿Qué te pasa?"

Shelly ignoró la pregunta y se quedó mirándolo un momento. Cal le devolvió la mirada. Llevaba unos pantalones de cuero muy ajustados y una chaqueta negra de primavera sobre un escote en pico negro, que dejaba al descubierto la parte superior de sus pechos. Era un atuendo que ya le había visto antes -Shelly tenía un armario minimalista, si es que había alguno-, pero ahora parecía diferente; los pantalones parecían más ajustados en los muslos, y dudaba seriamente de que hubiera podido subirse la chaqueta de haber sido una noche más fresca. De hecho, toda su ropa parecía más ajustada, y se preguntó, no por primera vez, si debería animarla activamente a unirse a él en sus entrenamientos; parecía que cada kilo que él perdía, ella lo ganaba.

Era su forma de beber; su forma de beber se había disparado desde que Robert los había abandonado.

"¿Qué?", dijo al fin, incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo.

"¿Sientes eso?"

Cal agarró con fuerza la urna con ambas manos.

"Sí, claro que lo siento. Se siente como..."

Shelly alargó la mano y se la arrebató antes de que pudiera reaccionar. Con o sin sobrepeso, seguía siendo rápida cuando lo necesitaba.

"Cuando murieron mis padres, fueron incinerados. Yo sostuve las urnas de ambos". Su voz se quebró casi imperceptiblemente y la expresión de Cal se suavizó.

No tenía ni idea de que los padres de Shelly hubieran muerto. De hecho, aparte de lo que había leído en Internet -que ella vivía en Montreal antes de reunirse con ellos en la finca Harlop y que era una fuente de conocimiento en lo que se refería al quiddity-, en aquel momento se dio cuenta de que sabía muy poco de Shelly.

De hecho, sabía muy poco de Shelly, de Sean o de Allan. Miró al siguiente joven, pero no pudo entenderlo; Allan miraba fijamente a Walter, que en algún momento de la discusión había rodeado sus rodillas con los brazos como un niño.

La única persona que Cal conocía era Robert, pero dado cómo habían ido las cosas... bueno, ya no estaba tan seguro de eso tampoco.

"De todos modos", continuó Shelly, su voz endureciéndose. "La urna es demasiado ligera".

"¿Qué quieres decir con demasiado ligero?"

Bajó la voz y se acercó aún más.

"Es demasiado ligera, es decir, no está toda ella ahí".

Cal por fin la entendió.

"Qué minuto, crees... crees..." Sacudió la cabeza. "No, de ninguna manera."

Shelly se volvió hacia Allan.

"Allan, ¿qué piensas?"

"Es posible", admitió encogiéndose de hombros. "Es decir, si no incineraron todo su cuerpo, tal vez su quiddidad pueda seguir atrapada aquí. No puedo asegurarlo, pero es posible". Allan no apartó los ojos de Walter mientras hablaba. "Dijo que la oyó, y dado lo que hemos visto..."

"Jesucristo, joder", maldijo Cal. "Entonces, ¿qué, nos sentamos aquí y esperamos a que la esposa muerta del pobre bastardo nos visite? Entonces, ¿intentamos tu loco truco de la cámara para atraparla?"

"Robert no va a volver, Cal; no podemos confiar en él con sus putos superpoderes, o lo que sea que hizo en Seaforth, para mantener a raya la quididad. Tenemos que intentar esto, intentar algo. Por si acaso".

Cal tuvo que luchar contra las ganas de tirarse de los pelos.

"¿Por si acaso? Jesús, ¿te estás escuchando ahora mismo?". A pesar de su admonición, Cal era plenamente consciente de la ironía de sus palabras.

Antes de que Walter se abalanzara sobre él y tuviera la certeza de que iba a ser transportado a la Médula, Cal había utilizado la misma lógica retorcida para convencerse de venir al cementerio en primer lugar.

Pero ahora que oía verbalizar la idea, le parecía absurda.

Shelly apretó los labios con fuerza. Estaba claro que no pensaba lo mismo.

"No depende de ti, de todos modos-Allan y yo estamos haciendo esto. Siéntete libre de irte en cualquier momento".

Después giró sobre sus talones y empezó a caminar hacia Walter, sosteniendo la urna delante de ella.

Por un momento, Cal se quedó mirando, incrédulo.

Entonces se despertó.

"¡Espera!" dijo finalmente. "¡Shelly, espera!"

Capítulo 8

Michael necesitó mucha más persuasión que Jonah, lo que les había retrasado más de lo que Carson había esperado o incluso previsto. En parte se debía a que nunca había conocido a aquel hombre -a diferencia de Jonah, con quien se había cruzado varias veces antes de ser encarcelado- y en parte a que el hombre era desconfiado por naturaleza. Algo bueno, supuso Carson, dados sus negocios. Jonah, en cambio...

Carson había insistido porque Michael era importante, importante porque tenía algo que ni él ni Jonah tenían: dinero, y mucho. Y por mucho que Carson detestara la búsqueda del todopoderoso dólar, era un hombre práctico.

El dinero sería muy útil; se podría utilizar para sobornar a la gente, para comprar armas o para comprar una puta copa.

Así que, a pesar del contratiempo, Carson no pudo evitar que la sonrisa que le hacía cosquillas en el interior de las mejillas creciera. Y sentado en el asiento delantero del lujoso Mercedes de Michael, ¿por qué no iba a sonreír?

"¿A dónde vamos ahora, Carson?" Jonah preguntó desde el asiento trasero. "¿Cuándo vamos a tener algo de acción?"

Carson no contestó al principio. De repente, el hombrecillo le desanimó, sobre todo porque su actitud excitada le recordaba a Buddy. Y ese tipo de actitud había vuelto descuidado a Buddy, y fue lo que hizo que lo arrestaran.

Y luego ejecutado.

Carson se acordó de la primera vez que Buddy y él mataron juntos. Habían montado una tienda de campaña a las afueras de la ciudad, en el Bosque Nacional de Green Mountain. Habían elegido septiembre, porque las temperaturas estaban bajando y, sin embargo, no hacía tanto frío como para disuadir a todos los visitantes. Aun así, tardaron más de lo esperado en identificar a su víctima, y quizá por eso hoy tenía tanta paciencia.

No se puede decir lo mismo de Buddy.

Enclavado en el bosque, junto a una desgastada ruta de senderismo, pasaron casi dos horas antes de que la primera persona -un hombre con su perro- pasara por allí.

Por supuesto, Buddy quería abalanzarse, saltar de los árboles y agarrar al hombre. Pero Carson quería esperar. Y cuando el perro del hombre hizo una gran cagada, y el obediente guardabosques se inclinó para recogerla con una bolsa, su chaqueta se levantó un poco, revelando un tatuaje azul en su muñeca.

"¿Ahora?" Susurró Buddy.

Carson puso la mano en el hombro de su amigo, reteniéndole. El tatuaje en la muñeca del hombre había sido una insignia del Ejército. Carson era joven entonces, joven y estúpido, pero sabía lo suficiente como para no meterse con militares.

"No, él no", le dijo a su amigo. "Deja que se vaya".

La cara redonda de Buddy se agrió.

"¿Por qué no?"

Carson negó con la cabeza.

"Es militar".

Buddy estaba incrédulo. Y sediento de sangre. Tío, Buddy era el individuo más sediento de sangre con el que Carson se había cruzado nunca, incluso comparado con él y sus otros compañeros de celda en Seaforth.

Sediento de sangre hasta el punto de ser descuidado. Y mira a dónde le llevó eso.

¿"Militar"? ¿Y qué? Somos dos, podemos con él".

Por aquel entonces, Buddy había sido más músculo que grasa -algo que cambió drásticamente con el paso de los años- y, con su corpulento metro ochenta, Carson no dudaba de las palabras de su amigo.

"Lo sé, pero no él".

"¿Por qué coño no?"

Buddy también tenía mal genio, que podía desbordarse en cualquier momento. Y ese momento estaba cerca, Carson podía sentirlo.

"Porque si jodemos con él, entonces estamos jodiendo con todos sus amigos mocosos del ejército. ¿Queréis eso? ¿Quieres ser perseguido por el resto de nuestras vidas, siempre mirando por encima del hombro por los hombres en traje de faena? ¿Te parece divertido?"

Un par de soldados licenciados con trastorno de estrés postraumático eran visitantes frecuentes del fumadero de crack de sus padrastros. Incluso estos hombres drogadictos mostraban una persistencia casi sobrenatural. Si se cargaban a un mocoso del ejército en su primera matanza juntos, no había forma de detener la sed de venganza de sus camaradas.

Era un tópico, pero parecía funcionar. La expresión de Buddy se suavizó.

"Vamos a esperar a un objetivo más fácil, ¿de acuerdo?"

Buddy estuvo de acuerdo.

No tuvieron que esperar mucho al segundo transeúnte. Menos de diez minutos después, una mujer de unos cuarenta años con un chaleco amarillo brillante y una cinta negra sobre las orejas pasó trotando.

Fue la primera y Carson nunca la olvidaría.

¿"Carson"? ¿Adónde vamos ahora? ¿Podemos conseguir algo ahora?"

Carson frunció el ceño por haber sido sacado de su ensoñación.

"No, todavía no. Mantén tu polla en los pantalones, Jonah. Habrá más acción de la que sabes con qué lidiar".

"Pero lo quiero ahora", gimoteó Jonás. Era como un niño envuelto en el cuerpo de un hombre gordo.

"Jonah, cierra la boca."

Michael es el siguiente en intervenir.

"Tienes que decirme adónde voy y también cuál es tu plan maestro".

Carson casi soltó una carcajada. Aquellos dos no podían comprender su "plan maestro". No eran más que peones, y un rey nunca contaba a sus discípulos todos sus secretos. Aun así, estaba claro que con Michael las mismas promesas de derramar sangre que le había hecho a Jonah eran insuficientes. El hombre era un asesino, el vídeo lo demostraba, pero era un asesino precavido. Uno calculado, uno que evitaba los riesgos. Y, en consecuencia, también evitaba la cárcel.

"Hay una persona más a la que tenemos que traer, entonces podremos sentarnos y charlar".

"¿Uno más?" Jonah preguntó desde el asiento trasero, su voz aumentando de tono.

"Uno más", confirmó Carson. "Una mujer."

Carson vislumbró la mueca que cruzó el rostro de Jonás por el retrovisor.

No, no de ese tipo, Jonah. Este no es el tipo de chica con la que quieres intentar algo.

***

Carson encontró a Bella exactamente donde sabía que estaría: en su bar favorito, tomando su bebida favorita. Un Bloody Mary, imagínate.

Con Michael y Jonah esperando en el coche, entró en el bar y se acercó a ella por detrás. Aunque hacía casi una década que no veía a Bella, supo que era ella a pesar de que sólo le había visto la nuca y los hombros. Y eso teniendo en cuenta que llevaba un jersey gris de cuello alto. Supo que era ella no sólo porque reconoció su pelo negro y liso que le caía justo por debajo de los hombros, o ese tatuaje de una rosa en la cincha de la mano derecha con la que agarraba el Bloody Mary, sino por la forma en que estaba sentada. Aunque estaba sentada en un taburete, su espalda estaba perfectamente recta y su postura era la envidia de todas las escuelas, excepto de las más prestigiosas.

Esta sí que era Bella, y Dios cómo la había echado de menos.

En lugar de delatarse, Carson optó por deslizarse silenciosamente a su lado.

Como era de esperar, ni siquiera se molestó en levantar la cabeza para mirarle.

El camarero, un hombre mayor con profundos surcos alrededor de la nariz y la boca y el pelo blanco perfectamente engominado, se acercó a él.

Su voz encajaba perfectamente con su aspecto.

"¿Qué te pongo?"

Carson sonrió. Hacía mucho, mucho tiempo que no veía a Bella, y hacía aún más tiempo que no se tomaba una copa. Pero mientras que a Bella le gustaban sus Bloody Marys, a él le gustaba más el bourbon.

"Un doble de Bulleit. Estupendo", respondió simplemente.

El anillo que Bella llevaba en el segundo dedo, un sencillo brazalete de plata que Carson le había regalado hacía mucho tiempo, dejó de golpear el borde del vaso.

Entonces, casi a cámara lenta, Bella se volvió hacia él.

"Oh, hola, Bella, qué casualidad encontrarte aquí", dijo con una sonrisa.

Los ojos castaño oscuro de Bella se desorbitaron y el vaso se le resbaló de la mano.

"¿Carson? ¿Carson?"

Capítulo 9

Cuando Shelly se ponía así, no había nada que nadie -ni Cal, ni Allan, ni siquiera Robert- pudiera decir para hacerla cambiar de opinión. Así que Cal accedió a regañadientes a ayudarla con el "plan".

A pesar de lo que había dicho sobre querer abandonar este mundo, huir de este peligroso juego al que estaban jugando, en el fondo, se sentía aliviado de que hubieran decidido permanecer instalados en él, al menos por el momento. No se engañaba a sí mismo; después de lo que había visto en Seaforth y en el Séptimo Distrito, sabía que había una posibilidad -una gran posibilidad- de que estuviera arriesgándose a morir, o a algo peor. Pero todo aquello era como una droga para él. La adrenalina que sentía, y en menor medida la reivindicación por el desprecio que le habían lanzado por mencionar siquiera algunas de sus "teorías conspirativas", era algo que anhelaba.

También estaba su mejor amigo muriendo en sus brazos, siempre estaba eso. Puede que Robert fuera el que fue a la Médula, puede que caminara por la orilla y volviera para hablar de ello cuando nadie más lo había hecho, pero Cal lo había visto. Lo había visto, joder, y quería volver a verlo. Sólo que quería hacerlo a su manera. Y quería volver... sí, realmente quería volver a este mundo.

Se inclinó hacia Walter y le susurró al oído.

"Pase lo que pase, no puedes tocarla. Recuérdalo, Walter. Pase lo que pase".

El hombre le miró con ojos tristes pero sorprendentemente claros. Cal no le había preguntado la edad, pero calculó que rondaba los ochenta años. A pesar de su edad, parecía estar en su sano juicio, lo que le ayudó a aliviar parte de la culpa que sentía en su interior.

"Pase lo que pase", repitió Cal, antes de ponerle suavemente una mano en el hombro y dar un paso atrás.

"Vamos, Cal, tenemos que empezar."

Cal le sostuvo la mirada un poco más, asegurándose de que comprendía la importancia de sus palabras. Fue Walter quien finalmente rompió la mirada, fingiendo tener que ajustar la urna entre sus manos.

Según el plan, si se le podía llamar así, Cal se retiró a su cámara. Y entonces, una vez detrás del objetivo, volvieron a estar como antes de la llegada de Walter: Cal, Shelly y Allan detrás de sus cámaras, todos centrados en la zona sobre la que triangulaban. Sólo que esta vez, había un hombre sentado en el centro. Un hombre triste, triste, que sólo quería desesperadamente volver a ver a su mujer.

Cal sacudió la cabeza, intentando mantener la concentración.

"Vale", dijo Shelly, con voz suave. "Llámala. Dile que estás junto a

su tumba".

Walter cerró los ojos un momento, y cuando volvió a abrirlos, algo había cambiado en él, algo era diferente.

Cal sintió un repentino e inminente temor.

"¿Lorraine?" Walter dijo suavemente. "Lorraine, estoy aquí. Estoy aquí junto a tu tumba. Vine porque me llamaste".

Casi al instante, se oyó un susurro a la izquierda del hombre, justo detrás de un gran roble. Shelly había colocado varias luces portátiles junto al claro, pero las había apagado todas menos una para no asustar a Lorraine. Pero ahora Cal deseaba haberlas dejado todas encendidas. Entrecerró los ojos con fuerza, pero apenas había luz de luna que iluminara el árbol, y menos aún las sombras de detrás.

Su corazón empezó a acelerarse.

Joder, joder, joder.

Sintió el familiar cosquilleo en las yemas de los dedos y empezó a sudar en la frente a pesar de la fresca temperatura exterior.

"¿Lorraine?" Walter preguntó, el tono de su voz aumentando muy ligeramente. "¿Eres tú?"

De repente, un mapache salió de entre las sombras y Cal sintió cómo se le escapaba todo el aire de los pulmones. No era su intención exhalar con fuerza, pero lo hizo y asustó a la criatura nocturna, que se escabulló rápidamente en la oscuridad.

"¿Walt?" La voz era delgada, débil, casi metálica.

Cal giró la cabeza hacia el otro lado de la instalación, esta vez con el aire atascado en la garganta.

Había una mujer con un camisón blanco, casi iridiscente, caminando hacia Walter y la urna. Mientras Cal la observaba, se adentró en el claro y sus pies parecían deslizarse por la hierba en lugar de pisarla. Sus ojos estaban fijos en Walter y, como Shelly había predicho, la mujer de largo cabello negro que le llegaba casi hasta la mitad de la espalda ni siquiera se fijó en ellos.

De hecho, tampoco pareció darse cuenta de la luz que Shelly había colocado.

Espera la señal, se reprendió a sí mismo.

Su dedo se movía incontrolablemente, a escasos milímetros del disparador.

Walter estaba mirando en dirección contraria, pero al oír la voz de su mujer, giró para mirarla. Cuando sus miradas se cruzaron, dejó caer la urna sobre la hierba.

"¡Lorraine!" Walter se frotó los ojos como un niño en la mañana de Navidad. "Lorraine, ¿de verdad eres tú?"

La mujer aceleró el paso y su rostro, aún más delineado que el del anciano, se iluminó.

"¡Oh, Walter, eres tú! He estado tan confundida desde que me

dejaste".

¿Me dejaste?

Cal sintió que el corazón le latía desbocado en el pecho mientras Walter se levantaba.

Ahora sólo los separaban metro y medio o metro y medio.

Cal dejó que su dedo rozara el gatillo, pero no lo apretó, no todavía.

Espera a que esté al menos a medio metro de Walter, no antes", le había ordenado Allan.

Con la respiración contenida, Cal esperó, tan absorto en la escena que se desarrollaba ante él que ni siquiera se planteó mirar a Shelly o a Allan.

"Te he echado de menos, Walt. Te he echado mucho de menos. Todas las noches vengo aquí, deambulo por este bosque, entre las lápidas, buscándote. Siento mucho lo que pasó".

Lorraine dio otro paso deslizándose hacia delante, luego otro.

Cuatro pies ahora, tal vez menos.

Cal nunca había disparado un arma, pero había oído hablar de la picazón en el dedo del gatillo. Eso era exactamente lo que tenía ahora: le picaba el dedo en el gatillo.

Sólo quería hacer la foto y luego decirle a Walter que se largara de allí.

"¿Dónde... dónde has estado? ¿Por qué me dejaste, Walter?"

Cal se dio cuenta de que Walter llevaba varios minutos sin hablar y de repente temió por el corazón del hombre. Tenía la cara pálida, aparentemente desangrada, y los ojos muy abiertos. Incluso a Cal, a pesar de todo lo que había visto, de todo lo que sabía sobre este mundo, aún le costaba digerir el hecho de que aquella mujer estuviera muerta; su mente rechazaba la idea, volviendo a los principios que le habían inculcado a una edad temprana. Vives, mueres, vas al Cielo o al Infierno. No hay vuelta atrás. Y si él se sentía así, no podía ni imaginar lo que el pobre Walter estaba pensando o sintiendo.

"Oigo una voz, una voz que me llama... la voz de un hombre, que me dice que tengo que venir al Mar, que él puede ayudarme a conocer la verdad. Se hace llamar... se hace llamar la Cabra, Walter. Y tengo miedo".

Cal sintió que se le helaba la sangre.

La Cabra. El padre de Robert.

"¿Qué significa todo esto, Walt? ¿Por qué no...?"

Cuando ella dio otro paso hacia el hombre silencioso, Cal no pudo contener más el dedo.

Pulsó el botón de disparo y oyó cómo se cerraba el obturador de la cámara.

Al principio, no ocurrió nada. El visor seguía mostrando un

contorno rojo y naranja brillante de la figura de Lorraine, lo que ya de por sí resultaba inquietante. El hombre real, el hombre vivo y que respiraba, aparecía como un contorno borroso, pero esta quididad, el alma confusa y desorientada de Lorraine que era solicitada por Leland Black, era tan vibrante como una supernova.

"¡Ahora!" gritó Allan, y Cal, que se había adelantado, siguió pulsando el botón.

"¿Walt? ¿Qué pasa?"

Su voz se hizo más lenta, las palabras individuales se alargaron. No era tan deliberado como lo que había sucedido en Seaforth cuando Robert le había exigido que se detuviera, pero algo estaba sucediendo claramente. Era como si Lorraine se moviera de repente por el éter.

"¿Shel? ¿Allan?" Gritó Cal, todavía sin querer apartar los ojos de Lorraine y Walter. "¿Qué está pasando?"

No hubo respuesta inmediata.

Mientras observaba, Lorraine dejó de moverse por completo. Parecía como si todo su ser se hubiera congelado, con los ojos aún abiertos y los labios apretados como si estuviera pronunciando una palabra.

"¿Shel?"

"Aléjate de ella, Walter", dijo Shelly. Cal, atraído por el sonido de su voz, se alarmó al ver que se había alejado de su cámara y se dirigía hacia el claro.

¿"Shelly"? ¿Qué pasa? Quédate detrás de la cámara, Shelly".

"Lorraine... cómo te he detestado", gruñó Walter de repente. "Después de lo que hiciste, volví aquí para matarte de nuevo".

Cal giró la cabeza hacia la escena y se sorprendió al ver una expresión de furia en el rostro de Walter.

"¿Qué mier...?"

"¡No!" gritó Shelly de repente, y empezó a correr hacia Lorraine y Walter. Cal, aún confuso, no pudo evitar hacer lo mismo.

"Encontré las cartas, zorra. No fue sólo una vez, ¿verdad? No puedo creer que tú..."

Entonces Walter hizo lo insondable. A pesar de las innumerables advertencias, Walter alargó la mano y agarró por el cuello a su esposa muerta y congelada.

"¡No!" Cal gritó. Pero llegó demasiado tarde.

Con sus dedos largos y finos agarrando la piel arrugada de su garganta, la cabeza de Walter se echó repentinamente hacia atrás y su boca se abrió en un largo y horrible gemido.

Entonces empezó a temblar y sus ojos empezaron a ponerse negros.

Capítulo 10

"Libertad condicional", dijo Carson riendo.

Bella se quedó boquiabierta.

"No."

Carson siguió riendo.

"No, claro que no".

Bella bebió un sorbo de la nueva bebida que le había preparado el camarero, sin dejar de mirarle. Su reacción no fue exactamente la adulación que él esperaba.

"Bella", le dijo, acercándose a ella. Cuando ella se apartó, él tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para resistir el ceño fruncido que amenazaba con aflorar. "Soy yo, Bella. Soy yo de verdad".

Pero a pesar de sus afirmaciones, Bella no parecía convencida. Cuando alargó la mano para tocar la suya, ella se apartó tan rápido que casi se cae del taburete. Y entonces lo comprendió; el miedo en su rostro lo decía todo.

"Ja, vale, ahora lo entiendo. No estoy muerto, Bella. No soy uno de ellos".

Bella le miró con los ojos entrecerrados.

"¿Cómo puedo saberlo? Quiero decir, antes de que te encerraran... recuerdas los sueños, ¿verdad? ¿Los que me contaste? ¿Sobre el mar?", bajó la voz.

Carson se frotó la barbilla.

"Bella, ahora sé mucho más, mucho más sobre toda esta existencia de lo que puedas imaginar... He visto... lo he visto, Bella, he visto las orillas de la Médula. Y lo he visto, Bella. Hay tanto más que no sabes".

Pudo ver cómo volvía a brillar en sus ojos, pero seguía sin sonreír. Seguía en guardia.

"Bien", dijo Carson con un guiño, "ya sé cómo demostrarte que soy real. ¿Camarero?"

El hombre asintió bruscamente y se acercó. Sus finos labios mostraban una expresión amarga, lo cual resultaba extraño teniendo en cuenta que Carson y Bella eran sus únicos clientes.

"¿En qué puedo ayudarles?", dijo, mirando sus bebidas casi llenas.

"Tequila. Lo mejor que tengas".

Cuando el camarero no se movió de inmediato, Carson recordó cómo le había llamado Michael cuando se conocieron.

'Pareces un convicto anoréxico.'

Carson metió la mano en la cartera y sacó el fajo de billetes que había convencido a Michael para que sacara del cajero automático. Arrojó un billete de cincuenta sobre la barra.

Como era de esperar, la expresión del camarero cambió de repente

y sus ojos se abrieron de par en par al ver el dinero. Rápidamente se agachó, sacó una botella de Tequila Bang Bang de algún lugar oculto y la puso junto a dos vasos de chupito en la barra.

"¿En serio?" preguntó Bella, alzando sus finas cejas.

"¿No lo quieres?", preguntó el camarero, con la mueca amenazando con volver.

"No, está bien. Nos traerá de vuelta, ¿qué dices, Bella? ¿Un trago por los viejos tiempos?"

Bella se encogió de hombros. Era guapa, en un sentido no tradicional. Era su pelo, se dio cuenta Carson, lo que la hacía pasar de ser normal a guapa, con lo brillante y liso que era. Cuando la conoció por primera vez, hacía tantos años, durante sus prácticas en el centro de menores en el que Carson estaba recluido, había deseado tocar aquel pelo, sentir si era tan sedoso como parecía.

Lo era.

Desde aquel día, le había tocado mucho más que el pelo.

Mirando fijamente a Bella, Carson sintió una opresión desconocida en la parte delantera de sus pantalones. Hacía mucho, mucho tiempo que no estaba con una mujer.

El camarero sirvió los chupitos, pero justo cuando estaba terminando el segundo, Carson, con los ojos aún clavados en Bella, alargó la mano y agarró la del hombre que sujetaba el cuello de la botella de tequila.

"¡Eh!", gritó el camarero, e inmediatamente trató de apartar la mano. El agarre de Carson se mantuvo firme. Volvió su atención hacia el camarero, que no se daba cuenta de que el vaso de chupito estaba rebosando, derramando tequila de olor agrio por toda la barra.

Los ojos desorbitados del hombre se clavaron en la mueca de desprecio de Carson.

"La próxima vez que te pida un trago, será mejor que lo hagas enseguida. ¿Entendido? Eso, puedes hacérmelo a mí".

El camarero volvió a intentar apartarle la mano, pero los dedos de Carson se clavaron profundamente en su muñeca.

"¿Entendido?", repitió entre dientes apretados.

"Ya lo tengo", balbuceó el hombre.

Sólo entonces Carson le soltó la mano, lo que hizo que el camarero retrocediera dando tumbos. Carson le ignoró mientras enderezaba la botella y se dispuso a limpiar el tequila derramado sin decir palabra.

"¿Ves? Estoy muy vivo, Bella. Y hay tantas cosas que necesito contarte. Así que bebe, porque va a ser una noche larga".

***

"Esto me servirá", dijo Carson mientras echaba un vistazo al sórdido

sótano del Crematorio de Scarsdale. Las paredes estaban cubiertas de mugre y años de cenizas de cuerpos quemados, y las luces eran tan tenues que apenas cortaban astillas en la penumbra. Tenía un aspecto diferente al de la última vez que había estado aquí, cuando el incendio había hecho estragos. Nunca saldría en Home and Garden, pero eso le parecía bien. "¿Y estás seguro de que el otro tipo que trabaja aquí -Vinny- no nos dará ningún problema?".

Jonás se rascó el estómago y gruñó.

"No, ningún problema por su parte, eso seguro".

"¿Y seguirán trayendo cadáveres?"

"Sí. Ellos los traen, yo los quemo".

se burló Michael. Estaba claro que Scarsdale le impresionaba menos que Carson.

"Mira, Carson, ¿vas a decirme qué estamos haciendo aquí? ¿Me vas a contar cuál es el puto plan? Porque tengo la sensación de que no encajo aquí, ¿me entiendes?". Michael miró su traje azul marino hecho a medida y luego miró a Jonah, que llevaba una camiseta de Mickey Mouse con agujeros de polilla y un par de tallas menos.

Carson sonrió.

Qué equivocado estás, Michael. Muy equivocado. Estás donde debes estar.

Carson se inclinó y rodeó la cintura de Bella con el brazo. Tiró de ella con fuerza y la besó en la frente.

Tiempo a solas: pronto necesitaremos tiempo a solas.

"Mira, Michael, tú perteneces aquí. Nosotros..." Hizo un gesto grandioso para incluir a los cuatro. "Todos somos iguales."

Miró a Bella cuando volvió a hablar.

"Son nuevos tiempos, señoras y señores. Es el amanecer de una nueva era, y nosotros somos los responsables de abrir las compuertas. Pronto todos los que, como nosotros, estén hartos de conformarse con las normas sociales, de esconderse en su piel, de enterrarse a sí mismos, serán libres, tanto vivos como muertos".

Carson sonrió ampliamente al terminar su imprevisto soliloquio. La respuesta no fue exactamente la que esperaba: Michael se le quedó mirando, sin pestañear como un pez.

"¿De qué coño estás hablando?", exclamó al fin el hombre. "¿Qué demonios estás diciendo?"

Michael frunció el ceño y dio un paso hacia Carson. Jonah intervino de inmediato. Esta vez, al contrario que en el parque junto a su despacho, Michael se dio cuenta.

"Mira, estuve de acuerdo en venir aquí, para recoger a tu novia, para darte algo de dinero, pero a menos que me dejes entrar en tu pequeño secreto, entonces aquí es donde trazo la línea. Con cinta o sin cinta".

Carson miró de Jonah a Bella, y finalmente sus ojos volvieron a Michael.

No estaría mal que supieran la verdad, supuso. *Al fin y al cabo, al final se enterarían, todo el mundo se entera.*

Pero no tenía por qué ser así. Si se ponían las pilas, podrían cambiar las cosas... si tan sólo pudieran atraer de nuevo a su hermano, podrían utilizarlo para abrir la puerta.

De repente, le vino a la mente una imagen de Robert, con la mano temblorosa mientras apuntaba con la pistola a la cabeza de Carson. Pero Robert no había sido capaz de apretar el gatillo, de matar a su hermano.

Carson, sin embargo, no tendría el mismo problema si las tornas cambiaran.

Había quedado claro, en aquel momento, con el agujero en la cabeza del padre Callahan aún humeante, que Robert pensaba que él era diferente a Carson. Mejor, tal vez. Pero el hecho era que había sido Robert quien había disparado y matado al padre Callahan, no Carson. Claro, al hacerlo había cerrado la puerta, y el sacerdote ya estaba prácticamente muerto, pero Robert lo había asesinado.

Y ahora que su hermano lo había probado, Carson Ford dudaba mucho que pudiera aguantar mucho más antes de verse obligado a hacerlo de nuevo.

Una vez que sentiste el poder, la euforia de ver su quididad salir de su caparazón...

"Siéntate, Michael, tenemos que charlar. Luego tenemos que empezar. El tiempo es esencial, mi buena gente. Y se está malgastando".

Capítulo XI

"¡Joder!" gritó Shelly mientras corría hacia el claro. Cal corrió tras ella, pero en el fondo de su mente no tenía ni idea de lo que iba a hacer una vez allí.

"¡Shel! ¡Espera!"

Pero Cal se ahorró una decisión difícil; Walter y Lorraine se desvanecieron antes de que Shelly pudiera llegar hasta ellos, sus cuerpos reducidos a una fina niebla que recordaba a las cenizas que descansaban en la urna sobre la hierba. Y entonces también desaparecieron, dejando a Shelly sola en el claro.

Se volvió y Cal vio una profunda tristeza en sus ojos.

"Mierda", dijo en voz baja. Sus hombros se hundieron, su cabeza cayó.

Cal la miró fijamente, apenas reconociendo que Allan había aparecido de repente a su lado. Una parte de él sentía que todo había sido culpa de Walter -después de todo, él había sido explícito sobre no tocar a su mujer-, pero el persistente sentimiento de culpa no desaparecía, no del todo.

Lo habían puesto en este loco plan.

"No deberíamos haber hecho esto", susurró Shelly.

Cal se mordió la lengua y, por suerte, Allan habló antes de que dijera algo de lo que probablemente se arrepentiría.

Te lo dije, joder, y si soy la voz de la razón, Shelly, entonces tenemos verdaderos putos problemas.

"¿Qué hemos hecho?" preguntó Allan, con voz etérea.

Shelly levantó los ojos.

"Enviamos a ese hombre al peor infierno posible. Y ya oíste lo que dijo Sean, cada persona que va allí, cada persona que se queda en las costas, alimenta a Leland, le da poder". Sus ojos se oscurecieron, y su culpabilidad se transformó en ira. "¿Creéis que por lo que pasó en Seaforth todo esto se ha acabado?". Agitó las manos, señalando primero la urna roja, luego las cámaras y después a ellos. "No importa que Carson esté muerto: Leland no se detendrá. Mientras siga en la Médula, nunca se detendrá".

Suspiró. Cuando volvió a hablar, era como si tuviera un gran peso en el pecho, que le oprimía y le impedía respirar.

"Nunca".

Cal tragó saliva. Sabía que sus palabras eran ciertas, a pesar de que seguía muy confundido sobre lo que había ocurrido exactamente en Seaforth.

Lo que sí sabía era que él y Allan habían sido atraídos a la prisión por ese bastardo de Sean; lo había manipulado -los había utilizado en

su contra-, había usado sus propias emociones y luego los había secuestrado en la pequeña habitación, prohibiéndoles salir. Allan se había aterrorizado, y había hecho falta mucho engatusamiento para convencerlo de que saliera al pasillo. Tres veces se habían aventurado a salir, pero su cámara había revelado quididades por todas partes, más de las que él había visto nunca, o eso afirmaba. Como cobardes, habían permanecido encerrados durante horas, un día incluso, mientras las luces se encendían y apagaban, mientras los gritos resonaban arriba y abajo de los muros de la prisión.

El sonido que habían hecho las cuerdas improvisadas al retorcerse y luego partir los cuellos de los guardias aún resonaba en su mente. Pero eso no era lo peor. Lo peor era que aún podía oír sus jadeos desesperados en el comedor contiguo mientras él y Allan permanecían sentados en silencio.

"¿Cal? ¿Por qué lloras, Cal?" preguntó Shelly. Se dirigió hacia él y lo abrazó.

"Necesitamos a Robert", dijo simplemente. "¿Dónde coño se ha ido?"

Aunque Shelly no respondió, sintió que asentía con la cabeza.

Al final, Shelly se apartó y Cal se secó las lágrimas y respiró hondo.

Necesitaban a Robert, sin duda, pero incluso sin él, tenían trabajo que hacer. Shelly tenía razón, Leland no se detendría sólo porque uno de sus hijos había muerto.

Después de todo, tenía dos.

Cal se frotó los ojos.

"Eso estuvo jodido", dijo, y Shelly asintió con la cabeza. "Pero, Allan, ¿funcionó? Quiero decir, algo le pasó a Lorraine, ¿no?".

Allan asintió y se ajustó las gafas antes de hablar.

"Sí, funcionó, creo. Quiero decir, ella estaba congelada en el lugar. No fue tan rápido como en Seaforth, pero ... "

"Eso es lo que vi, también", Shelly de acuerdo. "¿Pero durante cuánto tiempo? Y, aún más importante, ¿por qué funcionó?".

Allan negó con la cabeza.

"No lo sé con certeza. Creo que las lentes funcionan como las cámaras térmicas, aunque la quiddidad no parece emitir mucho calor". Se volvió hacia Cal. "¿Recuerdas en Seaforth? El frío que hacía cuando se encendían las cámaras".

Cal asintió.

"Así que debe ser otra cosa. Quiero decir, no todo el mundo puede verlos, ¿verdad? Así que las cámaras deben de alguna manera recoger un rastro de lo que están hechos. Y sea lo que sea de lo que están hechas, dejan un poco detrás, que es por lo que sabía que la finca Harlop había estado embrujada". Se encogió de hombros. "Tal vez al tener dos o tres cámaras con los objetivos enfocados y hacemos una

foto, se bloquea lo que sea de lo que están hechas".

"A menos que vayan a la Médula", dijo Shelly.

"Tal vez. Pero incluso si eso fuera cierto, plantea más preguntas que respuestas. Quiero decir, ¿cómo llegan realmente a la Médula? La Cabra está empeñada en abrir una grieta lo bastante grande como para que él y sus espíritus puedan regresar, pero estas grietas ocurren constantemente: cada vez que alguien muere y va a la Médula, tiene que viajar a través de algún tipo de grieta. Pero no todos se van. Dejan un rastro que puedo rastrear con mis cámaras. Déjame enseñarte".

Allan se acercó a su cámara y encendió la pantalla para que todos la vieran.

"Esta es una imagen en vivo", dijo, "y Lorraine y Walter no han estado aquí por, ¿cuánto? ¿Cinco? ¿Diez minutos?"

Cal asintió. No estaba seguro de dónde sacaba Allan esa mierda, y mucho menos de por qué no se lo había contado antes, y tampoco estaba seguro de cuánto de todo aquello era realmente cierto, pero parecía plausible.

Y basándose en lo que había visto, plausible era suficiente.

"Y sin embargo" -Allan trazó con el dedo el contorno rojo desvaído de una mujer en el claro- "aquí está".

"No tan oscuro como en la finca Harlop".

Allan negó con la cabeza.

"No, no tan oscuro. Pero Lorraine estuvo aquí poco tiempo... y mira, ya se está desvaneciendo".

"Como un pedo al viento", dijo Cal en voz baja.

Shelly se volvió hacia él, con los labios apretados.

"¿En serio? ¿Bromeando en un momento así?"

Cal se encogió de hombros; era su forma de lidiar con el dolor y la confusión que le invadían.

Allan ignoró a ambos y continuó.

"Y hay algo más, también. Tomé un video en Seaforth".

Cal sintió que se le iba la sangre de la cara. Recordó el desastre de cámara de Allan en el helicóptero, con un agujero de bala en la carcasa. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que algo de lo que había captado fuera utilizable.

Allan debió de verle la cara, pues asintió con gesto adusto.

"La mayor parte quedó destruida; sólo se salvó el audio. Pero conseguí salvar parte del vídeo: un pequeño clip de unos treinta segundos".

Cal tragó saliva.

"¿Qué parte?", susurró.

Allan hizo una pausa, sus ojos se movieron de Shelly a Cal, y luego de vuelta.

"La parte en la que Robert ordena al quiddity que se detenga en el

comedor."

Un silencio se apoderó del trío mientras cada uno de ellos luchaba, y fracasaba, por evitar recordar los horrores que habían presenciado en la prisión de Seaforth.

Un escalofrío recorrió a Cal al recordar el olor de la sangre y las vísceras que le habían amontonado encima.

Ese fue su segundo acto cobarde del día.

"¿Y? ¿Qué mostraba?", preguntó en voz baja.

Allan vaciló.

"No te lo vas a creer, tengo que enseñártelo. Empaquemos aquí y volvamos a la finca".

Capítulo 12

A pesar del carácter **desconfiado del hombre** y de su evidente aprensión, Carson sabía que Michael estaba dentro. Después de todo, para alguien que había matado a tanta gente como el banquero financiero de día, debía de haberlo visto en los ojos de sus víctimas. Debía de haber visto su timidez.

"Podemos abrir la grieta, Michael, y entonces podrás mostrar a la gente quién eres realmente. Es una pena que tengas que esconderte, que se suponga que tenemos que sucumbir a las limitaciones sociales".

Michael frunció el ceño y su mirada pasó de Carson a Jonah y luego a Bella. Cuando de repente su mano serpenteó hacia arriba y se introdujo en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje, Jonah se puso en pie de un salto. Pero en lugar de sacar algún tipo de arma, sacó el brazo de la manga de la chaqueta. Luego sacó el otro.

El hombre se quitó meticulosa y deliberadamente la chaqueta y la colocó con suavidad, casi con ternura, en el respaldo de su silla. Era una farsa absurda, ya que la chaqueta tenía numerosas manchas que salpicaban el tejido azul marino del sórdido sótano del Crematorio de Scarsdale, y la propia silla, un primitivo diseño de malla metálica tan feo como incómodo, estaba sencillamente sucia.

Michael se quitó la corbata y empezó a desabrocharse la camisa.

"¿Qué estáis haciendo?" preguntó Jonás, pero Carson hizo callar al pequeño trol.

Y cuando vio lo que había debajo de la camisa del hombre, la sonrisa de Carson creció hasta que empezaron a dolerle las mejillas.

Todo el torso de Michael, desde el cinturón hasta el hueco de la garganta, desde el ombligo hasta las muñecas, estaba completamente cubierto de tatuajes. La tinta azul oscuro se extendía hacia fuera desde el centro del pecho formando intrincados diseños, caras, palabras, un completo y absoluto smorgasbord de tinta que hizo que tanto Bella como Jonah exhalaran bruscamente. Haciendo caso omiso de sus reacciones, Michael se acercó a la silla de delante y se sentó.

"Si eso significa que puedo mostrar al mundo mi verdadera piel, cuenten conmigo", dijo con una sonrisa.

Carson dio una palmada, el sonido fue tan fuerte en el sótano que tanto Bella como Jonah se sobresaltaron.

"Me alegro de tenerte a bordo", dijo, "sabía que vendrías de paseo".

"¿Y ahora qué?", preguntó, flexionando su considerable pecho. El hombre estaba en excelente forma, obviamente había cuidado con esmero la nave que tanto despreciaba.

Carson se puso de pie.

"En primer lugar, necesitamos más ayuda. Jonah, ¿cuántos cuerpos

tienes en el crematorio ahora mismo?"

Jonás reflexionó un momento sobre la pregunta.

"Había cuatro cadáveres para quemar -sin contar a la señora Kyra- cuando salimos a buscar a Michael y Bella", dijo, "y llevamos dos días fuera. Supongo que ocho. ¿Quizá nueve, en total?"

Bella tomó la iniciativa, se acercó al horno y se asomó por el lateral donde estaban apiladas las bolsas para cadáveres.

"Bueno, tu amigo Vinny debe haber estado ocupado; hay once bolsas aquí".

Aún mejor.

"Es un comienzo, es un comienzo", dijo Carson, más para sí mismo que para los demás. "Ahora necesito un poco de tranquilidad. Voy a ponerme en contacto con el otro bando; con suerte, me dirá cuántos vamos a necesitar".

"¿Él? ¿Cuál es el plan, Carson?" Preguntó Michael. El hombre era insaciable.

"Necesitamos un Guardián para abrir la grieta: sólo un Guardián atrapado entre dos mundos puede abrirla. Y el Guardián que vamos a utilizar es mi hermano. El problema es -su mente volvió a la cara de Robert y a su mano temblorosa aferrando la pistola- que no está muy dispuesto a ayudarnos. Y, además, no sé dónde está. Cuando lo encontremos, lo acorralaremos con quiddity para retenerlo".

Bella asintió con la cabeza.

"Entonces, ¿primero encontramos a Robert y luego sólo necesitamos que algunos muertos nos ayuden?". Michael preguntó.

Carson ignoró el sarcasmo; Michael lo vería muy pronto.

"Oh, los muertos no serán un gran problema", dijo Carson, todavía sonriendo. "De hecho, están a nuestro alrededor".

***

Carson estaba desnudo, sentado en el suelo del crematorio. El cemento estaba frío sobre su piel desnuda, pero sabía que aquella sensación no duraría mucho. Cerró los ojos e inspiró profundamente por la nariz, antes de volver a expulsar un chorro fino por la boca.

Sólo fueron necesarias tres respiraciones, concentrarse en la respiración y desconectar la mente, antes de que su visión se oscureciera.

Y entonces sintió que su mente fluía como el agua que se vierte en un barreño. En el oscuro vacío que lo envolvía, distinguió lentamente motas de blanco, que rápidamente se convirtieron en un mar espumoso y agitado.

Carson, me alegro de que hayas podido volver.

Leland Black estaba de pie en la playa, con su sombrero negro

ocultando su rostro. En su mano derecha tenía a la niña que, según Leland, era la clave para mantener abierta la grieta.

Amy.

La chica, como Leland, tenía la cabeza gacha.

Carson no estaba seguro de si ella podía oírle, pero las muchas veces que había transportado su mente a la Médula, ella nunca le había reconocido.

¿Lo has encontrado ya? ¿Has encontrado a Robert?

Carson concentró sus pensamientos.

No, estamos buscando... ¿quizás puedas ayudarnos con eso?

Hubo una pausa.

Le toqué... Normalmente puedo sentir dónde está, pero... Robert está vagando, buscando. Sus amigos, por otro lado... están de vuelta en la finca.

Al mencionar la finca Harlop, el fuego del cielo se encendió y el rostro de James Harlop apareció entre las llamas.

Y si tratas con sus amigos, él vendrá a ti.

Gracias, Padre.

Carson se lo pensó un momento antes de continuar. Leland ya le había ayudado antes, con la temeridad del guardia al que había arrancado los ojos.

Necesitamos ayuda... necesitamos acelerarlos, traer a los muertos adelante.

Para sorpresa de Carson, no fue Leland quien contestó, sino la chica.

Yo puedo ayudar con eso, dijo Amy con sencillez.

Y entonces, sin dudarlo un instante, Carson fue transportado de vuelta al crematorio, con el culo entumecido por el frío hormigón.

Cuando abrió los ojos, ya sonreía.

Había once personas de pie a su alrededor, con sus ojos blancos como la leche clavados en él, esperando instrucciones.

Estaban todos muertos.

***

"¿Qué demonios?" susurró Michael. Incluso Bella parecía sorprendida por la escena del sótano, a pesar de lo mucho que Carson había compartido con ella a lo largo de los años. Sólo Jonah parecía estar preparado para la escena, en parte porque llevaba muchos años tratando con muertos, mientras que la participación de Michael y Bella solía acabar con la muerte. Y sobre todo por la mujer del horno, la que le había suplicado que entrara; también estaba eso.

"Sí", dijo Carson, sonriendo ampliamente. "El infierno... el infierno es renunciar a tu identidad, de sacrificar el yo. Puede haber sido un

error evolutivo, pero ahora que está aquí, significa todo".

Jonás lo miró con extrañeza, pero Carson ignoró al hombre bajo y gordo.

"Estos", continuó Carson, señalando a los once hombres y mujeres muertos que permanecían con la cabeza gacha en señal de obediencia, "son los que utilizaremos para mantener a raya a los amigos de Robert, para atraerlo de vuelta a la finca".

Michael, aún sin camiseta, con los tatuajes brillantes por el sudor del caluroso sótano del crematorio, se subió al último peldaño y luego alcanzó el más cercano. Era una mujer vestida con un traje tradicional de color pastel que le llegaba hasta los tobillos. Su flequillo rubio le colgaba sobre los ojos, pero incluso a través de éste, Carson podía ver las oscuras fosas enterradas debajo. Tenía una fea marca morada en la garganta que descendía hasta el cuello del vestido, una herida que había sido cubierta con capas de maquillaje.

"Yo no haría eso si fuera tú", dijo Carson con calma. La mano de Michael colgaba en el aire, a escasos centímetros de la cabeza de la mujer. "Recuerda lo que te dije, Michael, y tú también, Jonás; si los tocas, te envían a la Médula".

Jonás levantó la vista de la escalera.

"¿Y?"

"Y no vuelves..." Carson dejó escapar la frase. "Pero llegará un momento en que todos podamos ser libres, libres de ir y venir entre mundos, de actuar y comportarnos como nos parezca, no como ellos quieren que seamos".

Michael sonrió, y Carson se unió a él. Cuando Bella bajó las escaleras y pasó junto a Jonás y el hombre tatuado a Carson, los once quiddity se abrieron, permitiéndole el paso.

Carson no pudo evitar pensar en sí mismo como un rey en ese momento, con Bella como su reina. Y estos quiddity, eran sus soldados. Carson rodeó con el brazo la delgada cintura de Bella y tiró de ella con fuerza.

"Jonah y Michael, necesito que vayan a la finca Harlop. Usen a los muertos para rodear el lugar, para mantener a los amigos de Robert en orden. Dudo que Robert esté allí, pero si lo está, hay que contenerlo. Pase lo que pase, no dejen que toque a uno de los muertos".

"Espera", interrumpió Jonás, "¿por qué no? Creía que habías dicho..."

Carson negó con la cabeza.

"Necesitamos a Robert, sólo a Robert, para abrir la grieta en la Médula. No me importa lo que les pase a los otros".

Cuando una sonrisa se dibujó en el ancho rostro de Jonás, revelando unos dientes pequeños y casi siniestros, Carson levantó la mano.

"Antes de que te emociones demasiado, recuerda que necesitamos a sus amigos para atraer a Robert a casa".

Jonás dejó de sonreír.

"Pero, estén seguros, cuando esto termine, cuando la grieta se abra de nuevo, habrá literalmente un infierno en la tierra. Y entonces ustedes pueden ir a trabajar".

Michael fue el siguiente en hablar, con su habitual voz monótona.

"¿Y ellos?", preguntó, indicando a los once hombres y mujeres que aún permanecían preparados. "¿Van a escuchar?"

Carson asintió.

"Oh, escucharán bien."

"¿Pero cómo, por qué?"

Carson miró a Bella, que tenía los labios apretados. Se preguntó qué estaría pasando por su cabeza, pues no había hablado mucho desde que bajó las escaleras y encontró al muerto allí de pie.

"Porque cuando la gente muere y no va a la Médula, suele quedarse confusa, desorientada. Algunos ni siquiera se dan cuenta de que están muertos. Necesitan orientación, buscan respuestas".

Bella le miró.

"Tú", dijo ella, o preguntó; él no podía decir si la palabra era una afirmación o una pregunta basándose en su tono.

Carson negó con la cabeza.

"No, yo no."

"¿Quién, entonces?"

"Leland-Leland les dio la orientación que necesitaban".

Al mencionar el nombre del hombre, varios de los quiddity se movieron, su primer movimiento desde que dejaron pasar a Bella.

Carson sonrió.

Incluso los muertos temían a la Cabra.

Eso estuvo bien.

Eso estuvo muy bien.

"Vamos, Jonah, Michael. Coged estos quiddity y hagamos una fiesta".

Capítulo 13

"En cualquier momento", refunfuñó **Cal**, con los ojos fijos en la pantalla del ordenador. Tras regresar de la debacle del cementerio, habían arrancado el portátil de Allan y esperaban pacientemente a que cargara el vídeo de Seaforth. Pasaron un par de minutos de avance rápido a través de la oscuridad total antes de que la pantalla se inundara repentinamente de luz brillante. La imagen se atenuó lentamente y luego pasó a un extraño color gris, como si alguien hubiera intentado ser artístico y le hubiera aplicado un filtro antiguo.

"¿Se supone que debe ser así de gris?" Preguntó Shelly.

"No, normalmente no. Pero la cámara estaba dañada de alguna manera... normalmente, con el objetivo encendido, apenas se distingue a la gente normal".

Cal asintió, recordando la imagen quemada de Lorraine en el cementerio, mientras que Walter había sido sólo una silueta.

"Pero por la razón que sea, en el vídeo se puede distinguir a Robert, y también a Sean. ¿Ves ahí?"

Cal se inclinó más hacia él.

La imagen no era de gran calidad, pero podía ver claramente el contorno de la espalda de Robert mientras caminaba hacia delante, Sean a su lado, este último con la pistola en ristre. Cal se encogió cuando el cuerpo de uno de los guardias ahorcados se balanceó ante el objetivo, pero Allan movió rápidamente la cámara.

"Vale, ¿y ahora qué?" preguntó Shelly en voz baja. "¿Qué estamos buscando? ¿Por qué pensarías que todo esto de la cámara en el cementerio funcionaría?".

"Sólo mira".

El sonido también estaba dañado -se oía un siseo seco por encima de su conversación-, pero al cabo de unos veinte segundos, de repente se oyó el sonido de una ametralladora por los altavoces del portátil. También se oyó un grito, algo ininteligible, lo que Cal pensó que podría haber sido su voz, y la cámara se desvió hacia un lado. La imagen se distorsionó, las líneas se dispersaron por la pantalla, pero cuando Allan volvió a girar, la imagen se volvió relativamente clara.

Excepto que la escena no era la misma. En lugar de sólo Sean y Robert, la pantalla se llenó con tres figuras brillantes de pie delante de Robert, mientras que Sean ya no estaba en el marco.

"Los guardias muertos", dijo Cal, más para sí mismo que para Allan o Shelly.

Robert decía algo en la pantalla, pero era difícil distinguir sus palabras exactas entre los disparos, los gritos y el silbido seco que crispaba los nervios de Cal. Pero entonces Robert levantó lenta y

deliberadamente las manos hacia delante y las palabras "STOP" brotaron de los altavoces con una claridad sin precedentes.

"¿Qué está...?" Shelly comenzó, pero Allan rápidamente la hizo callar.

Lo que ocurrió a continuación fue difícil de entender, a pesar de que Cal lo estaba viendo desarrollarse ante él. El resplandor de los tres quiddity empezó a pixelarse, y parte de él, sus manos, sus pies, la parte superior de sus cabezas, empezaron a extenderse, estirándose como si fueran caramelos generados por ordenador.

Y fluía hacia las manos de Robert.

Cal contuvo la respiración, consciente de las consecuencias de ser tocado por la quididad. Mientras observaba, los brillantes tonos rojos y amarillos empezaron a extenderse aún más.

Sin embargo, una fracción de segundo antes de que tocaran a Robert, el color se acumuló frente a sus palmas extendidas. Y entonces empezó a agitarse y a espumar, sin llegar a hacer contacto. Los propios quiddity perdieron parte de su brillo, dejando tras de sí formas grisáceas cercanas, pero no exactamente, al mismo color que el contorno de Robert.

"Jesús", susurró Shelly.

Hubo un destello de luz en el centro del pecho de Robert, visible a través de su espalda, pero la cámara se alejó rápidamente antes de que Cal pudiera ver qué era exactamente.

A continuación se oyeron varios disparos, y entonces Cal vio su propia imagen, su cara reflejando el terror, cayendo al suelo. Estiró el brazo frenéticamente para detener la caída, pero sus manos sólo agarraron a un recluso muerto, tirando accidentalmente de él mientras ambos caían.

Y entonces se oyó un último disparo, cuyo informe se cortó inesperadamente cuando la cámara se quedó en negro.

"¿Qué carajo fue eso?" Shelly exigió. "¿Qué le pasó a Robert?"

Cal respiró hondo.

"En serio. La... la... oh qué coño... esa mierda brillante, ¿fue a parar a las manos de Robert?"

Allan negó con la cabeza.

"No, no lo creo, pero parecía que podía, no sé, ordenarlo de alguna manera. Atraerlo hacia él. Y todos vieron lo que hizo con el primer guardia, Quinn, cómo parecía obligado a escuchar, a responder".

"¿Pero qué era eso en el centro de su pecho? ¿El resplandor?"

"No sé. Artefacto, tal vez".

Shelly, que estaba apoyada en el respaldo de la silla de Allan, se irguió y el chico de las gafas rebotó.

"No lo creo", dijo en voz baja. Fue su tono lo que llamó la atención de Cal.

"Sabes algo, ¿verdad? ¿Algo que no nos estás contando?"

No era una acusación, sino más bien una pregunta, pero la expresión de Shelly se endureció de inmediato. Ni siquiera estaba seguro de dónde había salido. Aun así, mientras esperaba a que ella respondiera, se dio cuenta de que era algo que le venía molestando desde hacía tiempo. Shelly estaba tan segura de cosas concretas de las que no debería tener ni idea, una confianza absoluta que superaba incluso su actitud típica, que él empezaba a preguntarse si realmente sabía algo que ellos ignoraban.

"No", dijo al fin. "Pero era parte de la cinta. Era real. Sentí-nos dijo que sentía presión en el pecho, ¿recuerdas? ¿Siempre que los quiddity están cerca?"

Cal no recordaba haber oído nada de eso, pero también había estado enterrado bajo cadáveres, así que era posible. O tal vez había dicho algo en el helicóptero, pero Cal también estaba bastante jodido entonces. Todos lo estaban.

"Sí, bueno, sea lo que sea, sólo él puede hacerlo", dijo Cal, desviando la mirada. "Intenté decirle a Lorraine que parara en el cementerio. Incluso levanté las manos como él, y nada. La perra siguió caminando".

Shelly se burló de su crudeza.

"Hay más", les informó Allan.

"¿Más? ¿Más vídeo?"

"No, no exactamente. Pero encontré algunas cosas en internet, ¿sobre un libro? ¿Recuerdas cuando Sean y Robert hablaban de un libro? ¿Con la profecía sobre la Médula? Bueno, tan pronto como volvimos, empecé a buscar en la red. No esperaba encontrar nada, porque llevo años buscando sobre cualquier cosa que tenga que ver con la Médula y nunca he oído nada al respecto, pero entonces... de repente, hace unos tres meses y medio, empezaron a aparecer posts sobre *Inter vivos et mortuos*. De repente había alguien en todos los tablones de mensajes clandestinos haciendo preguntas sobre el tema. Y luego dejó de hacerlo".

"Padre Callahan", dijo Cal rápidamente. Casi al mismo tiempo, Shelly dijo: "Robert".

Allan los miró a ambos con extrañeza.

"Tal vez, no estoy seguro-no pude rastrear ninguna de sus IPs. Quiero decir, si fuera Callahan, explicaría por qué estaba en la prisión en primer lugar. ¿Pero cómo sabría Robert lo del libro?"

"Quizá se lo dijo su padre", dijo Shelly encogiéndose de hombros.

Cal reflexionó y recordó las cicatrices de la pantorrilla de Robert. Algo había ocurrido en el Distrito Séptimo, algo horrible. Y Cal estaba bastante seguro de que las bruscas respuestas de su amigo a sus preguntas sobre lo ocurrido habían sido intencionadamente breves.

Miró a Shelly, que también parecía ensimismada.

Y ella sabe... sabe algo. Sabe mucho, tal vez. Más de lo que dice.

De repente, Shelly levantó la vista y Cal le sostuvo la mirada en silencio hasta que ella apartó los ojos. Y cuando la mujer, normalmente demasiado segura de sí misma, hizo eso, las sospechas de Cal se confirmaron.

"Ojalá", empezó Allan, volviendo a su ordenador. "Ojalá supiéramos más, o si tuviéramos...".

Pero su frase se interrumpió cuando las luces de la finca parpadearon.

"¿Olvidaste pagar la factura de la luz, Shel?"

Como Shelly no contestaba, la miró. Se estaba agarrando el pecho, con una expresión de dolor en su bonita cara.

"Alguien está aquí", dijo entre dientes apretados. "Algo está aquí".

Capítulo 14

"¿Robert?" preguntó Cal, con voz vacilante.

Shelly negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos y las manos aún apretadas contra el centro del pecho.

¿"Shel"? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?"

Shelly volvió a sacudir la cabeza y esta vez Cal fue hacia ella. Allan también se levantó y estaba a punto de dirigirse a su lado, con cara de preocupación, cuando se detuvo en seco.

Un fuerte golpe en la puerta resonó en la sala de estar.

A Cal le dio un vuelco el corazón.

"Jesús, Shel, ¿qué está pasando?"

Ella seguía sin contestar y su rostro empezó a teñirse de un carmesí intenso. Cal le agarró la barbilla y le levantó la cara para mirarla directamente a los ojos, con su propio corazón latiéndole en el pecho.

Volvieron a golpear la puerta, pero él hizo caso omiso.

"Estoy bien", resolló por fin. Respiró entrecortadamente y su color empezó a volver a la normalidad.

"¿Quién es? preguntó Cal, sintiendo alivio al darse cuenta de que ella no estaba sufriendo un ataque al corazón. "¿Quién está en la puerta?" Cuando Shelly se limitó a negar con la cabeza, se volvió hacia Allan. "¡Ve! ¡Tráele un vaso de agua!"

Allan, que no hacía más que mirarlos, con los ojos muy abiertos tras las gruesas lentes, salió inmediatamente corriendo de la habitación.

Los fuertes golpes volvieron a sonar: bang, bang, bang.

"Joder", maldijo Cal. Guió suavemente a Shelly hasta el sofá y la tumbó. "Joder, Shelly. ¿Es la puerta? ¿Es la persona que está en la puerta?"

Shelly tenía la cara pellizcada y la piel húmeda al tacto.

"No", se las arregló, "No persona-personas".

"Está bien, todo irá bien. ¿Es tu corazón? ¿Quieres una aspirina? ¿Qué coño está pasando?"

Shelly negó con la cabeza.

"Pecho, tan... apretado..."

"Jesucristo, ¿qué está pasando?" casi gritó. Levantando la cabeza, llamó a Allan. "¡Allan! ¡Vuelve aquí! ¡Allan!"

Pero no oyó nada: Allan no respondió. Los golpes en la puerta también parecían haberse detenido.

"¿Allan?" preguntó, su voz ahora tentativa. "¿Dónde has ido?"

Miró rápidamente hacia abajo para ver que Shelly había cerrado los ojos, y luego volvió la vista al pasillo por el que Allan había huido hacía unos instantes.

El silencio en la finca Harlop era alarmante.
Y aterrador.
"¿Allan?"
El pánico empezó a invadir a Cal, que palmeó suavemente la mano de Shelly antes de ponerse en pie. Sus ojos recorrieron la habitación en busca de cualquier cosa que pudiera servirle de arma. Nada le llamó la atención. Después de lo ocurrido con James Harlop, Robert había insistido en que se retiraran los utensilios de la chimenea. Lo único remotamente parecido a un arma eran las cámaras, con los trípodes aún colocados, en el sofá frente a Shelly, donde las habían tumbado después de su encuentro en el cementerio.
Cal tragó saliva.
Tendrá que bastar.
Cogió el más cercano, saboreando su peso en la mano, y salió del salón delantero.
La sangre le fue chupada instantáneamente de la cara y las extremidades.
Allan estaba en el pasillo, con las gafas torcidas en su rostro juvenil. Se había echado el pelo hacia atrás, levantando la cara. Una hoja corta de diez centímetros brillaba a la luz.
La punta se apretó contra la suave piel que recubría su nuez de Adán.
"¿Qué...?"
"No te muevas", ordenó una voz nasal.
Cal tragó saliva e inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado. La persona que estaba de pie detrás de Allan era unos diez o doce centímetros más baja que él, pero su gran barriga podía verse a ambos lados de la delgada estructura de Allan. Su rostro estaba oculto.
"¿Dónde está Robert?", siseó el hombre. Cuando habló, su vientre se sacudió y la hoja saltó ligeramente contra la garganta de Allan. Pequeños puntos de sangre aparecieron donde la punta tocaba su piel. "¿Dónde está Robert?"
"No lo sé", respiró Cal. "¿Quiénes sois? ¿Qué quieres?"
"¡Robert, quiero a Robert! ¿Dónde está?" Mientras el hombre gritaba, empujó a Allan hacia adelante, moviéndose con él, de alguna manera logrando mantener el cuchillo en su lugar a pesar de su torpe baile.
Cal se quedó tan sorprendido por el repentino movimiento que se tambaleó hacia atrás. Tenía las piernas entumecidas y estuvo a punto de caerse con el primer paso. Al enderezarse, extendió las manos para mantener el equilibrio y se dio cuenta de que seguía sujetando la cámara.
Sin pensárselo, levantó el objetivo y empezó a disparar, como había hecho en el cementerio. Cuando los dos siguieron avanzando,

haciendo retroceder a Cal hasta la sala de estar, sintió que se hundía.

Quienquiera que fuese el hombre del cuchillo, estaba vivo.

"¿Dónde está?", bramó el hombre.

"¡No lo sé! ¡Se fue!"

Allan estaba llorando ahora, las lágrimas corrían por su cara asustada.

"Por favor", suplicó, pero el hombre, que ahora Cal se daba cuenta de que le estaba tirando del pelo por detrás, le mandó callar.

"¿Quién eres?" preguntó Cal.

"No importa quién coño soy, ¡será mejor que estés pensando en cómo encontrar a Robert!"

¿Encontrarlo? ¿Quién es este psicópata? ¿Y qué quiere de Robert?

Cal bajó la cámara, con la mente trabajando a mil por hora, tratando desesperadamente de encontrar una manera de salvar la vida de su amigo. Parecía ridículo que, a pesar de lo que habían pasado juntos en Seaforth, ahora Alan fuera a encontrar su fin a manos de un simple mortal.

Un humano bajo y rechoncho con el tabique desviado.

Era insondable.

"No, no, no lo creo", dijo de repente una voz femenina. "Creo que será mejor que busques una forma de evitar que te sangre la cabeza".

Shelly pareció materializarse de la nada; en algún momento durante la carrera del hombre hacia Cal, ella debió de utilizarlo como distracción y se había levantado del sofá.

Ahora se encontraba justo en la entrada de la habitación, en el momento en que empujaban a Allan por el umbral. En respuesta a su amenaza, el hombre emitió un extraño gruñido y se volvió, aferrando aún un puñado del pelo de Allan.

Shelly balanceó el trípode de la cámara con saña. Un sonoro crujido llenó el salón de los Harlop cuando las patas metálicas chocaron con la parte superior de la calva del hombre. Cal soltó un grito ahogado, pero no se sorprendió demasiado; ya la había visto en acción en el distrito siete y sabía lo violenta y despiadada que podía llegar a ser Shelly.

El hombre cayó como una piedra, sus manos soltaron el cuchillo y el pelo de Allan. Cayó al suelo incluso antes de que cayera el géiser de sangre.

Allan cayó de rodillas hacia delante, tosiendo mientras gateaba como un bebé que acaba de aprender a gatear, hasta quedar justo al lado de Cal.

"¿Crees que puedes venir aquí con una puta navaja y amenazarnos?". gritó Shelly al hombre que se revolcaba en el suelo, con la cabeza y la cara ahuecadas entre sus manos regordetas. Se echó hacia atrás con la intención de volver a balancear el trípode, ahora

abollado -una de las patas colgaba, retorcida-, pero entonces algo la hizo detenerse.

El hombre que estaba en el suelo no jadeaba ni sollozaba, como Cal había pensado en un principio. Mientras lo observaba, se apartó las manos de la cara, dejando al descubierto la sangre de una herida en la parte superior de la cabeza que se le había escurrido hasta la boca, moteándole los dientes con manchas rojas.

Ni siquiera gemía.

Se estaba riendo.

"¿Por qué coño te ríes?" exigió Shelly, acercándose aún más al hombre, asegurándose de que pudiera ver el trípode que blandía.

El hombre siguió riéndose en su cara. Cal miraba horrorizado, incapaz de reaccionar. Shelly apretó los dientes y esta vez hizo caer el trípode sobre su enorme tripa, y las cortas piernas del hombre se dispararon de inmediato. Tosió y sus manos se dirigieron al punto de impacto, pero entonces empezó a reír aún más fuerte. La sangre que había goteado en su boca salía rociada de sus finos labios, para caer sobre su rostro instantes después.

El trípode estaba completamente destrozado, las tres patas rotas en tres lanzas dentadas.

"Dime por qué te ríes", exigió Shelly, con el rostro pálido torcido en un ceño fruncido. "O te apuñalaré en las putas tripas".

Allan se puso en pie y se encogió detrás de Cal.

El hombre por fin dejó de reír.

"Porque", jadeó, aún sin aliento por los golpes o las risas, o ambas cosas. "Porque no vine sola, idiota".

Cal, que se había acercado lentamente al cuchillo que ahora estaba a pocos metros de él, se quedó helado.

"¿Qué? preguntó Shelly, su postura se volvió defensiva.

"No he venido solo", repitió. Se llevó dos dedos a los labios y silbó, esparciendo sangre por toda la mano y la madera. Shelly retrocedió un paso y Cal se agachó y cogió la hoja.

Había parecido enorme, como un machete, cuando lo apretó contra la garganta de Allan, pero ahora que lo tenía en la mano, lo sentía tan insignificante como una navaja suiza.

"He traído a unos amigos", susurró el gordo mientras gruñía y se ponía de rodillas.

Se oyó un crujido detrás de Cal y éste se dio la vuelta. El cuchillo cayó al suelo.

"No", gimió.

Tres personas se acercaban, con la cabeza baja, la tez gris, indistinta. No pudo verles los ojos, pero no le hizo falta para saber que eran orbes negros y oscuros.

Estaban muertos.

Cal oyó gritar a Shelly y se volvió hacia el otro lado tan deprisa que se sintió mal.

Había muertos por todas partes, todos arrastrando los pies hacia Cal, Shelly y Allan, rodeándolos.

Y a través de la respiración agitada y los pasos arrastrados, Cal pudo distinguir el sonido húmedo de la risa nasal del gordo.



PARTE II - Inter vivos et mortuos

Capítulo 15

Robert Watts empezó a buscar en el único lugar que se le ocurrió: La iglesia del Padre Callahan. Y, sorprendentemente, no había sido tan difícil de encontrar.

Sus recuerdos, los que Sean Sommers le había obligado a evocar, de los que ni siquiera había sido consciente antes de conocer al hombre, le habían dado algunas pistas. Y descubrió que cuanto más se concentraba, más profundizaba en su propia mente y más recordaba.

Era una pequeña iglesia con un tejado alto situado en algún lugar cálido del sur. Tenía unas enormes puertas de madera que se abrían hacia dentro, no muy distintas de las de la finca Harlop. Pero aparte de las majestuosas puertas, era una estructura bastante sencilla y modesta.

Ruido.

Recordaba ruidos constantes, como si hubiera obras alrededor de la iglesia.

Robert podría haber tratado de llegar a Sean, ya que estaba seguro de que sabía dónde estaba la iglesia, pero eso era lo último que quería hacer. Sean Sommers no era quien Robert había pensado que era.

El hombre había disparado y matado a alguien a sangre fría, un hombre que tenía las manos atadas a la espalda, nada menos. Y también había empujado al alcaide de Seaforth al Marrow, lo que podría haber sido incluso peor. No, lo último que quería era que Sean Sommers supiera adónde iba.

O por qué.

De hecho, Robert no quería tener nunca nada que ver con aquel hombre, a pesar de que ambos eran Guardianes de la Médula y sus destinos parecían intrínsecamente unidos.

Y luego estaba todo el asunto de Carson, de su hermano... Robert no había sido capaz de matar al hombre, a pesar de saber que era lo correcto. Que sería lo mejor para todos, vivos y muertos, que incluso sería misericordioso.

Pero no pudo hacerlo.

Y, sin embargo, *había* matado.

Sólo de pensar en disparar la pistola contra el padre Callahan se le formó un nudo en el estómago tan apretado que casi le dio náuseas.

Era la única manera, Robert, la única manera.

Tal vez, pero aún así le había quitado la vida a un hombre.

Robert abrió la ventanilla de su Chevy alquilado y dejó que el aire caliente le abofeteara la cara. Mientras el viento le acosaba, cerró los ojos durante un breve instante.

Pero rápidamente se abrieron de nuevo.

No era sólo porque estuviera conduciendo, sino más bien porque cada vez que cerraba los ojos le invadía la negrura, un vacío que lo abarcaba todo y que acabaría cristalizando y convirtiéndose en un mar.

Y entonces su mente estaría de vuelta con Leland en las orillas de la Médula. Y él no estaba listo para volver. No todavía, al menos.

Menos de una hora después de una conducción sin incidentes, Robert se encontró frente al Registro Público de Carolina del Sur, en Columbia.

No estaba completamente seguro de por qué estaba allí -definitivamente no había decidido conscientemente conducir hasta Carolina del Sur-, pero se sentía *bien*, y al igual que cuando había ordenado a la quiddity en Seaforth que se detuviera, se sentía natural, normal, *correcto*.

Robert apagó el coche y respiró hondo antes de abrir la puerta. Se bajó las gafas de sol baratas que había comprado en una gasolinera para taparse las ojeras y cruzó rápidamente la calle.

El lugar estaba desierto, lo que no era del todo sorprendente dado que eran las dos de la tarde de un martes. Su objetivo era encontrar la iglesia, encontrar el libro y luego ver qué era tan importante en él como para que el padre Callahan utilizara sus últimas palabras antes de suplicar que lo mataran para indicarle que lo encontrara.

Y luego se largaría de Carolina del Sur, con suerte sin levantar sospechas, sin que Sean se enterara de que estaba buscando el libro.

Robert se acercó a la gran puerta principal del edificio, agarró el picaporte y esbozó su mejor sonrisa falsa antes de abrirla de par en par. El aire frío le golpeó en la cara, secándole inmediatamente el sudor de la frente. Dejó que sus ojos se adaptaran a la luz tenue y permaneció un momento en la entrada. Cuando empezó a distinguir la silueta de un escritorio a diez pasos de la puerta, se dirigió hacia él.

Una mujer delgada con cejas prominentes estaba sentada detrás del escritorio. Tenía un libro en el regazo y sus ojos estaban concentrados en las páginas. Robert se inclinó sobre el escritorio y echó un vistazo. Vio el título, pero no el autor: *Malos juegos*.

"¿Qué estás leyendo?", preguntó en voz baja.

La mujer dio un respingo.

"¡Woah! Me has asustado".

Robert dio un paso atrás, regañándose por ser demasiado despreocupado.

Estás tratando de averiguar sobre la iglesia, no de conseguir una cita.

Le asaltaron pensamientos sobre Shelly, pero los alejó de su mente. No era justo lo que había hecho, dejar a Cal y a Shelly en la oscuridad, pero era *menos* justo llevarlos de paseo. Había terminado con esa vida, con involucrarlos. Independientemente de lo que Cal dijera, *se trataba*

de él, de él y de Amy.

Y no merecían ser arrastrados a las profundidades con él.

"Lo siento", dijo tímidamente. "No quería asustarte".

La mujer tragó saliva y se ajustó las gafas que se le habían movido al sobresaltarse.

"Bien, bien", dijo desdeñosamente. "¿Qué puedo hacer por ti?"

"Estoy buscando algo... quiero decir, a alguien. Bueno, no a ellos, exactamente, sino dónde podrían vivir, dónde está su pariente más cercano".

La mujer arrugó la frente con desconfianza, haciendo que sus cejas se unieran en una gran y gruesa oruga.

"¿Perdón?"

Robert se quitó las gafas de sol y suspiró.

"Mira, un amigo mío falleció y estoy buscando a sus familiares para informarles".

La mujer se mordió el interior del labio.

"Tu amigo murió, ¿pero no sabes dónde vive? ¿Dónde vive su familia?"

Robert apartó la mirada, intentando no sonreír. Todo iba exactamente como lo había imaginado, menos la primera parte, pero atribuyó su nerviosismo a *los Juegos Malos* y no a sus propias acciones. Volvió a mirar a la secretaria, esta vez poniéndose serio.

"Era un sacerdote, mi padrino", dijo en voz baja, mirando dramáticamente a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba.

"¿Patrocinador?"

Robert se inclinó aún más.

"Doce pasos".

La boca y los ojos de la mujer tenían exactamente la misma forma: anchos y circulares.

"Ah, ya veo", dijo tras una incómoda pausa. Ahora era el momento de inclinarse. "¿Cómo se llama? A ver si puedo ayudarte. ¿Un cura, dijiste? ¿De SC?"

Robert asintió lentamente.

"Sí", respondió secamente, "un cura".

Esperó a que la mujer se volviera hacia el monitor y empezara a teclear.

"Vale, creo que puedo ayudarte... si tu amigo era el dueño de la iglesia, claro. O su casa, todo eso forma parte del registro público. Normalmente remitimos este tipo de cosas a las agencias locales, pero para los curas... ¿cómo se llama?".

"Callahan".

La mujer le miró.

"¿Es su nombre o su apellido?"

"Último".
"¿Y cuál es su nombre de pila?"
"¿Padre?"
"¿En serio?"
Robert negó con la cabeza.
"Mira, no lo sé. Yo sólo lo conocía como el padre Callahan-patrocinadores, bueno, se supone que no son demasiado personal ". Robert se rascó la nuca. "Y, para ser honesto con usted, señora, yo no soy el, eh, el mejor estudiante, si sabes lo que quiero decir."
La mujer parpadeó con fuerza y luego asintió.
"Padre Callahan es."
Luego volvió a teclear.
"¿Le conoces?"
Con los ojos fijos en el ordenador, pulsa unas teclas y la impresora que tiene detrás empieza a zumbar.
"No, es sólo que eres la segunda persona esta semana que pide la dirección de la iglesia del Padre Callahan. Debe haber sido un padrino popular, ¿no crees? Aunque me duele pensar que está muerto. Al menos marcó la diferencia en la vida de alguien".
Robert se quedó con la boca abierta.
No podía ser una coincidencia. Alguien más también estaba buscando *Inter vivos et mortuos*.
La secretaria cogió el papel de la impresora y se volvió hacia él. Antes de que pudiera levantar la vista de la página, Robert se la arrebató de las manos.
"Sí, debe de haberlo sido", dijo distraídamente. Luego empezó a alejarse, mirando fijamente la dirección de la página, una que le resultaba extrañamente familiar.
"Buena suerte con tu recuperación", susurró la mujer tras él.
Robert no se volvió. Si alguien más buscaba el libro, probablemente también lo estarían buscando a él.
Aceleró el paso y salió de la iglesia.

Capítulo 16

No era exactamente como Robert la recordaba, pero se parecía bastante. La parroquia del padre Callahan era una estructura sencilla, y años de exposición al sol y falta de cuidados habían hecho mella en el exterior. Sólo las impresionantes puertas delanteras, aquellas ante las que tantos años atrás había estado mano a mano con Sean, parecían estar en buen estado. La odiosa construcción que recordaba de su época aquí hacía tiempo que había pasado. De hecho, parecía que toda la zona había pasado por varios ciclos vitales. Antaño situada al final de una calle sin salida rodeada de edificios fabriles, la iglesia se erguía ahora como una aguja en el centro de un páramo de edificios abandonados, consecuencia de la subcontratación estadounidense.

Robert empezó a respirar agitadamente en cuanto abrió la puerta del coche, y la ansiedad aumentaba a cada paso que daba. Estaba al borde de la hiperventilación cuando se acercó a las gigantescas puertas de madera.

Por favor, llévate a los chicos... sólo puedo llevarme a uno... a ese...

En el fondo de su mente, Robert se preguntaba si Carson tenía razón, si las cosas habrían sido diferentes si hubiera sido a su hermano a quien Callahan había acogido y no a él.

Claro que sería diferente... pero no te convertirías en Carson. Eres una buena persona.

Robert intentó apartar esos pensamientos de su mente, pero persistían. Así que, en lugar de negarlos, atacó su validez.

¿Cómo sabes siquiera que eso sucedió realmente? ¿Que Sean viniendo aquí contigo y Carson era real?

Una parte de él pensaba, incluso esperaba, que esos recuerdos se los hubiera metido Sean en la cabeza, para que cumpliera sus órdenes...

Pero eso le planteó otras preguntas, que le hicieron saltar por la madriguera del conejo.

¿Qué es exactamente lo que Sean quería que hiciera? ¿Cuál era su diabólico plan maestro?

Robert negó con la cabeza.

En realidad no importaba lo que Sean quería, o lo que el hombre estaba tratando de lograr. Lo que importaba era recuperar a Amy y asegurarse de que la Médula permaneciera como estaba: bien cerrada.

Ese mal estaba confinado a las llamas sobre el mar.

Y entonces volvió a la razón por la que estaba delante de la iglesia del sacerdote muerto, con unos vaqueros anchos y unas gafas de sol enormes: el libro. Era una exageración, lo sabía, pero esperaba que *Inter vivos et mortuos* arrojara algo de luz sobre su propósito.

Por alguna razón, Robert llamó a las pesadas puertas de madera, aunque no estaba seguro de quién esperaba que respondiera. Esperó varios segundos por respeto, pero cuando la única respuesta fue solo silencio desde dentro, agarró el picaporte de madera y tiró.

La mitad de él esperaba que la iglesia estuviera cerrada, ya que el padre Callahan llevaba muerto casi tres meses. Pero, al fin y al cabo, era una iglesia, y estas cosas tienen tendencia a permanecer abiertas, aunque todo pensamiento racional sugiera que deberían estar tapiadas para siempre.

La puerta se abrió y Robert entrecerró los ojos en la oscuridad, con las pupilas tratando de adaptarse al dramático contraste de luz.

Y entonces entró.

Había varias velas encendidas en una mesa a un lado, lo que significaba que estaban ardiendo infernalmente o que aún había feligreses que las visitaban a pesar del fallecimiento del viejo cura. Él habría apostado por lo segundo.

"¿Hola?", dijo suavemente. De nuevo, como era de esperar, nadie respondió.

La puerta se cerró tras él y Robert se quedó solo con las velas para alumbrarse. La iglesia era modesta, los bancos estaban en el mismo estado de deterioro general que el exterior de la iglesia. Mientras sus ojos seguían adaptándose, se dio cuenta de que no estaba tan solo como había pensado en un principio. Distinguió la silueta de cuatro cabezas, todas inclinadas, repartidas por los bancos.

Y, por supuesto, también estaba Jesús; el hombre colgaba de una cruz en lo alto del altar, la luz de las velas reflejándose en su rostro de plástico, haciéndole parecerse inquietantemente a los rostros en las llamas sobre la Médula.

De repente, un escalofrío recorrió la espalda de Robert y le hizo estremecerse. Un recuerdo le invadió con tal fuerza que tuvo que apoyarse en el respaldo de un banco para no caerse.

"Ven conmigo, hijo", dijo el padre Callahan mientras tomaba la pequeña mano de Robert entre las suyas.

Robert vaciló y miró al hombre, confuso por lo que estaba pasando. El hombre que se hacía llamar Sean había venido a buscarlo a él y a su hermano a casa, diciéndole que su padre había tenido un accidente. Que tenían que ir con él a buscar un nuevo hogar.

Pero ahora se estaban separando, y Robert sintió una opresión en el pecho.

Esto no debía pasar, nada de esto debía pasar.

Se dio la vuelta y vio cómo Sean se alejaba de la iglesia, aún con Carter de la mano. Su hermano no se volvió y Robert empezó a llorar.

"Está bien, hijo. Aquí estás a salvo. Por favor", dijo Callahan mientras

abría la puerta con un gruñido, "hay alguien que quiero que conozcas".

Robert resopló y se secó las lágrimas con la manga de la camisa.

A papá no le gustaba que llorara; ahora era un niño grande, tenía que ser duro, fuerte.

Respirando hondo, Robert siguió al sacerdote al interior de la iglesia.

"¡Kendra!" gritó el padre Callahan, y una niña de unos siete u ocho años, varios más que el propio Robert, apareció aparentemente de la nada, con su desordenado pelo rubio colgando delante de la cara.

"Robert, quiero que conozcas a Kendra. Ustedes dos pueden ser amigos".

Robert tosió y parpadeó, tratando de recuperar la sensibilidad en las piernas.

¿Qué demonios ha sido eso?

Volvió a toser, una tos seca que expulsó algunas flemas, y luego sintió una punzada de dolor en la parte posterior de la pantorrilla.

Mordiéndose la lengua para no gritar, se agarró la zona y se la frotó hasta que la piel bajo los vaqueros se puso roja. Luego se levantó, estiró la espalda e intentó orientarse.

Recuerdos o visiones o alucinaciones o no, él estaba aquí para encontrar el libro. Y el hecho de que le doliera la pierna significaba que tenía que darse prisa. Las cosas estaban sucediendo de nuevo, y no tenía mucho tiempo antes de... ¿Antes de qué?

No lo sabía con certeza. Pero algo le decía que el dolor en su pierna era como el dolor en su pecho cuando la quididad estaba cerca; sólo que con su pierna, era algo peor.

Era Leland tendiéndole la mano.

La Cabra es tu padre, Robert.

Haciendo una mueca, dio un paso hacia delante, sus ojos escudriñaron el interior de la iglesia que aún le parecía extraña aunque empezaba a sospechar que, de hecho, ya había estado aquí antes.

El libro, necesito encontrar el libro.

Al adentrarse en la iglesia, sintió que el sudor empezaba a acumularse en su frente.

Necesito encontrar Inter vivos et mortuos. *Es la única forma de recuperar a Amy.*

Capítulo 17

Estaba claro que alguien había estado en la iglesia antes que Robert, buscando algo, probablemente él mismo o el libro. La señora del edificio de registros no se había equivocado.

No fue tanto el hecho de que parte del polvo de la mesa con las velas hubiera sido removido, o que los armarios del pequeño despacho de la iglesia hubieran sido abiertos y cerrados recientemente, lo que le puso sobre aviso, sino que había habido un esfuerzo evidente por volver a poner las cosas como estaban, *exactamente como* habían estado.

Mientras Robert miraba la iglesia, tratando de encajar con los demás feligreses, se dio cuenta de que no era algo que el padre hubiera dejado al descubierto. Si lo hubiera sido, quienquiera que hubiera estado aquí antes lo habría encontrado, lo cual seguía siendo una clara posibilidad.

Le vino a la mente la imagen de la boca de Callahan, retorcida por la agonía, pronunciando las palabras "*el libro, ve a buscar el libro*".

Si no está aquí, ¿dónde debo buscarlo? Debe estar en un lugar que sólo yo podría encontrar...

Robert estaba solo en el pequeño despacho, respirando hondo, intentando mantener la calma y calmar sus nervios. Una parte de él quería olvidarse de todo este asunto, hacer las maletas y marcharse a Canadá, como había pensado hacer una vez con Amy.

Amy...

Pero era Amy la que le hacía seguir adelante.

Robert sacudió la cabeza y volvió a la parte principal de la iglesia, mientras murmuraba para sí mismo.

"Piensa, Robert. Piensa... El padre Callahan quería que encontraras el libro, y el único lugar lógico para buscarlo es aquí, en su iglesia, la iglesia en la que te dejaron. Lo habría puesto en algún lugar donde sólo tú pudieras encontrarlo".

Su frustración iba en aumento, y Robert decidió que, en lugar de rebuscar entre las pertenencias del sacerdote muerto, como ya había hecho alguien probablemente más experimentado que él, adoptaría un enfoque diferente.

Buscaba respuestas en su interior.

Robert apenas había podido cerrar los ojos desde que fue tocado por Leland sin sentir esa oscuridad, la amenaza de que su mente fuera transportada a la Médula, pero se le estaban acabando las opciones.

Decidido, se dirigió lentamente a la entrada de la iglesia y tomó asiento en el primer banco. Hacía mucho tiempo que no estaba en una iglesia, y aún más que no se sentaba en un banco como feligrés

común. Pero le resultaba extrañamente cómodo y familiar.

Luego cerró los ojos, relajó el cuello y los hombros y respiró hondo.

Piensa, Robert. Piensa en antes...

"¿Vienes? Si te escondes conmigo, será mejor que te des prisa; casi ha terminado de contar".

Robert miró a Kendra, con una sonrisa en su joven rostro.

"Es demasiado lenta, sabes que nunca nos encuentra".

Kendra alargó la mano, le agarró del brazo y tiró.

"Vamos, tengo algo que quiero mostrarte de todos modos".

Robert la acompañó a regañadientes, dejándose arrastrar desde la habitación trasera con sus camas hasta la parte delantera de la iglesia.

Era un jueves por la tarde, una tarde sofocante y soleada, que era prácticamente el único tiempo que hacía en Carolina del Sur en esta época del año, y pasar del dormitorio fresco y con aire acondicionado a la iglesia cálida y húmeda fue un shock para su sistema.

Si Dios es tan todopoderoso y poderoso, ¿por qué no enfría su propia casa?

Aun así, el tiempo no había hecho nada por mantener alejados a los devotos.

Había una anciana junto a las velas, vestida de negro y con la cabeza gacha. Había otra persona, un hombre de mediana edad, de rodillas en el banco central, moviendo los labios en una oración silenciosa.

Y luego estaba el padre Callahan, con el ceño fruncido mientras hablaba con un tercer feligrés, con su larga y vaporosa túnica inmaculada a pesar del calor.

"¡Vamos!" siseó Kendra, tirando de él con más fuerza. Lo estaba guiando hacia el altar, algo que Callahan les había dicho en repetidas ocasiones que estaba totalmente prohibido.

Pero Kendra tenía una forma de ser que le hacía casi imposible resistirse a sus juegos, que inevitablemente acababan en una fuerte reprimenda.

Robert echó otra mirada por encima del hombro al sacerdote, intentando moverse en silencio, para no llamar su atención. Kendra, en cambio, se movía como un elefante, y él se encogió cuando ella saltó literalmente a la plataforma y aterrizó con fuerza con los dos pies. Robert la siguió rápidamente, con los ojos todavía dirigidos hacia la parte delantera de la iglesia.

De lo que poca gente se daba cuenta en la iglesia era de que la pesada cortina que colgaba del techo detrás del altar no estaba allí para cubrir una pared antiestética, o una puerta de salida. Si uno prestaba suficiente atención, podía verla ondear de vez en cuando, revelando el hecho de que había aire detrás de ella.

La mayoría de la gente estaba demasiado ensimismada como para darse cuenta, y a los pocos que lo estaban probablemente les daba igual. Pero para Kendra era una aventura, un secreto a la espera.

Kendra se arrebujó contra la pared lateral y alargó la mano para descorrer la cortina. Luego se volvió hacia Robert.

"Vamos", dijo, sus ojos desorbitados, su sonrisa brillante. "Christine nunca nos encontrará aquí".

Robert hizo una mueca, sabiendo que si el altar estaba fuera de los límites, entonces esta zona, el sanctasanctórum sobre el que el padre Callahan era tan reservado, era *definitivamente* una zona en la que tenían prohibida la entrada.

Pero Kendra tiró y Robert fue literalmente arrastrado detrás de la cortina. En el último segundo, sin embargo, giró la cabeza.

El padre Callahan le miraba fijamente, con el ceño fruncido.

Entonces, la cortina se cerró tras ellos. Un segundo después, se detuvo y fue como si nunca hubieran estado allí.

Robert abrió los ojos lentamente, con la respiración todavía lenta y regular. Mientras esperaba a recuperarse del vívido recuerdo, su mirada empezó a centrarse en la cortina de color rojo oscuro que había detrás del altar. En su visión, había sido de un carmesí brillante y afelpado, pero hoy era de un rojo apagado, pálido y descuidado.

Pero era la misma cortina.

Robert sabía dónde había guardado el libro el padre Callahan. Lo había sabido todo el tiempo.

Capítulo 18

Un rápido vistazo reveló que los pocos feligreses de la iglesia estaban previsiblemente demasiado absortos en sus propias cabezas para siquiera reconocerle.

Robert corrió la cortina y miró detrás. El espacio era muy parecido al que recordaba: una zona rectangular de un metro y medio de profundidad que se extendía a lo largo del altar. Había una mesa plegable en el lado opuesto al que Robert había entrado, sobre la que había una caja de hostias y varias botellas medio vacías de vino para misa.

Robert se acercó a la mesa con un propósito, pero a medida que se acercaba, su corazón comenzó a hundirse.

Al igual que los archivos del despacho de Callahan, las velas de la fachada, estaba claro que las personas que habían registrado la iglesia antes que él también habían vuelto aquí.

"Mierda", murmuró. Se estaba dando cuenta de que no sólo era posible que la gente que había estado aquí antes hubiera encontrado el libro, sino que era casi un hecho.

Quienquiera *que* fueran.

Mientras Robert recogía las obleas, se reprendió por ser tan estúpido.

¿Pensó que llegaría a la iglesia y el libro estaría sobre el escritorio? ¿Quizá con un gigantesco faro de luz iluminándolo desde el cielo?

Devolvió los barquillos a la mesa y sus ojos se centraron en el vino. No parecía mala idea. Pero cuando Robert cogió una de las botellas, vio una pequeña nota debajo de los barquillos.

En cuanto lo cogió, supo que era para él a pesar de la falta de saludo.

Era sólo una frase, garabateada con letra torcida; la mano del padre Callahan:

El escondite.

El recuerdo llegó como un relámpago a su cerebro.

"No, no sólo aquí detrás", dijo Kendra, "¡sino aquí dentro!".

Robert miró a la chica salvaje que tenía delante e hizo una mueca.

"¿Dónde? No veo..."

Kendra empujó la pared, y él oyó un clic y luego una puerta secreta, de sólo un metro de alto, se abrió de golpe.

Los ojos de Robert se abrieron de par en par.

"¿Qué? ¿Cómo?"

Kendra soltó una risita y sacudió la cabeza.

"¡Entra rápido, antes de que venga Christine!"

Antes de que Robert pudiera decir lo contrario, antes de que empezara a quejarse, a decirle a Kendra: "Oh, no sé, me parece una mala idea, al padre Callahan no le hará gracia", lo metieron en una habitación diminuta y oculta que apestaba a hollín y llamas.

Robert parpadeó, y su mirada se dirigió inmediatamente al punto de la pared opuesta. Como entonces, no podía ver lo que Kendra tenía; la pared de yeso parecía una pared normal y corriente. Claro que necesitaba reparaciones cosméticas, pero no había ni rastro de una puerta secreta.

"*Debe* estar ahí".

Cuando el padre Callahan los había visto dirigirse detrás de la cortina hacía tantos años, debía de saber que Kendra habría encontrado la habitación secreta.

Su mirada se dirigió de nuevo a la nota adhesiva.

El escondite.

Robert se dirigió inmediatamente a un punto de la pared que le resultaba familiar y empujó, con el corazón acelerado.

No pasó nada; sólo sintió yeso bajo la mano.

No hubo clic, ni siquiera cesión.

Robert movió la mano un poco más abajo y a la izquierda, y volvió a empujar.

Nada.

Frunciendo el ceño, dio un paso atrás y examinó la pared en busca de una costura o tal vez una sombra. El problema era que el yeso era tan viejo y estaba tan dañado que había costuras *por todas partes*. Podía haber mil puertas secretas, o ninguna.

Una línea vertical en particular parecía prometedora, y presionó justo debajo de ella.

Todavía nada.

Su frustración empezaba a aumentar, junto con su escepticismo.

¿Era un recuerdo real? ¿Cómo es que no sé nada más sobre esta chica? ¿Sobre Kendra? ¿Quién es ella? ¿Dónde *está?*

Robert no pudo evitar pensar que tal vez estos recuerdos o visiones o lo que demonios fueran eran simplemente una especie de idea que Sean había inyectado de alguna manera en su mente.

Después de todo, había sido en la finca Harlop con Sean donde había tenido su primer recuerdo, aquella vez que le dejaron en la iglesia. También había sido bajo el aliento de Sean, su guía.

¿Quizás me hipnotizó?

Robert negó con la cabeza.

No me acuerdo, ¿por qué *no me acuerdo?*

Podía recordar vívidamente a su padre y a su madre, Alex y Helen Watts, un litigante y una ama de casa, e incluso podía recordar la casa en la que creció. Es cierto que no recordaba mucho antes de los seis años, pero ¿quién lo hacía? Los recuerdos de su abuelo eran igualmente vívidos, sobre todo el olor a puro que desprendía y cómo había enseñado a Robert a cortar el suyo propio.

No recordaba nada de su supuesto hermano, Carson, ni de Leland, ni de... ¿su verdadera madre? Ella nunca había aparecido en sus visiones.

Al menos todavía no.

Robert volvió a empujar la pared, esta vez con el talón de la mano lo bastante fuerte como para hacerle estremecerse.

Visiones, recuerdos, la médula.

Por enésima vez, Robert pensó que estaba alucinando o que ya estaba muerto.

"¿Dónde demonios estás?", refunfuñó.

Mientras movía sistemáticamente un pie a su derecha y se preparaba para golpear de nuevo la mano contra la pared como un idiota, un repentino alboroto al otro lado de la cortina le detuvo en seco.

"Muy bien, todo el mundo fuera: la iglesia va a estar cerrada durante una hora o dos", dijo un hombre desde la entrada. La voz se oía amortiguada tras la gruesa cortina, pero le resultaba familiar.

"¿Señora? Lo siento, pero va a tener que marcharse. Sólo por una hora más o menos, luego puede volver a entrar".

Robert oyó protestar a una mujer, pero el hombre insistió.

¿La iglesia está cerrada?

Con el corazón acelerado, Robert esperó en silencio durante lo que le pareció una hora. Finalmente, oyó cerrarse la puerta principal y otra persona habló.

"Despejado. ¿Por qué estamos aquí? Ya registramos la iglesia".

Hubo una breve pausa. Y cuando el primer hombre respondió, sonaba mucho más cercano que antes.

"El jefe nos dijo que buscáramos de nuevo. Quiere el libro".

Jefe...

Los ojos de Robert se abrieron de par en par.

¡Aiden!

Era el hombre del helicóptero, de Seaforth. El del tabaco de mascar atascado en el labio, que les había ayudado a él y a Sean a sobrevivir al desastre del comedor.

Y están buscando el libro... por orden de Sean.

Robert giró la cabeza y empezó a presionar la pared con las dos manos, tratando desesperadamente de encontrar la puerta.

Lo último que quería era ser atrapado aquí por esos hombres.

Sean le había permitido abandonar el helicóptero, pero no estaba tan seguro de que, si volvían a cruzarse, se mostrara tan ansioso. Y Robert no había olvidado que estaban a punto de salir volando cuando él había salido a trompicones de la prisión.

"¿Un libro? ¿Todo esto es por un libro?"

Robert seguía empujando la pared, con el sudor goteándole en los ojos.

Dónde coño está... dónde coño está... ¡vamos, abre de una puta vez!

"Un libro", confirmó Aiden, su voz directamente al otro lado de la cortina ahora. "Pero ya sabes lo que dijo que hiciéramos si nos encontrábamos con Robert".

"Diez-cuatro."

Al oír su nombre, Robert se puso aún más frenético. Miró por encima del hombro mientras presionaba al azar la pared, y divisó una mano que agarraba el borde de la cortina, a menos de tres metros de donde él estaba.

"¿Qué pasa con este libro, de todos modos?"

"Haces demasiadas preguntas, ¿lo sabes, Mark?"

Y entonces Robert oyó un clic sordo.

¡Sí!

La puerta secreta se abrió de golpe, con el mismo tamaño y la misma forma que en sus recuerdos. Robert la abrió de un tirón y, sin mirar siquiera, saltó al interior y la cerró tras de sí.

"Sólo soy un tipo curioso, supongo", dijo Mark una fracción de segundo antes de que se descorriera la cortina.

Capítulo 19

Robert esperó en la más absoluta oscuridad durante varias horas. Oyó a los hombres que estaban fuera del pasadizo secreto rebuscando entre los objetos del difunto padre Callahan y pisoteando a escasos centímetros de donde estaba sentado. Incluso después de que se hubieran retirado a la zona principal de la iglesia, con las voces demasiado apagadas tras la puerta oculta como para distinguir nada en concreto, siguió esperando.

Y luego esperó un poco más.

Y algunos más.

Sólo después de lo que parecieron varias horas, Robert se atrevió a sacar del bolsillo el teléfono móvil de prepago que había cogido al mismo tiempo que las gafas de sol y miró la hora. Eran las 2:20. No había mirado la hora cuando llegó, pero sabía que había salido del edificio de los archivos sobre las 12:20, así que calculando veinte minutos de trayecto hasta la iglesia, diez minutos más dando vueltas sin encontrar el pasadizo, todo dicho significaba que llevaba hora y media hacinado en la habitación oculta.

Le dolían las piernas y le palpitaba la espalda, esta última necesariamente torcida para poder caber en el pequeño espacio. Aunque no recordaba mucho de la época en que Kendra y él se habían escondido aquí, era evidente que entonces era mucho más cómodo, ya que ambos habían cabido. Así las cosas, algo duro se le clavó en la cadera, y lo que supuso que era una repisa se le clavó en la nuca.

Y apestaba a hollín.

Robert apagó el móvil y esperó.

Y esperó.

Había visto a Aiden en Seaforth; sabía que era un hombre calculador, preciso, sensato, imperturbable ante los horrores que le rodeaban. Así que incluso cuando sentía como si todo su cuerpo se hubiera entumecido de estar medio sentado, medio agachado durante horas, Robert permaneció quieto y en silencio.

Cuando volvió a encender el teléfono, eran casi las cuatro. Sólo entonces, después de no oír ningún sonido durante mucho, mucho tiempo, Robert se atrevió a utilizar la linterna de su teléfono. Estaba casi seguro de que no podía salir ninguna luz por la puerta oculta, pero no valía la pena arriesgarse... hasta ahora, cuando estaba absolutamente seguro de que los hombres se habían ido.

La habitación era aún más pequeña de lo que había pensado, e inmediatamente experimentó una respuesta psicosomática al confinamiento. No era un claustrofóbico típico, pero le dolían los músculos, y ver que estaba hacinado en un espacio que no podía ser

mucho mayor que un metro cuadrado, hizo que sus músculos se agarrotaran como si tuvieran tétanos.

El pasadizo se extendía hacia arriba, más allá del alcance de la débil luz de su móvil barato. La cosa que se le clavaba en la cabeza era efectivamente una repisa, como había pensado en un principio, pero estaba vacía. Intentó darse la vuelta, pero sólo pudo llegar hasta la mitad antes de que otro estante se le clavara en el tejido blando entre las costillas. En lugar de eso, Robert se echó la mano a la espalda y agarró el objeto que se le clavaba en la espalda.

Su respuesta inicial fue de frustración; no era *el libro*, no era *Inter vivos et mortuos*. En lugar de un texto antiguo, la cubierta azul marino oscuro parecía de plástico, como si se hubiera comprado en una droguería.

Cuando Robert abrió la primera página, se dio cuenta de que era un álbum de fotos. Interesado, acercó la linterna a la fotografía en blanco y negro.

Era un padre Callahan mucho más joven y un hombre que se parecía mucho a Sean Sommers con el brazo sobre los hombros. De hecho, se parecía demasiado a Sean tal y como Robert lo conocía ahora. El padre Callahan, en cambio, parecía unos treinta años más joven, y la calidad de la fotografía sugería que tenía al menos esa edad.

Pero sin duda se parecía a Sean: la misma expresión severa, el mismo corte de pelo cuadrado, un cigarrillo colgando de los labios.

¿Su padre, tal vez?

Robert estaba a punto de pasar a la página siguiente cuando sintió una oleada de ansiedad.

No aquí para un viaje por el carril de la memoria, nunca se sabe cuándo pueden volver. Concéntrate, Robert. Concéntrate.

Estaba aquí para encontrar el libro.

Estaba aquí por *Inter vivos et mortuos*.

Robert cerró el álbum y lo sujetó con una mano, al tiempo que extendía la luz del móvil por los otros estantes. El álbum de fotos era lo único que había en el nivel más bajo y, al mover el móvil hacia arriba, se dio cuenta de que era lo único que había en *cualquier* nivel, al menos hasta donde alcanzaba la vista.

Por capricho, levanta la mano izquierda y tantea la estantería que hay justo encima de su cabeza. Lo único que consiguió fue llenarse la cara de polvo. Por instinto, inhala y ahoga la tos cuando el polvo le cubre la nariz y los senos nasales.

"Tiene que estar aquí", susurró después de forzar con éxito la tos.

El escondite.

Robert suspiró y giró el cuello, tratando de deshacerse de un retortijón. Mientras lo hacía, miraba hacia arriba, hacia la oscuridad.

Por un momento no dijo ni hizo nada, pero con la linterna pegada a sus vaqueros, boca abajo, sus ojos se acostumbraron poco a poco a la omnipresente oscuridad. Y allí, a unos cuatro o cinco metros de altura, le pareció ver algo que sobresalía de una estantería. Algo que *podría* ser la esquina de un libro.

También podía ser un defecto de la propia estantería. Las de los niveles inferiores eran una mierda de tablero de partículas, y no estaba seguro de por qué el padre Callahan las había instalado.

O por qué los construiría tan altos.

Aún así...

Robert entornó los ojos con más fuerza, tratando de distinguir mejor la forma.

Al no poder identificar nada más, volvió a encender la luz, pero como ésta sólo sirvió para cegarle, desistió de intentar averiguar qué era.

Al menos desde una posición sentada.

Estirando y forzando los músculos de las piernas, Robert consiguió levantarse. Con un gemido, hizo todo lo posible por hiperextender la espalda y deshacer los nudos que se le habían formado durante la tarde.

Para su consternación, seguía sin poder distinguir qué era el objeto incluso estando de pie.

Sólo hay una manera de saber si es el libro.

Sin pensarlo, Robert se metió el álbum de fotos en la parte trasera de los pantalones. Luego, tras estirar la mano hacia arriba y confirmar la solidez de las estanterías, empezó a trepar.

Robert se asustó dos veces, pensando que las estanterías iban a ceder. Pero aunque se flexionaban y doblaban, de algún modo conseguían sostenerse. Subió sistemáticamente, colocando el móvil en el siguiente estante a medida que subía un peldaño.

Y cuando sus pies se apoyaron en el cuarto o quinto estante, había llegado al objeto en la oscuridad.

Colocando el móvil en la estantería, que ahora estaba a la altura de sus ojos, Robert entrecerró los ojos y esperó a que se le dilataran las pupilas.

Y cuando lo hicieron, le recorrió un suspiro de alivio.

Era un libro; un libro con una gruesa cubierta de cuero cubierta de polvo. Sin pensarlo, Robert sopló sobre él y el aire se espesó instantáneamente de hollín. Hizo todo lo posible por ahogar la tos, como había hecho antes, pero las motas de polvo, gruesas como escarabajos preñados, se le atascaron en la garganta y se vio superado. Su cuerpo se estremeció con la intensidad de la tos, tanto que estuvo a punto de perder el equilibrio.

Su reacción fue tan visceral que respiró en seco, mientras la sangre

le latía en los oídos como un océano que recordaba a la Médula.

Cuando por fin consiguió respirar hondo y entrecortadamente, oyó las voces. Aún estaban amortiguadas, pero sus gritos eran lo bastante cercanos y nítidos para que pudiera distinguir las palabras.

Aiden y el otro hombre, Mark, no habían salido de la iglesia después de todo.

Se imaginó al hombre con el tabaco de mascar atascado en el labio y el arma automática apoyada en el hombro.

Debería haberlo sabido.

"...en las paredes...está en las paredes...encuentra la puerta..."

El pulso de Robert latía tan fuerte que todo su cuerpo se estremeció. Soltó el libro e inundó la luz del móvil hacia arriba.

Volvió a toser y, entre jadeo y jadeo, pudo oír que alguien golpeaba la pared en algún lugar por debajo de él.

Robert deslizó el móvil entre los dientes, cogió el libro con una mano e hizo lo único que se le ocurrió.

Subió.

Capítulo 20

A Robert le ardían los brazos y la espesa capa de polvo que le cubría la boca y la garganta le dificultaba la respiración.

Y sin embargo, subió. Las estanterías habían dado paso desde entonces a simples ladrillos que sobresalían de las paredes, y se habían vuelto progresivamente más mugrientos a medida que subía. Los soldados seguían golpeando las paredes de abajo, intentando desesperadamente encontrar una entrada. Al final, encontrarían la abertura, pero a él le preocupaba más el hecho de que pudieran aburrirse y empezar a disparar contra las paredes.

Al fin y al cabo, Robert tenía el libro y, para lo que valía, tenía el álbum de fotos, pero ninguno de los dos le serviría de nada si estaba muerto.

Robert subió otro metro, intentando, sin conseguirlo, hacer gimnasia mental para calcular cuánto más tenía que subir antes de llegar a la cima de la iglesia. Ni siquiera se permitió considerar la posibilidad de que no hubiera una salida en la cima.

Un peldaño más y la coronilla de su cabeza golpeó algo sólido, haciendo que sus dientes chasquearan contra la punta de su lengua. El dolor irradiaba desde el punto de impacto, pero luchó contra el impulso de gritar. A diferencia del ataque de tos que le había delatado la primera vez, esta vez ganó la batalla. Manteniendo el libro en delicado equilibrio sobre un ladrillo saliente, y con el móvil ahora apretado entre los dientes, Robert utilizó ambas manos para empujar hacia arriba.

No pasó nada, fue como empujar contra la pared de abajo.

Robert ahuyentó el dolor de brazos y piernas y empujó hacia arriba con todas sus fuerzas. Justo cuando se quedaba sin fuerzas, sintió que algo cedía; sólo un poco, pero lo suficiente para alimentar su esperanza.

Volvió a relajar los brazos, colocó los pies en su sitio y respiró hondo. Justo cuando llegaba al final de su exhalación, oyó un sonido nauseabundo procedente de algún lugar muy por debajo de él.

Fue un clic metálico; el sonido de la puerta al abrirse.

Los ojos de Robert se desorbitaron y se impulsó rápidamente hacia arriba con ambas manos, con los tríceps y las pantorrillas chirriando por el esfuerzo. Ya no le preocupaba el ruido, gruñía y jadeaba mientras se esforzaba.

"¡Encontré la puerta! ¡Aiden, encontré la puerta!"

La luz se derramó en el pozo desde abajo y, justo cuando oyó al hombre mucho más corpulento abrirse paso hacia el interior, volvió a empujar hacia arriba.

Se oyó un desgarro, como el de una alfombra que se separa por sus propias fibras, y Robert se encontró de pronto entrecerrando los ojos por la luz que se colaba por la rendija. El contraste entre la chimenea iluminada únicamente por su teléfono móvil y el brillante sol de media tarde de Carolina del Sur era tan dramático que, por un segundo, se sintió paralizado.

Sonó un disparo y algo pasó zumbando junto a su oreja, provocándole un dolor agudo en ese lado de la cabeza. Con luz brillante o sin ella, Robert empujó de nuevo, y un pie cuadrado de contrachapado se desprendió de repente. Lo empujó a un lado y desapareció de su vista. Mientras Robert salía del túnel y subía al tejado, oyó a Mark gritar desde abajo.

"¡Está en el tejado! ¡Aiden, está en el tejado!"

En su precipitación, Robert estuvo a punto de impulsarse demasiado lejos, y tuvo que echar la mano hacia atrás y agarrarse desesperadamente al borde de lo que ahora veía que era la parte superior de una chimenea para evitar deslizarse por el tejado inclinado.

"¡Joder!", gimió, cada músculo de su cuerpo gritando en protesta.

Mientras estaba allí colgado, tratando de hacer que sus músculos respondieran e intentando decidir qué hacer a continuación, por fin pudo mirarse bien a sí mismo.

Sus manos y brazos estaban completamente negros, cubiertos de una gruesa capa de hollín. Su camisa también estaba hecha un desastre. Evidentemente, cuando el padre Callahan había cerrado la chimenea y la había convertido en una habitación secreta, no se había molestado en limpiarla hasta arriba.

¿Qué sentido tendría?

Robert escupió un puñado de flema negra por encima del hombro y miró rápidamente a su alrededor, tratando de ignorar el sonido de Mark que seguía gritando desde abajo. Cayó en la cuenta de que, en algún momento mientras empujaba, el móvil debió de caérsele de entre los dientes.

Pero tampoco es que pudiera pedir ayuda.

La iglesia tenía un pico empinado, y él estaba agarrado a la chimenea que estaba a tres cuartas partes de la cima.

¡Tiene que haber una forma de bajar! ¡Tiene que haberla!

Y entonces lo vio: la cubierta de madera contrachapada que había empujado se había deslizado por el tejado y ahora yacía en el tejado de un edificio adyacente.

¡Los aposentos del padre Callahan!

Había unos seis metros hasta el tejado, y sabía que en cuanto lo soltara, se deslizaría; no tenía ninguna posibilidad de arrastrarse.

Tengo que hacerlo.

No había otra forma de bajar.

De pronto le asaltó un dolor en la pantorrilla, aquella a la que le faltaba parte del músculo y estaba surcada por las marcas de quemaduras de Leland.

¡El libro! gritó su mente. *¡Te olvidas del libro!*

Robert respiró hondo, apretó los dientes y volvió a subir a la chimenea. Mark ya estaba a mitad de camino.

Robert salió de la abertura justo cuando sonó otro disparo. Oyó un *ruido* sordo cuando la bala se incrustó en el ladrillo, pero no llegó a ver dónde impactaba.

"¡Aiden! ¡¿Dónde coño estás, Aiden?! ¡Está en el tejado!"

Con la sangre en los oídos, Robert volvió a respirar hondo, con los pulmones ardiendo por el esfuerzo y el hollín, y se levantó de nuevo. Con un movimiento fluido, se metió en la chimenea condenada a muerte y agarró el libro con una mano. Desesperado por salir de allí antes de que Mark disparara otra bala, Robert se impulsó hacia atrás y salió del pozo.

En su afán, empujó demasiado fuerte, y cuando intentó agarrarse de nuevo al borde de la chimenea, sus dedos sólo rozaron el borde rugoso donde antes había estado sujeto el casquete.

Robert gritó y trató desesperadamente de agarrarse a algo, pero fue inútil.

Antes de que se diera cuenta, Robert estaba deslizándose sobre su estómago, bajando por el tejado de la iglesia, libro en mano.

Capítulo 21

Robert gritó mientras intentaba agarrarse a las desgastadas tejas con la única mano que le quedaba libre. Su cuerpo saltó por encima de un clavo levantado, y éste le raspó profundamente el abdomen. En el último segundo, consiguió ponerse de lado antes de que el clavo se le clavara debajo del esternón. La sangre brotó de la herida y empezó a empapar ambos lados de su camiseta, ahora rota.

Robert siguió rodando hasta que se encontró de espaldas, pero enseguida se arrepintió de su decisión.

Ahora podía ver dónde estaba cayendo. Y, lo que es más importante, lo lejos que tenía que llegar.

"Oh mierda, oh mierda, oh mierda", repitió una y otra vez. Extendió las manos a ambos lados en un intento de frenar su descenso, pero sólo sirvió para raspar la cubierta de cuero del libro y dejar en carne viva la palma de la mano derecha.

Lo único que le salvó fue que el tejado, como el resto de la iglesia, estaba en muy mal estado, a pesar de la herida en el estómago; si hubiera estado recién restaurado, no se habría sabido a qué velocidad habría chocado.

"Oh shhhhhhhhhittttttt", gritó al acercarse al final del tejado. Sus talones se atascaron en un alero improvisado y, sin poder evitarlo, salió catapultado hacia delante. Sus brazos se balancearon mientras volaba por los aires y el viento le arrancó el libro de la mano. Resultaba casi cómica la forma en que agitaba los brazos mientras intentaba desesperadamente agarrar el libro y, al mismo tiempo, prepararse para el aterrizaje.

Sólo había una caída de unos cuatro pies hasta la parte superior de las dependencias adyacentes del padre Callahan, y cuando Robert aterrizó sobre el talón de su mano derecha y su rodilla izquierda, su impulso fue tal que su cuello dio un latigazo hacia delante. Su barbilla chocó contra el tejado plano y las estrellas brillaron en su visión.

Luchando contra la oscuridad que amenazaba con envolverle, Robert escupió un puñado de sangre e intentó ponerse en pie por la fuerza. Su muñeca derecha cedió de inmediato, y sólo en el último segundo pudo evitar golpearse de nuevo la cara.

De algún modo, Robert consiguió ponerse en pie, pero acabó de nuevo a cuatro patas cuando su pierna izquierda cedió. Apretando los dientes contra el dolor, empezó a arrastrarse. Entonces vio el libro abierto, boca abajo, junto al borde del segundo tejado, y tuvo un tercer o cuarto respiro. Descubrió que si se apoyaba con fuerza en la pierna derecha y arrastraba la izquierda, podía avanzar cojeando a un ritmo decente. Durante su horrible descenso, no había olvidado que

había dos hombres, dos hombres armados, dos *soldados*, que querían matarle.

Sin detenerse, Robert cogió el libro con la mano buena y continuó hasta el borde del tejado.

Eran otros dos o tres metros, pero debajo había unos arbustos bastante frondosos que esperaba que amortiguaran la caída. Se planteó buscar otra forma de bajar, tal vez una escalera, pero el sonido de otro disparo en algún lugar a sus espaldas hizo que una bajada más calculada dejara de ser una opción.

Saltó.

O, mejor dicho, arrojó torpemente su cuerpo por el borde del tejado. Aunque esta caída fue bastante más corta que la anterior, terminó de la misma manera: con dolor.

Los arbustos no le ayudaron a amortiguar la caída, pero se las había arreglado para aterrizar sobre todo con el tobillo bueno. Esta vez, Robert trató de rodar hacia delante como una especie de corredor aficionado herido, y consiguió amortiguar el impacto.

Aun así, el libro salió volando y sintió más dolor subiendo por sus piernas. Sólo la adrenalina le hizo avanzar. A través de una visión borrosa y llorosa, después de ponerse en pie de algún modo, divisó su coche justo al otro lado de la calle.

No puede ser, pensó mientras se acercaba lentamente al Chevy. *No puede ser.*

Después de la mala suerte que había tenido en el último año, Robert no creía posible que pudiera escapar de dos asesinos entrenados. Sólo se agachó para recoger el libro y siguió avanzando.

...cuarenta yardas... treinta... veinte...

Oyó el chasquido de un disparo, pero no aminoró la marcha.

...diez...cinco...

Y entonces, milagrosamente, Robert llegó al coche y abrió de un tirón la puerta del conductor. Más que entrar en el vehículo alquilado, se desplomó en él.

Respirando con rapidez, arrojó el libro sobre el asiento del copiloto antes de buscar las llaves en el bolsillo. Estuvo tentado de detenerse un momento, de sucumbir a la falsa comodidad del vehículo, de evaluar quizá el alcance de sus numerosas heridas.

Pero nada había cambiado. Aiden y Mark seguían ahí fuera. Aun así, no pudo evitar que sus ojos vagabundos echaran al menos un vistazo al desastre que tenía en el estómago. Tenía la camisa desgarrada casi hasta el cuello y un corte grueso y profundo le corría desde el ombligo hasta justo debajo del pecho. Su pálida piel estaba manchada de sangre.

Echó la cabeza hacia atrás, contra el reposacabezas, e inmediatamente se le encendió la oreja de dolor por el lugar donde le

había rozado la bala.

Ahora sollozando, Robert sacó las llaves del bolsillo y las metió en el contacto. Puso el coche en marcha, pero antes de que pudiera pisar el acelerador, algo frío y duro se clavó en el surco que unía su cuello con la parte posterior de su cráneo.

"Quiero que conduzcas muy despacio, Robert", dijo Aiden con calma desde el asiento trasero. "Muy despacio".

Capítulo 22

"**¿Por qué haces** esto? ¿Qué quieres?"

En el cerebro de Robert rondaban docenas de preguntas más, pero pensó que era mejor empezar por la más obvia. Al no obtener respuesta, miró por el retrovisor y se dio cuenta de que Aiden ya ni siquiera le miraba, sino que tenía la mirada perdida en la ventanilla. Por suerte, había bajado el arma -supuestamente ahora le apuntaba a la columna vertebral a través del asiento-, pero Robert no era tan temerario como para pensar que estaba fuera de peligro.

Pero *había sido* un tonto al pensar que podía ser más listo, correr más rápido y, en general, superar a Aiden y Mark. De hecho, no le habría sorprendido que los gritos de Mark en la habitación secreta no hubieran sido una estratagema para que le llevara el libro a Aiden, que le esperaba en el coche.

¿Vieron mi coche cuando llegaron? ¿Es por eso que nunca se fueron? Cuando hablaban de encontrar el libro, ¿hablaban realmente de encontrarme a mí?

Aiden no le daba ninguna respuesta, a pesar de sus preguntas insistentes. Lo único que hacía el hombre de la barba incipiente en el asiento trasero era decirle que se girara cada pocos minutos. Aparte de eso, estaba ensimismado o, más probablemente, simplemente le ignoraba.

Ahora, cuando los ojos de Robert volvieron a clavarse en el retrovisor, vio que el hombre sacaba una lata circular del bolsillo. Se metió un fajo de tabaco de mascar en el labio inferior, luego alargó la mano y cogió la taza de café vacía de Robert del soporte situado entre los asientos delanteros.

Quitó la tapa y escupió en ella.

"Gira aquí a la izquierda", le indicó, y sus ojos se dirigieron de nuevo a la ventanilla. Los ojos de Robert volvieron a la carretera.

Se encontraba en una urbanización cualquiera de una pequeña ciudad cercana a Elloree, Carolina del Sur, una de las muchas que había atravesado en la última hora y que parecían todas iguales. De hecho, había conducido por tantas callejuelas que podría haberse convencido de que la calle por la que Aiden le había dicho que girara esta vez, Harmond Avenue, le resultaba familiar.

"¿Adónde vamos?", volvió a preguntar.

Sin respuesta.

A medida que el serpenteante trayecto superaba la marca de la hora, la adrenalina de Robert casi había desaparecido. Y en su lugar llegó el dolor.

Le palpitaba el tobillo, y el estómago y el pecho le ardían por el

lugar donde le había cortado el clavo. El sabor cobrizo de la sangre del lugar donde se había mordido la lengua persistía como halitosis, y le dolía la barbilla. Irónicamente, lo que menos le dolía era la bala que le había rozado la oreja.

También le dolía la espalda, y había algo afilado clavándose en el lugar justo encima de la cadera.

Condujeron varios minutos más antes de que a Robert empezara a entrarle el pánico. O eso, o se había puesto nervioso; dado su estado actual, podía ser cualquiera de las dos cosas.

"¿Por qué haces esto, Aiden? Quiero decir, os ayudé en Seaforth... ¿qué he hecho mal? ¿Qué quiere Sean conmigo?"

Al oír hablar de Seaforth, Aiden levantó los ojos y escupió en la taza. Por un momento, Robert pensó que el hombre iba a contestar por fin, pero entonces apretó los labios con obstinación.

"Aquí a la izquierda", ordenó. Era desconcertante que el hombre ni siquiera mirara cuando daba las indicaciones. Era como si eligiera al azar.

Robert estaba harto. En lugar de girar, metió el coche en el aparcamiento y giró la cabeza. Aiden no reaccionó como esperaba, pero al menos ya tenía la atención del hombre.

"Mira, no sé qué quieres de mí -se acercó, cogió el libro del asiento del copiloto y lo tiró atrás-, pero si quieres el libro, cógelo. Cógelo. ¿Quieres matarme? Hazlo. Al menos así estaré con Amy". Se le quebró la voz. "Déjame preguntarte algo: ¿qué harías tú? ¿Tienes familia? ¿Hijos?" Como era de esperar, no hubo respuesta. Robert, sin embargo, percibió un ligero cambio en la expresión del hombre. Se suavizó ligeramente. "Bueno, tengo una hija. Y está atrapada en el otro lado... Pensé que este libro podría ayudarme a entender mejor por qué está allí, por qué coño no puede morir como una persona normal. Y lo más importante, pensé que podría decirme cómo *recuperarla*. Eso es todo lo que quiero. No quiero nada del dinero de Sean, no quiero participar en ninguna más de sus misiones suicidas. Sólo quiero a Amy de vuelta. No me importa mi hermano, mi padre, mis malditos amigos. Nada. Sólo Amy".

Robert apretó los dientes y se quedó mirando. No podía creer que hubiera arriesgado su vida por ese estúpido libro y que ahora se lo hubiera entregado a Sean. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

Incluso su franqueza le sorprendió. Pero estaba harto de esos juegos, de eludir la verdad. Estaba demasiado cansado, dolorido y débil para mentirse a sí mismo o a los demás.

Aiden volvió a escupir.

"¿Has acabado?" Volvió a sacar la pistola a la vista. "Conduce."

Robert negó con la cabeza.

"No, de ninguna puta manera. Puedes dispararme por lo que me

importa, pero no voy a conducir más. Estoy jodidamente harto de conducir."

Aiden entornó los ojos mientras lo examinaba, y Robert se mantuvo firme. Finalmente, el hombre suspiró y utilizó la boca del arma para rascarse la barba incipiente de la mejilla.

"Si te quisiéramos muerto, ya no estarías por aquí, lo sabes, ¿verdad?".

Ahora le tocaba a Robert guardar silencio.

"Mira, tienes razón. Sean quiere el libro, y ahora lo tengo yo. Pero no te queremos muerto... si estuvieras muerto, habría problemas mayores, peces más gordos que no estarían contentos. Realmente no sé por qué se están tomando tantas molestias por un pequeño libro, ni qué significa, ni nada sobre tu hija. Sólo sé que me dijeron que encontrara el libro, y pensé que la mejor manera de hacerlo era encontrarte a ti". Miró el libro que estaba en el asiento de al lado. "Y funcionó.

"¿Para qué quieres el libro?"

Aiden negó con la cabeza.

"Yo no. Sean y los otros sí".

"¿Quiénes son esos otros?"

"Robert, ¿quieres un consejo?"

Robert levantó los brazos.

"No, no quiero consejos. Lo que quiero son respuestas, y evidentemente, o no sabes o no estás dispuesto a dármelas".

Aiden volvió a escupir y luego movió el fajo de chicle hacia el otro lado con la lengua.

"Hace un año, yo era un tipo normal: un padre de familia, un puto contable. Entonces mi vida se puso patas arriba, y todo lo que amaba se perdió. Y eso es sólo el principio. Luego, descubro que todo en lo que creía estaba mal, era una puta mentira, incluso mi pasado era una mentira. Una puta *mentira* absoluta".

"Sé lo que se siente, Robert", dijo el hombre, mostrando por una vez una pizca de emoción.

"¿Cómo? ¿Cómo es posible?" Robert casi gritó.

El hombre volvió a cerrar.

"Mi consejo, tómalo o déjalo, es que dejes todo esto atrás y sigas adelante. Encuentra una nueva vida para ti, Robert. No es demasiado tarde. Créeme. Empieza una nueva vida".

Robert se limitó a mirar a Aiden. Aunque estaba claro que intentaba ser útil y compasivo, sus palabras sonaban huecas.

Él no podía tener ninguna idea de lo que Robert estaba pasando.

"¿Ahora vas a conducir?"

Robert negó con la cabeza y Aiden levantó la pistola.

"Entonces vas a salir y caminar". Sus ojos se endurecieron. "Y si no


lo haces, te arrastraré fuera del maldito coche."

Capítulo 23

Robert vio con asombro cómo el coche que había conducido hasta Carolina del Sur partía sin él, con Aiden en el asiento del conductor.

¿Qué coño acaba de pasar?

Durante un largo rato, se limitó a observar cómo se arremolinaba el polvo, hipnotizado por los patrones y formas aleatorios que aparecían y luego se desvanecían con la misma rapidez. Le ardían los ojos, le dolían la muñeca, el pecho y la pierna.

La cabeza le palpitaba y el cansancio amenazaba con apoderarse de él.

Una mujer que paseaba a un perro dobló de repente la esquina, pero cuando lo vio, cambió bruscamente de rumbo y cruzó al otro lado de la calle. Básicamente tuvo que arrastrar con ella al gruñón caniche. Cuando ella sacó un móvil del bolso y siguió mirándole por encima del hombro mientras se alejaba a toda velocidad, Robert salió de su estupor.

Cubierto de hollín, con la oreja sangrando y la camisa rota, debía de parecer alguien que acababa de escapar de Chernóbil.

Tengo que salir de aquí.

Robert se alejó cojeando de la mujer, optando por dirigirse por donde ella había venido. En algún momento de sus aventuras en la chimenea y en el tejado de la iglesia, había perdido su teléfono móvil. Y sin él, no sabía qué dirección tomar. Para orientarse, optó por volver en dirección a la iglesia de Callahan, pero eso también resultó imposible. Aiden le había indicado que girara tantas veces a la izquierda y a la derecha, a veces dos o tres seguidas, que no tenía ni idea de cómo volver.

Y tal vez eso había sido a propósito.

Si te quisiera muerto, no estarías aquí. Además, otros se molestarían.

Robert sacudió la cabeza e intentó concentrarse.

Ir a la policía tampoco era una opción, ya que ninguna explicación que se le ocurriera le alejaría del manicomio. Recordando la forma en que la mujer había cogido rápidamente su teléfono, pensó que si permanecía más tiempo a la intemperie, hablaría con la policía, quisiera o no.

Así que Robert hizo lo que había hecho en la iglesia y en Seaforth: dejó volar su mente y siguió los patrones del polvo en el aire.

Tras casi media hora de deambular en lo que parecían círculos, llegó muy cerca de donde había empezado, donde la asustada mujer del teléfono se había fijado en él.

Robert se detuvo y cerró los ojos, luchando contra las lágrimas de frustración.

Deja la autocompasión... Amy está ahí fuera. Tienes que seguir adelante.

Sus ojos se abrieron de golpe y se dio cuenta de que se había dado la vuelta y ahora estaba mirando una casa, una modesta casa colonial, con una bandera americana colgada del porche.

"¿Qué demonios?", susurró.

Robert reconoció la casa; no el estilo ni la construcción ni la combinación de colores, sino *exactamente* esta casa.

Y era un lugar que conocía bien.

Era la casa de su abuelo.

Sorprendido, Robert volvió a cerrar los ojos, pensando que tal vez se trataba de un espejismo provocado por el dolor y el agotamiento.

Pero seguía allí cuando volvió a abrirlos.

La última vez que había estado en la casa había sido tras la muerte de sus padres, Alex y Helen Watts, hacía más de diez años. Desde entonces había perdido el contacto con su abuelo, por la única razón de que había estado demasiado absorto en su propia vida.

Pero... ¿cómo? ¿Cuáles son las probabilidades?

Por supuesto, el abuelo vivía en Santee, Carolina del Sur, que estaba cerca de Elloree, pero...

Sus ojos se movieron hacia las casas vecinas.

...pero entonces la "subdivisión" estaba formada por una o dos casas. Ahora estaban apiñadas como sardinas en lata.

Robert recordó cómo Aiden había parecido elegir calles al azar para encenderse, y pensó que tal vez sus decisiones no habían sido tan aleatorias después de todo.

¿Se apiadó de mí? ¿Me dejó cerca de algún lugar que me era familiar?

No entendía cómo Aiden podía saber dónde vivía su abuelo, pero Sean sí. Sean parecía saber mucho más de lo que decía.

Robert tragó saliva y dio un paso adelante, luego otro, probando el suelo cada vez para asegurarse de que era sólido.

Los grandes escalones de la entrada eran difíciles de recorrer en su estado actual, y Robert sentía que se mareaba a cada momento que pasaba. Extendió la mano y se agarró a la barandilla, apretándola con fuerza, tratando de combatir el vértigo que de pronto amenazaba con abrumarle.

Era una batalla perdida.

Sus párpados se agitaron, y cuando fue a dar otro paso adelante, su visión se volvió doble y de alguna manera aterrizó en el exterior de su pie.

Robert perdió el conocimiento incluso antes de que su cuerpo se desplomara contra la puerta mosquitera.

***

Había una chica de pie en la playa, con la cabeza gacha y el pelo colgando delante de la cara. Robert quiso correr hacia ella, estrecharla entre sus brazos, pero se vio incapaz de moverse.

No necesitó mirar hacia abajo para saber que las manos negras y alquitranadas le sujetaban. Detrás de la chica apareció otra figura, al principio sólo una sombra borrosa. Sin embargo, al final la figura se hizo más sólida y el corazón se le hundió en el pecho.

Reconoció el sombrero negro, la chaqueta vaquera desteñida.

"¿Amy?" susurró. "Amy, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no... por qué no te has unido al Mar?"

La chica no contestó. Se limitó a encogerse de hombros.

"¿Es por *él?"*

Leland empezó a levantar la cabeza y Robert captó el desagradable y chirriante sonido de la risa.

La cabeza del hombre se movió con una lentitud imposible, inclinándose hacia atrás, de modo que la sombra que cubría su rostro empezó a desprenderse lentamente como una máscara de nailon. Apareció una boca sonriente, llena de cientos de dientes diminutos y puntiagudos. Robert redobló sus esfuerzos por correr, sólo que esta vez quería huir, en lugar de correr hacia el dúo.

Fue un movimiento cobarde. Debería haber dedicado todo su esfuerzo a intentar rescatar a Amy, no a huir de ella, pero no pudo evitarlo.

Porque sabía quién era realmente el demonio, y no quería verlo.

El hombre inclinó la cabeza completamente hacia atrás ahora, la risa se hizo más bestial a medida que su garganta se extendía.

Y entonces la máscara desapareció por completo, y Robert se encontró mirando su propio reflejo.

Capítulo 24

Cuando Robert abrió los ojos, tenía la garganta en carne viva de tanto gritar. Alguien apareció de pronto a su lado, sujetándole por los hombros, diciendo algo ininteligible, y Robert se agitó furiosamente contra sus manos.

"¡Aléjate! ¡No me toques! ¡No soy yo! *¡No soy yo!*"

"¡Robert!", dijo el hombre con severidad.

"¡Aléjate!"

Pero el agarre del hombre era fuerte y Robert estaba agotado. Le apretaron con fuerza los hombros, inmovilizándole, y abandonó su lucha. Parpadeando con rapidez, por fin consiguió limpiarse las lágrimas de los ojos.

Un anciano le miraba fijamente con sus suaves ojos verdes rodeados de una red de arrugas. Su boca, igualmente delineada, se apretaba en una fina línea.

"¿Abuelo?" preguntó Robert en voz baja. No acababa de creerse lo que estaba viendo, pero se dejó llevar. Al fin y al cabo, era una de las cosas menos extrañas que le habían ocurrido últimamente.

"Robert, ¿qué demonios estás haciendo aquí? ¿Y qué te ha pasado? Jesucristo, ¿pareces atrapado en una mina de carbón? Y los gritos..."

Robert intentó incorporarse, pero se estremeció ante el dolor que le recorría todo el cuerpo.

"Es una larga historia..."

"Tengo tiempo".

Robert suspiró.

¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Diez años?

Una punzada de culpabilidad lo golpeó entonces; ni siquiera había pensado en invitarlo al funeral de Wendy o Amy.

Su propia nieta...

"Ayúdame a levantarme, abuelo".

El hombre le puso las manos en la espalda y le ayudó suavemente a sentarse. Robert hizo una mueca de dolor, pero una vez sentado se sintió mejor. Una rápida mirada hacia abajo reveló que el rasguño del pecho había sido cubierto con una serie de gruesos vendajes que lo cubrían en toda su longitud.

Al notar su mirada, el anciano ofreció: "Hice lo que pude, pero fue tu abuela la enfermera, no yo. Pero supongo que ya lo sabías".

Robert se tocó la venda con cautela, el antiestético moratón de la muñeca volvió a provocarle náuseas.

Era real, tan real como el vendaje de su oreja.

"Toma", dijo el hombre, tendiéndole dos pastillas en una mano y un vaso de agua en la otra, "tómatelas. Luego será mejor que me digas

qué está pasando".

Robert aún tenía la garganta irritada por haber inhalado todo el hollín de la chimenea, y tardó tres intentos en conseguir tragar las pastillas.

Al final, se terminó el agua y miró a su abuelo.

"Marv, ¿tienes algo más fuerte?"

El hombre esbozó una sonrisa triste.

"Pensé que lo preguntarías".

Con un gemido, Marvin Watts se levantó de su posición arrodillada y salió de la habitación. Un minuto después regresó con dos vasos vacíos y una botella de whisky. Se sirvió tres dedos en cada uno y luego sacó un puro del humidor de la mesa y lo levantó.

"¿Te importa si fumo?"

Lo último que le apetecía a Robert era inhalar más humo, pero asintió de todos modos. Al fin y al cabo, era la casa de aquel hombre y él sólo era un invitado.

"Adelante", dijo, cogiendo el whisky con la mano buena. No era un Glenlivet de 25 años, pero no importaba. Le calentó el estómago y le adormeció la boca y la garganta.

Eso era lo que importaba.

Marvin se dispuso a cortar y encender el puro y, mientras se quitaba la nube inicial de humo de la cabeza, habló.

"Antes de que empieces, te debo una disculpa, Robert. Me enteré de lo de Wendy y Amy y ni siquiera envié una tarjeta. No tengo excusas, pero ha sido duro, ¿sabes? Aquí solo. Un hombre puede olvidar sus gracias, sus modales. Siento mucho su pérdida".

Robert parpadeó.

¿Lo siente? Ni siquiera traje a Amy para que lo conociera.

La única vez que había sugerido que fueran al sur, Wendy lo había rechazado.

¿Conducir? ¿Con ese calor? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él? ¿Estás seguro de que sigue vivo?

Robert se quedó mirando al hombre que fumaba un puro frente a él.

Era real.

Probablemente.

"Marv, es mi culpa, debí haber..."

El hombre agitó la mano de una forma que sólo él podía hacer, marcando el final de la discusión.

"A lo largo de la vida, un hombre se ve obligado a tomar decisiones por su familia", dijo, como si leyera la mente de Robert. "Unas de las que quizá no esté demasiado orgulloso. Lo entiendo. Ahora dime qué estás haciendo aquí, en nombre del Señor".

Robert se quedó mirando el líquido marrón en el fondo de su vaso.

No podía decirle a Marvin la verdadera razón por la que estaba aquí, ya que eso le pondría en peligro. En su lugar, decidió eludir la pregunta y formular la suya propia.

"Marv, ¿puedes hablarme de mamá y papá?"

Hubo una pausa que hizo que Robert levantara la vista. Marvin miraba el extremo de su puro mientras lo enrollaba entre el pulgar y el índice.

"Sabes, cuando te arrastré adentro, por alguna razón supe que se trataba de esto. No tiene sentido, lo sé, pero tuve esa sensación. Y todo este tiempo que estuviste desmayado -tres horas- me estaba preparando para responder a la pregunta". Por fin encontró la mirada de Robert y se encogió de hombros. "Te lo iban a decir, Robert, al final. Pero ya sabes cómo es la vida. La mierda pasa, surge, se mete con las líneas temporales, con tu cabeza. Creo que, en el fondo, Alex quería encontrar a tu hermano primero, y cuando no pudo hacerlo, se sintió demasiado culpable para decírtelo. Helen estaba sentada ahí, justo donde estás tú ahora, llorando a mares, intentando convencer a Alex de que te lo dijera. Quiero decir, mierda, ya eras mayor entonces. Pero murieron antes de tener la oportunidad, supongo. Cosas que pasan. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Decírtelo en el funeral? ¿Qué sentido tendría poner tu vida patas arriba?"

A Robert le temblaban tanto las manos que temía derramar el whisky por toda la moqueta.

"Es verdad", susurró. "Es verdad".

Se llevó el whisky a los labios y bebió un sorbo, mientras Marv continuaba como si ni siquiera le hubiera oído.

"Tus padres intentaron durante mucho tiempo conseguir un embarazo normal. Mucho, mucho tiempo. Intentaron adoptar, pero iban a tardar al menos dos o tres años. Tus padres no eran los más pacientes. Por aquel entonces, había otra mierda tipo vudú en el pantano... pero, otra historia para otro día. En fin, casi se habían rendido cuando conocieron al cura".

"Padre Callahan", dijo Robert.

Marvin hizo una mueca y dio una calada a su puro.

"Padre Callahan", confirmó. "Pero el cura, nunca les habló de tu hermano. Eso vino después, mucho después".

"¿Cómo lo descubrieron?"

Marv se encogió de hombros.

"Tu padre nunca me lo dijo, sólo me dijo que se había enterado".

"¿Qué más sabes, Marv? ¿Sobre mí? ¿Sobre mi pasado?"

Marvin tardó mucho en contestar.

"Nada. La verdad es que no. Quiero decir, tu padre intentó averiguar todo lo que pudo del cura, pero el hombre era muy reservado. Cuando Alex le contó lo de tu hermano, se calló para

siempre. A tu madre y a tu abuela les gustaba ir a la misa dominical, siempre que ella estaba cerca; yo personalmente lo odiaba, pero la seguía, ya sabes, por compromiso y todo eso. Pero después de que tu padre le contara al padre Callahan lo de tu hermano, el hombre dejó de aparecer por la iglesia. Pronto dejé de verlo. Corrían rumores por el pueblo, pero sólo eran rumores".

"¿Rumores? ¿Qué clase de rumores?"

Marvin dio una calada a su puro.

"Oh, ya sabes, la típica mierda que dicen de un cura envejecido. Perdió la fe, perdió el interés en Dios. Hubo incluso alguna mierda sobre exorcismos chapuceros, tómalo como lo que vale. Tenía un amigo que trabajó en la biblioteca después de retirarse del servicio -sólo Dios sabe por qué- y dijo que el cura estaba allí todo el tiempo con un libro, haciendo preguntas sobre latín o alguna mierda. No sé, el tipo es viejo; quizá tenía Alzheimer o algo así, o esa otra cosa... que les da a los soldados".

"PTSD".

"Sí, eso es. De todas formas, los vecinos dicen que desde hace un par de meses no hay nadie en la iglesia. Ni siquiera alguien que saque la basura. Tal vez se levantó y se fue, se volvió budista o algo así".

Robert terminó su whisky.

"Está muerto, abuelo".

Marvin dio otra calada a su puro. Sin mirarle, dijo: "Sí, y algo me dice que eso tiene que ver con tu aspecto".

Robert no dijo nada.

"Mira, Robert, puede que no seamos de sangre, pero siempre te he considerado un Watts. También te he querido como a uno, aunque a mi manera. Aunque hayamos perdido el contacto desde que murieron tus padres, estoy aquí para ti; puedes contarme lo poco o mucho que quieras, y yo no diré nada al respecto". Dio un sorbo a su whisky y miró a Robert. "Sólo quería que lo supieras".

Robert tragó saliva. Había tanto que Marvin no sabía, tanto que quería contarle, pero la verdad era que él también disfrutaba del tiempo que pasaba con su abuelo.

Que era exactamente por lo que no le diría nada.

"Necesito asearme", dijo Robert con sencillez. Se sentía mal, y se sentía sucio por tomar y no dar nada, pero era lo mejor que podía hacer.

Marvin se echó hacia atrás en la silla, disimulando mal su disgusto. Cogió el mando a distancia y apuntó al televisor de tubo anticuado.

"Ya sabes dónde está la ducha. Algunas toallas limpias bajo el lavabo, y puedes buscar en mi armario algo para ponerte".

"Gracias", dijo Robert. Las pastillas habían empezado a hacer efecto mucho más rápido de lo que esperaba, lo que le hizo preguntarse si

Marvin no le habría dado algo más fuerte que un Advil común y corriente. Gruñó y se obligó a ponerse en pie. "Gracias, Marv. Y si te sirve de algo, te he echado de menos".

Capítulo 25

Robert se sintió diez veces mejor después de limpiarse el hollín y la sangre del cuerpo. Ponerse una camisa limpia, un poco grande, un poco pasada de moda, y unos vaqueros que encajaban en el mismo molde le hizo sentirse aún mejor.

Aun así, cuando se dirigió de nuevo al salón por el pasillo, su cojera se había acentuado. Acababa de entrar en el salón cuando Marvin habló sin apartar la vista del televisor.

"¿Puedes creer esta mierda? Encontré a una chica muerta, encerrada en una jaula en el sótano del apartamento de un gilipollas de Wall Street. Le habían comido los dedos. *Comidos*. La policía dice que tenía todo este montaje en su sótano... como una película de terror. Dicen que nunca la habrían encontrado, de no ser por una tapa de ventilación que se resbaló y el olor acabó *subiendo*..."

Eso era lo que le pasaba a Marv: podía estar tan cautivado por algo un minuto, pero luego lo dejaba pasar y pasaba a otra cosa con un simple chasquido de dedos.

Robert, por desgracia, no estaba dotado de la misma proclividad, y envidiaba al hombre.

"Una cosa que sigo sin entender, Marv", empezó, "es por qué no me acuerdo. Es decir, tenía cuatro años o así cuando me adoptaron, ¿no?".

Marv se encogió de hombros.

"Sobre eso, sí".

"¿Entonces por qué no me acordé?"

Marv se encogió de hombros.

"No lo sé. Quiero decir, viviste con el Padre Callahan un tiempo, y ya sabes lo que dicen de los niños y los curas".

Robert frunció el ceño. Marv era como Cal en el sentido de que sus chistes no siempre eran los más apropiados, ni en el momento oportuno ni en su naturaleza. Sus ojos se desviaron de la televisión al sofá en el que Marv lo había subido cuando se desmayó. Podía distinguir su silueta en el hollín, con manchas de sangre de color granate oscuro.

Robert se sintió mal por el viejo y solitario hombre sentado en su La-Z-Boy. Probablemente llevaba viviendo la misma existencia desde que murió su mujer, y luego su hijo. Y Robert le había ignorado. Si las cosas no hubieran dado un giro tan brusco, podría haberse visto en la misma situación tras el fallecimiento de Wendy y Amy.

"¿Marv? ¿Alguna vez... viste a Alex después del accidente?"

El hombre se dio la vuelta, se inclinó sobre el respaldo de su silla y le miró con los ojos entrecerrados.

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir, ¿lo viste? ¿Después del accidente?"

El hombre hizo una pausa y a Robert le pareció ver que algo se cruzaba en su rostro. Pero luego desapareció.

"No", dijo, volviendo a la tele. "Te lo dije, a tu abuela le gustaban esas cosas, no a mí".

Robert se quedó un momento pensando en la respuesta. Se preguntó cuántas personas en este mundo habían visto a sus seres queridos después de morir, ya fuera cuando abandonaron sus cuerpos y cruzaron a la Médula, o como una quididad persistente atascada en el lado equivocado.

¿Cuántos de ellos habían sido calificados de delirantes, o acusados de ser incapaces de afrontar su dolor, y simplemente de locos?

También se preguntó cuántos de ellos habían recurrido a las drogas y al alcohol a causa de lo que habían visto.

"Las llaves están sobre la mesa. Coge el coche, Robert."

Robert hizo una mueca.

"¿Qué? No, yo..."

El hombre, aún frente al televisor, levantó la mano, haciéndole callar.

Y eso era otra cosa sobre Marv. Incluso Alex no podía cambiar la mente del hombre una vez que se había fijado.

"Están justo al lado de tu álbum".

¿Album?

Los ojos de Robert se desviaron hacia la mesa y se le cortó la respiración cuando vio el álbum de fotos azul que había cogido de la iglesia.

Parecía imposible que hubiera permanecido con él todo este tiempo, que durante su caída desde el tejado, conduciendo en el coche y desplomándose en el porche de Marv no se le hubiera caído en algún punto del camino.

Pero, evidentemente, no lo había hecho.

Robert cojeó lo más rápido que pudo hasta el sofá y se sentó, sin importarle el hollín que se hinchaba a su alrededor mientras lo hacía.

Con manos temblorosas, cogió el álbum y lo abrió por la primera página.

Era la misma fotografía en blanco y negro de antes, en la que aparecían un sonriente padre Callahan y un Sean Sommers de rostro severo. Robert pasó a la página siguiente, con las manos tan temblorosas que la foto le producía náuseas. No sabía por qué, pero de repente se sintió aterrorizado.

La siguiente fotografía era de una niña de unos seis años, sentada en el suelo de la iglesia. Robert no la reconoció y pasó rápidamente la página. La siguiente fotografía era casi idéntica, sólo que la niña era más joven que la primera. Hojeó las siguientes imágenes a la espera de

algo que justificara su acelerado ritmo cardíaco y el sudor de su frente. Al parecer, el padre Callahan había fotografiado a todos los que había rescatado o acogido a lo largo de los años, jóvenes o viejos.

Kendra, la niña con la que había jugado al escondite en sus recuerdos, era la séptima. Robert pasó suavemente el dedo por su imagen, oyendo su voz en su cabeza.

"¡Rápido, aquí!

Habían sido amigos, estaba seguro de ello, aunque ella había sido muy diferente a él: extrovertida, extrañamente madura para su edad.

¿Dónde estás ahora, Kendra?

Una lágrima resbaló de su mejilla y aterrizó en su rostro. Se la secó y se volvió hacia la siguiente fotografía antes de que la emoción le embargara. No era tanto que añorara a una amiga de la que apenas se acordaba, sino que añoraba simplemente *recordarla*.

La mujer era mayor que las demás, de unos veinte años, quizá, y, a diferencia de las chicas, no sonreía. Robert se acercó y entrecerró los ojos para ver la foto.

Parece como... como...

Dejó caer el álbum.

Era Christine, de la que se había estado escondiendo aquel fatídico día con Kendra. Pero también era la mujer de la celda de Carson, la que había estado cogiendo de la mano al padre Callahan.

Robert jadeó.

Había estado en la iglesia bajo el cuidado del padre Callahan, tenía que haber estado, pero algo terrible le había sucedido; él lo sabía, como había sabido que el libro estaría en la habitación secreta. Algo había sucedido que la había enviado por un camino diferente, la había vuelto en contra del padre Callahan y, de paso, la había convertido en un peón útil para Carson y Leland.

Su hermano y su padre.

Robert se estremeció y pasó rápidamente la página. La siguiente fotografía era de dos chicas, gemelas, con sus sonrisas de dientes separados apuntando directamente a la cámara.

Al no reconocerlos, Robert pasó rápidamente la página. Había una razón por la que el padre Callahan había dejado esto escondido, una razón por la que quería que él lo viera. Y no era para Christine, ni para Kendra, ni siquiera...

El hilo de pensamiento de Robert se detuvo cuando se encontró mirando su propia imagen de niño. Nunca había visto una foto suya tan joven. Tenía el pelo blanco, recto sobre la frente, la nariz pequeña y respingona y las mejillas gruesas. Sin embargo, a diferencia de las chicas, no sonreía. Con un pequeño camión en la mano, estaba arrodillado en una habitación que no reconocía. Sus ojos oscuros estaban fijos en la cámara, pero también parecían mirar *a través de*

ella.

Robert tragó saliva e inspeccionó la imagen de cerca, tratando de averiguar si había algo en ella que se suponía que debía ver. Al fondo, distinguió un pequeño catre con lo que parecían sábanas enrolladas al final, pero el resto de la imagen estaba cubierta de sombras.

¿Qué es lo que querías que viera, Padre? ¿Qué es lo que quería que viera, Padre?

Con la respiración acelerada, Robert se volvió hacia la siguiente fotografía, la última del álbum.

Se le hundió la cara y el corazón se le cayó al estómago. En la foto, su cara era diferente, más joven, más redonda.

Pero era *ella*.

"No", gimió. "Es imposible."

Capítulo 26

"**Tengo el libro**", dijo **Aiden**, con la voz y el porte tan fríos e inexpresivos como siempre.

Sean levantó la vista y no pudo evitar sonreír. Hacía al menos una década que le había dado el libro al padre Callahan con instrucciones estrictas de no enseñárselo a nadie. En aquel momento, el hombre de la capa había dicho que era necesario, que nunca debía estar en el mismo lugar que un Guardián. Por aquel entonces, Sean se había limitado a encogerse de hombros y aceptar. Pero ahora... ahora que conocía el poder del libro, se dio cuenta de que lo había pasado por alto.

Que lo había anhelado.

Sean alargó la mano y cogió el libro de Aiden, acariciando inconscientemente la áspera cubierta de cuero. Sus dedos empezaron a trazar las letras grabadas en la cubierta-Inter *vivos et mortuos-y* sintió que su sonrisa crecía.

Era *el* libro que lo había empezado todo.

"Bien. ¿Viste a Robert? ¿Estaba allí?"

Aiden le miró fijamente.

"No. No estaba allí. Sólo el libro".

Sean frunció el ceño. Empezaba a pensar que involucrarlo en esto era un error, tal como le había dicho el hombre de la capa. Aun así, había servido a su propósito: le había ayudado con los Harlops, en Pinedale y en Seaforth. Incluso se había ocupado de su hermano.

Pero Sean había subestimado al hombre, de eso no cabía duda. No era más que un contable, y se suponía que nunca se había implicado tanto... y Sean le había contado demasiado.

Una imagen de Robert en Seaforth, con las manos en alto, exigiendo que el guardia se detuviera, pasó por su mente.

Y también estaba eso, fuera lo que fuese.

"¿Alguna idea de dónde está?", preguntó distraídamente. Aiden era bueno, pero tenía la ligera sospecha de que si Robert quería seguir perdido, lo conseguiría.

Había tantas cosas sobre el hombre que ni siquiera Sean sabía.

Aiden negó con la cabeza.

"No. Tampoco ha vuelto a la finca, que yo sepa".

Sean, que seguía acariciando la cubierta, se lo pensó un momento.

Si no estaba en la finca, ¿dónde estaba? Parte de la razón por la que le había dado la casa al hombre era para poder vigilarle. Y el dinero también era para eso. Se trataba de asegurarse de que no se moviera de allí, de que si alguna vez volvía a necesitarlo, *allí estaría*.

Que si algún otro tipo de Carson venía en busca de un Guardián,

que Sean sabría exactamente dónde estaba.

Pero ahora se había ido, y si la presión en el pecho de Sean era una indicación, esto no había terminado todavía.

Mientras Leland siguiera merodeando por las orillas de la Médula, esto no acabaría nunca. La única forma de hacer que se marchara, en lo que al libro se refería, era que se absolviera a sí mismo.

Y Sean no podía imaginar un escenario en el que eso ocurriera realmente.

"¿Quieres que vigile la finca? ¿A los demás?"

Sean se lo pensó un momento.

"No... sí", se corrigió.

Pensamientos de Robert en Seaforth, haciendo esa cosa extraña con sus manos, ordenando a la quiddity a retirarse, vinieron a él otra vez.

Eso no estaba en el libro.

Quizá haya otras opciones para Leland, y también para Robert, pensó Sean.

Sacudió la cabeza y acarició la cubierta del libro con más agresividad.

Tal vez haya más que aprender de lo que aparece en el libro.

"Sí", Sean estuvo de acuerdo, con más fuerza esta vez. "Vigila a los amigos de Robert. Y si vuelve, avísame... avísame enseguida".

PARTE III - Intratables

Capítulo 27

"Vendrá", dijo Jonás, asintiendo enérgicamente. Todavía le goteaba sangre de la cabeza, un chorro lento y constante que le obligaba a limpiársela continuamente con el dorso de la mano.

Cal se dio cuenta de que Shelly le había dado un buen golpe en la cabeza, mientras miraba el corte de diez centímetros que iba desde la parte superior de la cabeza hasta justo encima de la ceja. Le había dado un buen golpe en la cabeza, pero ni siquiera pareció inmutar al cabroncete. En todo caso, sólo parecía hacerlo aún más despreciable.

Cal negó con la cabeza.

"No, no lo hará. Se fue y no va a volver", dijo Cal, intentando no sonar abatido. Tensó las manos y la cuerda que las sujetaba le mordió las muñecas. Buscó el apoyo de Shelly, que también estaba atada a una de las sillas de la cocina, con la barbilla apoyada en el pecho, pero permaneció en silencio.

"Volverá, sin duda", contestó Jonás.

Cal y Shelly estaban en la sala de estar, ambos atados a una silla, con Jonás de pie frente a ellos, con el trípode roto agarrado en la mano como una lanza. Allan estaba tumbado boca abajo en el suelo, aún inconsciente. Un charco de sangre del tamaño de un plato le rodeaba la boca y la nariz desde el lugar donde Jonás le había golpeado. Estaba tan completa y absolutamente inmóvil que lo único que convencía a Cal de que seguía vivo eran las burbujas que se formaban en la sangre cada pocos segundos al exhalar.

Y luego estaban los muertos.

En total eran once, todos en diversos estados de descomposición. Estaban de pie detrás de él y de Shelly, no muy distintos de cómo estaban los hombres de la prisión: con las manos inertes a los lados, la cabeza gacha y, a diferencia de Allan, en el suelo, *sin* respirar.

"Pareces muy seguro de ti mismo".

Jonah soltó una risita.

"Sí, sí, sí. Robert vendrá".

Cal apretó los dientes. La parte egoísta de él esperaba *que* Robert apareciera, que pusiera a este hombre y a la quididad detrás de él en su lugar. Pero a pesar de sus recientes diferencias, seguía queriendo al hombre. No habría culpado a Robert de haberse ido, de haber dejado para siempre esta inmundicia en el retrovisor.

Si alguien tenía motivos para levantarse y ser un ermitaño, ése habría sido Robert. Lo único que le quedaba era... bueno, él y Shelly. Y Cal no estaba seguro de que valieran lo que el hombre de la camiseta manchada de sangre de Mickey Mouse que tenía delante le tenía reservado.

"Déjalo, monstruo. Robert se ha ido, no le importamos una mierda. Así que, ¿por qué no le dices a tus putos matones muertos que nos toquen y nos mandas a paseo, qué te parece? Envíanos a ver al puto Cabra, Leland, o lo que coño sea. Porque cuando llegue allí, sé exactamente qué decisión voy a tomar".

Cal miró a Shelly cuando habló, pero ella no pudo sostenerle la mirada.

Estaba llorando.

A Jonás, en cambio, le hacía gracia.

"Oh, realmente no puedo decirles qué hacer. Sólo Carson puede hacerlo. Pero supongo que... si Robert..." el hombre dudó antes de continuar, "No, él volverá. Volverá".

"Espera-Carson? ¿*Carson*?" Ahora era el turno de Cal de reírse. "Ahora sí que te has vuelto loco, colega. Carson está muerto. No sé cómo te las arreglaste para decirles a estos putos espíritus que hicieran tu voluntad, pero puedo asegurarte que no fue Carson quien lo hizo".

"Te equivocas. Carson Ford está muy vivo. De hecho, debería..." Jonás comprobó su reloj. "Debería estar aquí muy pronto."

Cal se inclinó hacia delante en la silla todo lo que le permitieron sus ataduras y miró a Jonah para intentar determinar si, en efecto, estaba loco.

Carson estaba muerto, Sean se lo había dicho. Sean le había dicho que el propio Robert lo había matado, le había disparado. Su propio hermano, que era la razón por la que Cal supuso que Robert los había dejado, para tratar de lidiar con lo que había hecho.

Carson no podía estar vivo... ¿o sí?

No, concluyó Cal. Jonah no era más que un psicópata común y corriente, un psicópata demente que de algún modo se las arreglaba para dar órdenes a los muertos para que cumplieran sus órdenes.

Sacudió la cabeza.

"Te equivocas, Elmer Fudd. Robert no vendrá".

Jonás volvió a soltar una risita.

"¿Quieres saber cómo sé que viene?", preguntó.

"Oh, por favor, cuéntalo".

Jonah acercó la barbilla a Shelly, que ahora le miraba fijamente. Llevaba mucho rato sin decir nada y Cal esperaba que le dijera algo mordaz para demostrarle que seguía estando bien. Que seguía siendo Shelly. Pero no lo hizo; Shelly permaneció en silencio.

"Por ella".

Y esta vez Shelly sí respondió, pero su respuesta careció de la vehemencia que Cal esperaba.

"No volverá sólo por mí", dijo en voz baja. "Se aleja *por mí*".

"No, no, niña tonta. No *por* ti, sino por el bebé en tu vientre".

Cal retrocedió.

"Wha-Shelly, ¿de qué está hablando?"

"Nada", dijo rápidamente. "No sabe nada".

Pero la expresión de Shelly desmentía sus palabras: su rostro se hundió y su mandíbula se aflojó. Y en ese momento, Cal supo que lo que decía Jonah era cierto.

No puede ser.

Pero podía serlo, y *lo era*. Que Shelly estuviera embarazada explicaba su aumento de peso, sus cambios de humor salvajes, incluso para ella.

"Oh, sí que estás embarazada", dijo Jonás. Sacó la lengua y la movió, rociando sangre en su barbilla. "Puedo olerlo en ti."

Capítulo 28

Robert supo que algo iba mal incluso antes de llegar a la puerta principal de la finca Harlop.

Era el pecho: la presión aumentaba justo detrás del esternón, lo que le dificultaba la respiración completa. Era una sensación que ya había sentido antes, y se estaba sintiendo extrañamente cómodo con las implicaciones: había quiddity aquí, lo que significaba que Shelly y Cal y Allan estaban en peligro.

Tiró de la puerta del Tempo de Marv para abrirla incluso antes de que se detuviera del todo. Luego se coló por la abertura de la verja, agradecido por no tener que accionar el chirriante mecanismo motorizado. Al acercarse a la fachada de la casa, se agachó, un acto difícil dado su cuerpo dolorido, y se pegó a las sombras junto al borde de la fuente.

La luz de la habitación delantera estaba encendida y, al acercarse a la ventana del salón, vio a un hombre atado a una silla.

"No", susurró mientras seguía moviéndose. Era Cal, y el rostro del hombre estaba hundido.

Entonces vio a los muertos que se cernían tras él, y Robert se quedó helado.

***

"¡No volverá, porque ni siquiera lo sabe!". gritó Shelly, retractándose de repente de sus objeciones al hecho de que estuviera embarazada. "¡Maldito psicópata! No importa lo que nos hagas, ¡porque *Robert no va a volver!* Dile a Carson que va a tener que encontrar a otra persona que participe en su juego enfermizo: abrir la grieta en la Médula".

A Cal no le gustaba la forma en que Jonah miraba a Shelly por debajo de su larga nariz, todo el humor demente había desaparecido de repente de su rostro. Mientras lo observaba, el hombre volvió a meterse la lengua en la boca.

"No me llames psicópata", dijo en voz baja. Cal vio cómo Jonah apretaba con más fuerza la pata rota del trípode de la cámara.

"¡Vete a la mierda, maldito *psicópata*!"

El hombre dio un paso hacia Shelly, sosteniendo el trípode delante de él como una lanza.

"No lo hagas", ordenó.

"Psicópata", le espetó Shelly.

Jonás se movió con rapidez para ser tan corpulento y acortó la distancia que los separaba en una fracción de segundo. Luego bajó el

extremo afilado de las patas rotas del trípode en un arco de barrido.

"¡No!" gritó Cal, pero incluso flexionando todo lo que pudo contra las cuerdas, no pudo hacer nada.

Shelly gritó y Cal esperó ver un géiser de sangre. Para su alivio, parecía que el hombre había errado el tiro.

"Por favor", suplicó, "no..."

Pero entonces Jonah se movió hacia un lado y Cal se dio cuenta de que el hombre no había fallado; había encontrado su objetivo. Sólo que tenía intenciones más siniestras que destriparla.

La parte delantera de la blusa de Shelly había sido rebanada, revelando sus pechos llenos detrás de un sujetador negro de encaje.

"¡No!" gritó Cal, pero no pudo hacer nada al ver cómo Jonás se abalanzaba sobre su piel desnuda, con todo su peso casi derribando la silla.

Chupó y besó sus pechos como un animal salvaje. Cuando le arrancó el sujetador, dejando al descubierto sus pequeños y oscuros pezones, Cal apartó la mirada, con lágrimas corriéndole por la cara.

"¡Suéltala, joder!", gritó. Tiró con tanta fuerza de las cuerdas que le ataban las manos que sintió que la sangre empezaba a gotear en sus palmas.

Era inútil; fuera la clase de jodido que fuera Jonás, fuera el cerebro enano que tuviera en su calva cabeza, tenía experiencia atando a la gente.

Shelly volvió a gritar, a lo que rápidamente siguieron más de los repugnantes sonidos húmedos y lametones del hombre.

"¡Suéltala!" Cal volvió a gritar. También tenía los tobillos atados, pero aún podía flexionar los pies. Clavó los dedos de los pies en el suelo, haciendo que la silla se elevara unos centímetros, antes de volver a bajar con fuerza. Repitió este movimiento, intentando desesperadamente destrozar las viejas patas de madera de la silla. Al tercer o cuarto intento, oyó un crujido, pero la madera resistió. Cuando trató de impulsarse de nuevo hacia arriba, esta vez con más fuerza, ignorando el dolor de sus miembros atados, uno de los quiddity se puso de repente delante de él.

El fantasma era espantoso: le faltaba la mitad de la cara. Para su horror, Cal se dio cuenta de que podía ver directamente su cabeza a través de la cara. Se le revolvieron las tripas porque esperaba ver un cerebro, tal vez palpitante, o una herida sangrienta en él, pero en lugar de eso parecía como si le hubieran vaciado la cabeza, como una cáscara de huevo. Cuando ella le miró, vio que el extremo desgarrado del nervio óptico que salía del ojo de ese lado de la cabeza se agitaba como oropel al viento.

Cal no pudo soportarlo por más tiempo y volvió la cara, sintiendo cómo el vómito se le agolpaba en la garganta. Pero antes de permitirse

la dulce liberación, la puerta principal de la finca se abrió de golpe, atrayendo de nuevo su mirada.

"Suéltala de una puta vez", exigió Robert mientras entraba corriendo en la habitación.

Capítulo 29

El horrible troll de la frente ensangrentada saltó de Shelly e intentó darse la vuelta, pero en algún momento se había bajado los pantalones y se le engancharon en las rodillas.

Cayó de bruces.

Al ponerse en pie, Cal se sorprendió al ver que el hombre sonreía.

"¿Ves? Te dije que *vendría*. Lástima que yo no tuviera la oportunidad de hacer lo mismo". Miró a Shelly, que tenía el torso desnudo y sollozaba. "Pero pronto lo haré, no te preocupes, cariño".

Robert corrió hacia el hombre, con los puños cerrados a los lados. Jonás tenía algo en la mano, algo que se reflejaba en las luces, pero Robert estaba tan cegado por la furia que no pareció darse cuenta.

De hecho, Cal dudaba de que su amigo estuviera pensando.

"¡Robbo!", gritó, pero Robert no se detuvo. No le cabía duda de que Robert habría seguido corriendo hacia Jonás y probablemente se habría encontrado en cuestión de segundos en un charco de sangre en el suelo. Pero antes de que pudiera alcanzar a Jonás, la ventana detrás del hombre gordo se rompió hacia adentro.

Robert clavó los talones y se detuvo bruscamente cuando algo atravesó directamente la oreja izquierda de Mickey Mouse antes de estrellarse contra la chimenea de ladrillo del otro lado de la habitación, haciendo volar metralla. Jonás balbuceó algo incoherente y luego se miró el pecho, horrorizado.

Tenía un agujero del tamaño de una sandía en el centro del vientre; Cal podía ver la expresión aterradora de Shelly a través de Jonás. Se hizo un silencio de casi tres segundos y, como si el tiempo se hubiera reiniciado, la sangre brotó de la boca de Jonás. Sus órganos se deslizaron hacia abajo para llenar el agujero de sus entrañas, antes de deslizarse fuera de él. Un instante después, Jonás se desplomó en el suelo junto a Allan con un gemido húmedo.

"¡Robbo!" gritó Cal, y Robert por fin se volvió para mirarle.

Los once muertos habían empezado a acercarse a él; podía oler su carne putrefacta a medida que se acercaban.

Sobresaltado, Robert tardó un segundo en actuar. Cal se apartó de la mujer con media cara cuando ella le llevó la mano al pecho y al brazo.

"¡Alto!" gritó Robert a pleno pulmón, al tiempo que levantaba las manos como había hecho en Seaforth. Su grito atrajo su atención y los once pares de ojos negros llenos de carbón se volvieron hacia Robert.

Cal vio cómo Robert parecía agacharse, su pecho se volvía cóncavo y la coronilla apuntaba hacia la muerte. Tenía los ojos cerrados y respiraba rítmicamente.

"¡Para!" Robert ordenó de nuevo, esta vez sus palabras sólo un silbido a través de los dientes apretados.

Los dedos muertos dejaron de moverse a escasos centímetros de Cal. Sin embargo, a diferencia de la prisión, donde el guardia había permanecido completamente inmóvil, los dedos seguían moviéndose. Cal no estaba seguro de lo que eso significaba, pero estaba absolutamente seguro de que no quería averiguarlo.

"¡Allan!" gritó. "¡Allan, levántate de una puta vez y desátame!"

El chico se revolvió.

"¡Allan! *¡Levántate!*"

La mujer que tenía delante gruñó y Cal sintió que el corazón le latía a mil por hora en el pecho. Una rápida mirada a Robert y supo que su amigo no sería capaz de retenerlos indefinidamente. Su rostro se estaba tornando de un carmesí intenso y tenía la cara resbaladiza por el sudor.

"¡Allan!"

Los ojos del chico se abrieron de golpe y, durante unos segundos, se limitó a parpadear en el charco de sangre, sin comprender claramente lo que estaba ocurriendo.

"¡Allan!" gritó de nuevo, tratando de llamar su atención. "¡Allan!" Esta vez Shelly se unió al grito, que pareció devolver la conciencia al muchacho.

Se levantó, se tambaleó y se limpió la sangre de la cara con el dorso de la mano mientras se enderezaba.

"¡Desátanos!"

Cal intentaba mantener la atención del chico, pero cuando miró a Jonás, que yacía en un montón de sus propios intestinos hinchados, supo que lo había perdido. Allan se dobló y vomitó en el suelo.

"Allan", siseó Robert. "Por favor, date prisa, no puedo retenerlos mucho más tiempo".

Allan se irguió y empezó a susurrar "oh, Dios" una y otra vez, pero finalmente comprendió la magnitud de la situación y empezó a moverse. Dando un amplio rodeo alrededor de los espíritus congelados, se dirigió primero a Shelly. El chico, haciendo todo lo posible por evitar mirar sus pechos expuestos, se dirigió a las cuerdas de sus muñecas. Un par de tirones desde atrás y las manos de Shelly quedaron libres. Shelly se inclinó hacia delante, cogió el sujetador del suelo y se lo volvió a poner antes de ocuparse de las cuerdas de los tobillos.

"¡Ayuda a Cal!", le ordenó a Allan.

Mientras Allan, tan pálido que era casi translúcido, se dirigía hacia él, algo destelló en su periferia.

Un hombre con el torso desnudo y cubierto de tatuajes se precipitó hacia Robert desde la cocina.

"¡Robert!", gritó tan fuerte como pudo.

Capítulo 30

Aiden sacó la bala **gastada** del rifle e inmediatamente se dispuso a sustituirla. Estaba tumbado boca abajo en la pendiente cubierta de hierba cerca de la parte trasera de la propiedad de los Harlop, aprovechando la sombra de una gran roca para disimular aún más.

Había otro hombre dentro de la casa; lo había visto arriba husmeando, pero después de que Robert hubiera irrumpido por la puerta principal, Aiden no había podido seguirle la pista.

El otro, el gordo con la camiseta de Mickey Mouse, recibió un disparo mortal en el estómago. Un tiro limpio, una muerte casi instantánea. Aiden había querido disparar a la cabeza, pero el hombre era tan bajo que le preocupaba golpear a Shelly si intentaba disparar por encima de ella. Las tripas del hombre, sin embargo, colgaban hacia un lado, por lo que era un disparo más seguro.

Aiden volvió a tumbarse una vez colocada la nueva bala y miró por la mirilla del rifle. Vio a Robert en el centro de la habitación, con las manos extendidas y la cara contraída por el dolor o la concentración. No podía ver al chico ni a Cal a través de la ventana, pero Shelly estaba allí. Sonrió con satisfacción cuando ella se acercó y pateó al muerto en la cabeza, haciendo volar la sangre.

Era dura, esa Shelly. La había visto en acción en Seaforth, y quedó debidamente impresionado.

El hombre de los tatuajes apareció de repente, corriendo hacia el desprevenido Robert por detrás. Aiden exhaló y apretó el gatillo, esperando a que la mira enfocara el torso del hombre. Una fracción de segundo antes de disparar, Aiden soltó el arma y rodó sobre su costado izquierdo.

La roca aterrizó en la hierba con un ruido sordo, incrustándose al menos diez centímetros en la tierra. Aiden se puso en pie de un salto, al tiempo que sacaba el cuchillo de la funda que llevaba en el muslo.

"Estás muerto", dijo simplemente, pero el hombre de la sonrisa de Cheshire, que estaba a un metro de distancia, se echó a reír.

"No", dijo Carson, con las manos apretando las rocas del tamaño de un puño que sostenía en cada mano. "Vivo y bien. Aunque no puedo decir lo mismo de ti".

Aiden entrecerró los ojos al hombre delgado que tenía delante. No podía saber si Carson estaba vivo o muerto, pero no iba a correr ningún riesgo. Sostuvo el cuchillo frente a él, asegurándose de que el otro hombre lo viera bien.

"No sé cómo te escapaste de Seaforth, pero esta vez me aseguraré de que sigas muerto".

Carson se rió.

"Así que Robert está haciendo amigos donde quiera que va ahora, ¿es eso? ¿Tiene a sus novios protegiéndole?"

"Suelta las piedras", instruyó Aiden, su voz monótona. "Ahora."

Para su sorpresa, los finos dedos de Carson se desplegaron y ambas piedras cayeron al suelo con golpes sucesivos.

Aiden cambió la empuñadura del cuchillo.

"Bien, ahora..."

Pero un dolor cegador en el costado le robó las palabras de la garganta. Gritó y giró sobre sí mismo, cortando el aire. El dolor estalló en el otro costado, justo encima de la cadera, y giró en esa dirección, divisando un remolino de pelo largo y oscuro.

El siguiente ataque le cortó el tendón de Aquiles, y Aiden cayó de rodillas.

Siguió blandiendo su espada, pero fallaría por escasos centímetros.

¿Cómo es tan rápida?

Jadeando, sangrando, la hoja se clavó en su espalda, perforándole el pulmón por detrás. Esta vez, sin embargo, en lugar de ser retirada y preparada para clavársela de nuevo, esta vez la hoja permaneció incrustada en su cuerpo.

"Por favor", graznó antes de que su boca se llenara de espuma mezclada con sangre.

Entonces la hoja se retorció y le hizo una muesca en el corazón. Aiden cayó boca abajo. Con los ojos agitados, levantó la vista y vio que una mujer se había unido a Carson a su lado, con el brazo de él alrededor de su cintura.

Carson la apartó con cuidado y se acercó a Aiden, que estaba en cuclillas. En algún lugar lejano, sintió que le tiraban de la cabeza hacia atrás, y entonces Carson estaba directamente en su cara, con la respiración agria por la adrenalina.

"Cuando veas a mi padre, dile que vamos a sacarlo de ahí pronto, ¿vale?".

Y entonces Aiden cerró los ojos por última vez.

Capítulo 31

El hombre golpeó a Robert en el costado y ambos cayeron al suelo.

"¡Shel! Las cámaras!", oyó gritar a Cal. El placaje le obligó a soltar el quiddity, y con él se fue el dolor de su pecho. La sensibilidad volvió a sus manos y dedos, pero eso no era necesariamente bueno.

El dolor vino con él.

Pero Robert no se dejaría abrumar, no cuando sus amigos estaban en apuros.

Rodó sobre su espalda, tratando de orientarse, pero antes de que pudiera respirar, el hombre estaba de nuevo sobre él. El hombre estaba en plena montura y empezó a asestarle puñetazos. Robert levantó las manos para desviar los primeros golpes, pero al final las apartó. Los nudillos del hombre se estrellaron contra su pómulo, enviando estrellas a través de su visión. Robert intentó quitárselo de encima empujando con las caderas, pero esto sólo pareció aumentar la ferocidad de los golpes.

Un puño chocó contra su frente y la nuca de Robert se golpeó contra el suelo. La oscuridad amenazaba con cercarlo, pero de algún modo consiguió hacer un último esfuerzo para girar la cabeza.

¿Qué demonios...?

Shelly, Cal y Allan estaban de pie uno frente al otro, formando una especie de triángulo, con sus cámaras apuntando al quiddity, que...

El hombre que tenía encima respiró hondo y se inclinó hacia él.

"Voy a disfrutar comiéndote", susurró.

-seguían bloqueados en su sitio.

¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?

El hombre le agarró la muñeca herida y Robert gritó. Intentó forcejear un poco más, pero estaba agotado. El hombre le metió el dedo índice en la boca y lo mordió *con fuerza*.

Se oyó un crujido y Robert chilló.

"¡Allan! No!", oyó gritar a Cal.

Robert puso los ojos en blanco, pero no antes de ver a Allan acercarse a él. El monstruo tatuado estaba tan absorto mordiéndose el dedo que ni siquiera vio venir al chico. Y definitivamente no vio el pie que chocó contra su cabeza, haciéndole caer.

"¡Allan!" Esta vez era la voz de Shelly.

Robert, aturdido, intentó concentrarse en el sonido de su voz, utilizarlo como ancla para defenderse de la amenaza de la inconsciencia. Cuando consiguió abrir los ojos de nuevo, ya era demasiado tarde. Lo que fuera que mantenía al quiddity en su sitio se desprendió del que estaba más cerca de Allan, una mujer a la que le

faltaba la mitad de la cara. Extendió la mano y agarró a Allan por los hombros. Su boca, que antes era de mandíbula floja, se había convertido en un gruñido.

"¡No!" Robert jadeó. En algún lugar lejano, oyó que Cal y Shelly también gritaban. Parpadeó con fuerza y trató de enderezarse mientras Allan y el quiddity empezaban a desvanecerse.

De algún modo, Robert consiguió girar hacia Allan y levantar una mano, sin apenas darse cuenta de que el dedo índice era ahora cinco centímetros más corto que cuando había llegado a la finca Harlop.

"¡No!", gritó, esta vez más fuerte. Se abalanzó sobre él y algo se rompió en su pecho.

Pero a pesar de sus esfuerzos, los ojos de Allan se volvieron negros como el carbón y siguió desvaneciéndose, mientras la mujer muerta empezaba a volverse más sólida.

No, pensó, *ella no. ¡Trae a Allan de vuelta!*

Pero cuanto más lo intentaba, más real se volvía la mujer muerta y más etéreo parecía Allan.

"¡Robert! ¡Haz algo!" Shelly gritó.

A Robert le faltó energía para replicar, para gritar: "¡Lo hago! Lo estoy intentando, joder", y en su lugar concentró todas las fuerzas que le quedaban.

Fue inútil; Allan se había ido.

Robert se soltó entonces, sintiendo un gran vacío en su interior.

La mujer muerta se desplomó en un montón, pero mientras él la miraba, ella levantó lentamente su media cara y le miró.

Sus ojos ya no eran negros, eran verdes. Un verde vibrante y penetrante que los muertos no deberían poseer.

Estaba *viva*.

El hombre de los tatuajes se había recuperado de la patada en la sien y estaba a punto de abalanzarse de nuevo sobre Robert cuando una voz familiar habló desde cerca de la puerta principal.

"Es suficiente, Michael. ¡Es suficiente*!*"

Capítulo 32

"**Nunca pensé** que volvería a verte tan pronto, Robert". Carson se encogió de hombros. "Pero, papá quiere salir, ¿sabes? Quiere correr la voz: el tiempo pasa".

Robert no podía concentrarse. Incluso después de liberar el quiddity, y drenar a la mujer muerta con media cara, la presión dentro de él había vuelto. Sólo que ahora no estaba en su pecho, sino en su cabeza. Era como si estuviera sepultado bajo kilómetros de agua y todos sus movimientos fueran dificultosos, como si la vida transcurriera a cámara lenta.

Podría haber sido por los golpes en la cara, pero no lo creía. Había pasado por muchas cosas hoy, y nada se había sentido así.

"Buen truco con la chica, por cierto. Tienes que enseñarme cómo lo hiciste".

Robert parpadeó y el tiempo pareció ralentizarse aún más. Oyó a Shelly decir algo, pero no pudo distinguir las palabras.

Tenía la cabeza muy *apretada*.

"No, no, no, yo no haría eso si fuera tú, Shelly. No te muevas. Puede que seas dura, pero no eres rival para Bella. Además, probablemente me lo pensaría dos veces antes de bajar tu cámara, ¿no? Antes de que te enferme. ¿Qué te parece?"

Carson hizo una pausa y Robert intentó despejarse estirando la mandíbula. No le sirvió de nada.

¿"Robert"? ¿Sigues conmigo? Lo siento por Michael, a *veces* se excita mucho. No lo decía en serio, estoy seguro. Vamos, díselo, Michael, díselo".

Alguien refunfuñó.

"Y tú, Shelly, lo siento por Jonah. Él también puede, bueno, *emocionarse*. Pero aquí todos somos amigos, ¿no? Y creo que ya es hora de que terminemos con las galanterías y empecemos".

Robert intentó ponerse de lado, pero no podía moverse.

¿"Robert"? ¿Robert? Hora de levantarse, cariño. Tenemos trabajo que hacer. Papá viene a casa".

Pero en lugar de responder, Robert cerró los ojos. Cerró los ojos y empezó a respirar profundamente.

Casi de inmediato, la oscuridad invadió todos sus sentidos; una negrura profunda y premonitoria que tenía una textura casi aterciopelada. Sólo que esta vez, en lugar de luchar contra ella, en lugar de resistir el impulso de caer en la Médula, la abrazó.

Pero no había manchas blancas, ni espuma en el océano, ni Leland Black.

Y no Amy.

A lo lejos, sintió que su corazón se hundía en el pozo que era su estómago. Si nada más, esta incursión a la Médula como observador le habría permitido ver a Amy. Después de todo, ella era lo único que seguía siendo real para él. Todo lo demás le había sido arrebatado: sus recuerdos, su mujer, su familia, su vida.

Sólo que ella era real. Y tenía que idear una forma de recuperarla.

Las palabras reverberaban en la oscuridad; voces apagadas, una voz de mujer que nunca antes había oído.

"Por favor", suplicó, su voz ganando claridad con cada palabra. "Por favor, no vuelvas a pegarme. No he hecho nada malo".

Las capas de oscuridad empezaron a descorrerse y, antes de que se diera cuenta, Robert estaba contemplando a un hombre moreno de ojos muy juntos y nariz bulbosa. Tenía sudor en la frente y salsa en las comisuras de los labios.

Y estaba algo enfadado.

"Por favor, no fue mi culpa... no fue mi culpa, Paul."

Era la voz de la mujer, pero por alguna razón, a Robert le pareció que las palabras salían de *su* boca. Robert intentó mirar hacia abajo, para orientarse, pero no era más que un observador en aquel extraño mundo.

Y su visión se limitaba a lo que veía la mujer.

El hombre gruñó y dio un paso adelante, con los puños anudados en pedruscos. La mujer miró esos nudillos peludos y Robert sintió que el corazón le daba un vuelco.

"¿Paul?", lloraba. "Por favor, Paul. Por favor, no hice nada malo".

El hombre se abalanzó sobre ella. Manos, manos pequeñas, manos de mujer, se alzaron en defensa propia, pero el hombre llamado Paul las apartó con facilidad. Y entonces se abalanzó sobre ella, golpeándola primero en el estómago y luego en el cuello.

Robert se sintió como si fuera él el agredido, y el aire se le escapó de los pulmones al paralizarse su diafragma. Cuando los nudillos del hombre golpearon su garganta, jadeó.

Las manos de la mujer volvieron a levantarse y esta vez sacaron las uñas. Le arañó la carne, arrancándole gruesos trozos de piel del tamaño de un cordón de zapato.

Robert sintió su ansiedad, su miedo, como si fueran suyos. Su corazón o el de ella -ya no era capaz de distinguir entre los dos- se aceleraba.

"¿Te atreves a arañarme, Helen? ¿Te atreves, joder?", rugió el hombre que tenía encima, con saliva y salsa barbacoa saliendo de sus labios.

El siguiente puñetazo oscureció la visión de Robert, chocando directamente con su ojo derecho y oscureciéndolo de inmediato. Pero sus gritos, sus horribles y espeluznantes alaridos, sólo parecían incitar

a Paul. Le golpeó el ojo una y otra vez; cada vez que su mano retrocedía para asestarle otro golpe, la sangre se volvía cada vez más roja. Pronto, ya no era sólo sangre; había trozos de hueso y cerebro pegados a los pelos de su mano.

Los brazos de Helen se aflojaron. Unos cuantos golpes directos más en ese lado de la cabeza y Robert sintió que se desvanecía.

Menos de un minuto después, Robert fue transportado de nuevo a la oscuridad. Sólo que esta vez, no estaba solo.

"Paul", susurró.

Capítulo 33

"**¡No te me mueras**, Robert!" Carson gritó. "¡No te mueras, joder!" Rápidamente se puso al lado de Robert y trató de sentarlo. Su hermano tenía convulsiones, los ojos en blanco, las manos y los pies erectos y temblorosos.

"Paul", balbuceó Robert.

Carson se volvió hacia Michael.

"¡Por el amor de Dios, ayúdame!"

Michael parecía congelado por la extrañeza de los acontecimientos del día y se quedó allí, masticando algo despacio, deliberadamente, con la sangre goteándole de los labios.

A continuación miró a Bella.

"¿Bella? Ayúdame a..."

El cuerpo de Robert se relajó y la falta de rigor le hizo resbalar en los brazos de Carson. Mirando fijamente a su hermano, Carson se sorprendió al ver que tenía los ojos abiertos y le miraba directamente.

Carson se soltó por completo y retrocedió dando tumbos, pero la mano de Robert, a la que le faltaba parte de un dedo, salió disparada antes de que pudiera ponerse a distancia de alcance. Se clavó en su garganta y tráquea.

Carson agarró la mano, tratando desesperadamente de despegarla, pero el agarre de Robert era imposiblemente fuerte.

Robert se incorporó y le miró directamente a la cara. Sus ojos eran oscuros, casi negros.

"Al contrario, Paul, nunca me he sentido tan viva".

¿Paul? ¿De qué coño está hablando?

Los ojos de Carson se desviaron hacia Michael, que seguía allí de pie, boquiabierto como un bufón. Luego miró a Bella, pero ella también parecía paralizada por el miedo, la confusión o *algo así*.

Le estaban aplastando las vías respiratorias y, por mucho que arañara la mano de Robert, no parecía inmutarse.

"Bella", intentó decir, pero la palabra apenas salió más como un graznido o un estertor que como una palabra real.

Robert empezó a levantarse, primero sobre una rodilla y luego sobre los pies. Luego levantó a Carson del suelo con una mano y sus ojos se volvieron completamente negros. Carson sentía que le arrancaban la vida a patadas.

Y entonces, justo cuando sentía que su conciencia se desvanecía, los ojos de Robert se aclararon de repente y su mano soltó a Carson.

Tosió y cayó al suelo, tratando de respirar profundamente mientras se masajeaba la garganta.

"Bella", jadeó. "Bella, atrápalo".

Eso fue todo lo que consiguió antes de que le sobreviniera un ataque de tos que acabó con él escupiendo un fajo de sangre al suelo.

Cuando levantó la vista, Bella por fin se animó. Fue directa hacia Robert, que estaba allí de pie, con una expresión confusa en el rostro.

¿Qué coño acaba de pasar?

Robert parecía no haber dormido en días, y tenía varias heridas que parecían ser anteriores a la paliza que le había propinado Michael. La muñeca por la que le había sujetado parecía morada, o bien muy torcida o tal vez incluso rota.

¿Cómo lo hizo? ¿Qué ha hecho*?*

Bella dio una patada a Robert en la parte posterior de la rodilla y éste cayó con fuerza sobre el culo y la espalda. No opuso resistencia ni siquiera cuando ella se abalanzó sobre él como un ágil puma y empezó a atarle las manos por delante.

"¡Robert!" Shelly gritó desde la izquierda de Carson. Con toda la acción, se había olvidado de que estaban allí. Aún de rodillas, Carson giró la cabeza hacia su voz.

Los muertos, a los que se suponía que controlaba, estaban inmóviles directamente entre las cámaras de Shelly y Cal.

"Agárralos", graznó, haciendo un gesto con la mano hacia el quiddity. "Agárrenlos. Llévalos a la Médula", repitió con una voz que no reconocía. Pero el quiddity no se movió, ni se inmutó.

No tenía ni idea de qué demonios era ese truco de cámara, pero fuera lo que fuera, superaba incluso sus órdenes.

La única quididad que no estaba de pie era la mujer con media cara, la que había enviado a Allan a la Médula. Pero no era sólo que estuviera tirada en el suelo lo que la hacía diferente. Por alguna razón, parecía más *real*.

Y entonces, inexplicablemente, el montón de carne y hueso empezó a moverse. Sólo un pequeño movimiento al principio, pero luego toda su pierna, que antes había estado torcida bajo ella en un ángulo extraño, empezó a enderezarse.

Como un ternero recién nacido, la muerta empezó a levantarse, con su único ojo bueno sin pestañear y apuntando directamente a Carson.

Tragó saliva.

"Ve", me ordenó. "Coge las cámaras."

Pero el muerto, de pie y tambaleándose, no respondió a sus instrucciones. En su lugar, el ojo muerto se desvió hacia Robert, que estaba de espaldas, atado de pies y manos.

"¿Y ahora qué, Carson?" preguntó Bella, con los ojos de un lado a otro.

Carson no respondió de inmediato. Intentaba pensar, comprender lo que le había ocurrido a Robert, pero luego se sacudió los pensamientos.

No importaba.

Lo que importaba era que ahora lo tenían a él, y era un Guardián. Podía ser -sería- utilizado para abrir la grieta.

Leland pudo lidiar con toda esta mierda cuando vino a este lado.

Todo lo que necesitaban era atarlo entre los vivos y los muertos. El problema era que, de repente, los muertos eran tímidos con las cámaras.

Carson volvió a mirar a la mujer con el agujero en la cara. Estaba allí de pie, con una postura que sugería que esperaba instrucciones.

Una instrucción que Carson ya había dado.

"¡Muévete, maldita sea!", gritó, consiguiendo por fin ponerse en pie.

Una vez más, la mujer no respondió y Carson levantó los brazos, frustrado.

Cuando había imaginado atrapar a Robert aquí, en la finca Harlop donde todo empezó para él, había imaginado que las cosas irían de otra manera.

Muy diferente.

Pero entonces alguien dio una orden, y la mujer muerta por fin empezó a moverse. Sólo que no fue Carson quien la dio, sino Robert.

Capítulo 34

La mujer llamada Helen estaba dentro de su cabeza. Cuando Robert la soltó, la soltó de verdad, ella salió a la superficie. Y sólo entonces disminuyó la presión dentro de su cabeza.

En un momento de confusión, dejó que ella tomara el control, que desatara su furia contenida, nacida del maltrato de su marido y de su asesinato. Apartándose de su propio cuerpo, Robert observó cómo Helen agarraba a Carson por el cuello.

Y casi deja que lo mate.

Pero al igual que en la prisión de Seaforth, no era algo que se atreviera a hacer, aunque no fuera precisamente el orquestador de sus actos.

Una muerte, por justificada que fuera, era suficiente para Robert.

Como un hombre que se ahoga arañando la superficie, Robert se obligó a sí mismo a salir a la superficie, haciendo que Helen volviera a los profundos recovecos de su mente. Por el momento, estaba en paz, solo en su cabeza. Pero también estaba agotado, física y mentalmente, y era incapaz de luchar contra Bella, que lo tenía atado. Sin embargo, cuando Carson dio la orden al quiddity, se sintió obligado a actuar.

Con las manos atadas, no podía controlar el quiddity como antes, y de paso permitir que Cal y Shelly bajaran las cámaras y se largaran de aquí.

Pero aún podía hablar y, por alguna razón, pensó que podría ser capaz de comandar el saco vacío con el quid de Helen ahora dentro de él y que podría ejercer control sobre su cuerpo.

Y si no era él, tal vez Helen podría ayudar.

"Agárrenlo", fue todo lo que tuvo que decir.

La criatura avanzó a grandes zancadas, pero los pasos eran torpes, raquíticos, todo rodillas y codos.

Carson se puso en pie y miró a Michael y Bella en busca de ayuda.

"¿Qué coño estás haciendo? ¡Leland te puso bajo *mi control!" le* gritó al cadáver de Helen.

Cal, que parecía haberse ido de la lengua hasta ahora, miraba a Robert con una mezcla de terror y confusión en el rostro.

"Robbo, ¿qué coño está pasando? *¡Robbo!*"

"Agarra a Carson", volvió a exigir Robert, ignorando a su amigo. El cuerpo de Helen dio otro paso torpe.

Con cada orden, sentía resistencia, lo cual era extraño, dado que el contenido de su cabeza había sido extraído y ahora estaba dentro de la suya.

Cuando Michael, sin camiseta y tatuado, se puso delante de Carson de forma protectora, Robert volvió sus pensamientos hacia su interior.

¿Helen? ¿Estás ahí?

Silencio.

¿Helen?

Esta vez, su pregunta fue respondida por una vocecita.

¿Dónde estoy?

Había desesperación en esa vocecita. Desesperación y miedo.

¿Qué me ha pasado?

Robert no tenía el corazón para recapitular su muerte, ni el tiempo para tratar de explicarle cosas que no tendrían ningún sentido para ella.

"No dejes que se acerque a mí", dijo Carson, con una pizca de miedo en la lengua.

Michael, cuya boca aún goteaba sangre del lugar donde había mordido el dedo de Robert, buscó a su alrededor algo que pudiera utilizar como arma. Se decidió por la botella de whisky casi vacía que había sobre la chimenea.

Helen, ahora estás a salvo. Puedo explicarlo más tarde, pero ahora necesito tu ayuda.

¿Quién es usted?

El cadáver dio otro paso alegre y tambaleante.

"¿Robbo? ¿Qué pasa?"

Me llamo Robert Watts. Por favor, Helen, ¿puedes ayudarme?

"¿Robert?" Shelly preguntó de nuevo.

Pero Robert cerró los ojos y trató de concentrarse.

Helen, necesito tu ayuda, por favor, tienes que dejarme moverte.

¿Moverme?

Robert respiró hondo. Cuando había dado las órdenes al proyectil, la presión había vuelto a su cabeza. Si conseguía que Helen se soltara, como había hecho él, pensó que podría conseguir que su cuerpo volviera a moverse.

Robert estaba a punto de abrir la boca para decir algo, para ordenar de nuevo a la criatura, cuando sintió que la presión en su cabeza disminuía.

Helen le había dado el control.

"¡Coge a Carson!", gritó, y la criatura obedeció de inmediato.

Se abalanzó sobre Carson, con las uñas de las manos más largas ahora que le habían arrancado las cutículas y un gruñido en la boca podrida.

Michael la interceptó antes de que llegara a Carson. Le lanzó la botella y ésta se rompió contra el agujero abierto de su cara.

El cuerpo de Helen se tambaleó, pero no cayó. Mientras Michael intentaba recuperar la botella, que estaba alojada en el agujero que se había agrandado con el impacto, una de las sucias manos de ella se alzó y le agarró la muñeca.

"¡No!" gritó Carson, apartándose instintivamente de Michael y Helen, que estaban a pocos pasos delante de él.

Robert también se encogió, esperando que los ojos de Michael se volvieran negros, que su cuerpo y el de Helen empezaran a desvanecerse.

Pero eso no ocurrió. En su lugar, Helen retorció el brazo de Michael, aprovechando la conmoción y la sorpresa del hombre. Haciéndole girar, le subió la muñeca por la espalda hasta que un crujido audible llenó la habitación. Michael aulló y Helen le dio un empujón y lo soltó.

Robert no estaba completamente seguro de si le había dicho mentalmente que lo hiciera, o si Helen lo había hecho, o si ahora actuaba por su cuenta.

Y tampoco estaba completamente seguro de por qué Michael no había sido desterrado a la Médula.

"¿Carson? ¿Qué demonios?" Bella exigió.

"No lo sé", respondió Carson, dando otro cauteloso paso atrás. Bella, por su parte, sacó una espada de algún lugar bajo su chaleco negro y avanzó.

Carson la agarró del brazo, pero ella se lo quitó de encima. Por un segundo, Robert tuvo la impresión de estar viendo a la doble malvada de Shelly: decidida, testaruda y dura como una roca.

El cuerpo de Helen no se molestó en quitarse la botella de whisky que sobresalía de su cara. En su lugar, se dirigió hacia Bella.

A diferencia de Carson, Bella no se dejó intimidar.

Se encontraron en el centro de la habitación, el cuchillo de Bella azotando el aire con una velocidad asombrosa.

El primer tajo atravesó el camisón manchado de hollín de Helen, haciendo una larga y profunda línea vertical justo por encima de su ombligo. Helen estiró el brazo, intentando agarrar la cuchilla o la muñeca de Bella, pero fue demasiado lento. El segundo tajo le cortó limpiamente uno de los pechos.

Era una escena increíblemente extraña, no sólo por la botella que sobresalía de la cara de uno de los combatientes, sino porque no salía sangre de ninguna de las heridas del cadáver.

Y, sin embargo, su boca seguía torcida en un gruñido.

Michael se puso en pie, con el brazo derecho colgando a su lado.

"¿Qué coño debemos hacer, Carson?"

Bella acuchilló una y otra vez, desollando los brazos, el pecho y el estómago del cadáver. Pero nada de lo que hacía parecía afectar a la determinación de Helen.

No paraba de venir.

Al final, a Bella se le acabó la suerte y una de las manos del cadáver se enredó en su lacio pelo negro.

Se oyó un desgarro y Bella gritó. La elevaron en el aire, pero antes de que la lanzaran al otro lado de la habitación, levantó la mano y utilizó el cuchillo para cortarse el pelo.

Un enorme mechón de pelo cedió y Bella cayó al suelo.

Aún gritando, se arrastró de vuelta al lado de Carson y Michael.

El cadáver estaba de pie con el camisón completamente cortado, la carne pálida y desnuda debajo hecha jirones, su postura era tal que protegía claramente lo que tenía detrás.

Y detrás de ella estaban Cal y Shelly, con sus cámaras en alto, entre ellos los otros diez quiddity, aún congelados en su sitio.

Robert estaba en el suelo boca arriba, con los pies y las manos atados, el cuerpo de Jonás aún humeante a pocos metros de donde yacía.

Y luego estaba Carson, con el rostro pálido y sin la estúpida sonrisa de Cheshire en los labios. Michael, con la boca llena de sangre, respiraba con dificultad y tenía el brazo derecho colgando a un lado. Bella, con la cara roja y un enorme mechón de pelo suelto en la parte delantera de la cabeza, estaba a su otro lado.

"¿Carson?" Bella preguntó.

Estaban en un punto muerto.

La presión volvía a aumentar dentro de la cabeza de Robert, que notaba que su confusión y su voluntad de ayudar disminuían. Sin ella, no estaba seguro de poder controlar su cuerpo, y no se sabía qué pasaría si la perdía.

Carson miró a Robert y se burló.

"Esto no ha terminado, hermano. Volveré". Empezó a moverse hacia la puerta, llevando a sus dos cómplices con él. "Volveré y la grieta se abrirá, Robert. Estaba en la profecía: *se abrirá* y papá volverá a casa".

Señaló a Robert con un largo dedo.

"Será mejor que lo creas."

Y entonces los tres se dieron la vuelta y huyeron de la finca.

Capítulo 35

"**¡Joder, Robert! ¿Qué** coño acaba de pasar?" exigió Shelly, con la voz ronca.

Robert no contestó de inmediato. La verdad era que estaba tan confuso como Shelly; no tenía ni idea de cómo Helen había acabado en su cabeza, ni de cómo se las había arreglado para ordenar a su vacío cascarón de cadáver que cumpliera sus órdenes.

"¡Robert!", le gritó, y él negó con la cabeza. Probó las cuerdas en sus manos, y supo que no había manera de que pudiera liberarse.

Cal es el siguiente en intervenir.

"¡Robert! ¡Un poco de ayuda aquí!"

A pesar de sus esfuerzos por recuperar la forma, Cal llevaba casi una hora sosteniendo la cámara. Le temblaba todo el brazo, desde el hombro hasta la punta de los dedos.

En lugar de responder, Robert volvió su atención hacia su interior.

Helen, necesito una cosa más de ti.

Y entonces pensó en la solución a su problema.

El disgusto y la incomodidad de la mujer se manifestaron en su mente como un latido sordo.

Entonces, ¿cómo puedo volver? ¿Cómo podré volver?

Robert se lo pensó un momento.

Allan estaba en la Médula, al igual que Amy.

Recuperaría a los dos, de eso no le cabía duda. Y cuando lo hiciera, se llevaría a Helen con él.

Te llevaré allí. Te lo prometo. Por favor, sólo esta última cosa.

Hubo una pausa y Robert abrió los ojos.

El cadáver de Helen empezó a animarse de nuevo, moviéndose lentamente hacia Shelly.

"¿Robert? ¿Qué está pasando, Robert?" Su voz subió de tono. "¿Robert?"

Robert no dijo nada.

Al acercarse, el cadáver dio un paso lateral para evitar a Shelly.

"¿Robert?", casi susurró.

El cadáver se movió entre los otros diez quiddity, instalándose en el centro de su masa, con cuidado de no tocarlos.

Gracias, Helen. Gracias a ti.

"Deja la cámara, Shelly", dijo Robert suavemente. "Deja la cámara y ven a mí. Tú también, Cal".

Los ojos de Shelly se abrieron de par en par.

"¿Seguro?", preguntó.

Robert asintió.

Shelly dejó escapar un suspiro y bajó la cámara, claramente

aliviada por la descarga de tensión en el brazo y el hombro. Cal hizo lo mismo, y entonces ambos se abalanzaron sobre él, con los ojos fijos en el muerto.

El quiddity que había estado bajo el control de Carson pareció vacilar, sus ojos se alzaron lentamente, sus brazos se flexionaron de forma muy parecida a como Cal y Shelly lo habían hecho momentos antes.

Estaban confusos, la capacidad de moverse por sí mismos un giro sorprendente de los acontecimientos.

Uno a uno, empezaron a darse cuenta de que algo no iba bien, de que había *alguien-algo-diferente* entre ellos.

Un hombre con una cicatriz que le cruzaba la frente se volvió hacia el cadáver de Helen. Hubo un momento en que Helen se tensó, pero Robert no estaba seguro de si fue algo que vio o algo que sintió en su mente. En cualquier caso, sólo duró un segundo. El hombre gruñó, se acercó y agarró a Helen por el brazo.

El cadáver no hizo nada.

Incluso cuando cada uno de los otros diez quiddity se acercó y la agarró por los brazos, los colgajos de piel de su vientre, la botella de whisky que sobresalía de su cabeza, ella no reaccionó.

La desgarraron con la ferocidad de una manada de lobos hambrientos. Mientras desgarraban su carne muerta, multiplicando por diez la magnitud del daño que Bella le había infligido, sus ojos empezaron a ennegrecerse. Sus gruñidos degeneraron en un aullido colectivo, y entonces todos echaron la cabeza hacia atrás al unísono, con una luz que salía de sus bocas como si sus entrañas hubieran sido sustituidas por un brillo inimaginable.

Robert se tapó los ojos y sintió que Shelly se acurrucaba a su lado y hundía la cabeza en su pecho, sollozando.

En algún lugar cercano, Cal también lloraba.

La luz crecía y crecía hasta que resultaba casi insoportable mirarla. Pero a diferencia de sus amigos, Robert persistió.

Justo un instante antes de que el enorme orbe brillante se apagara, Robert vio la silueta de una joven, oscura entre el fondo imposiblemente brillante.

No dijo nada, ni siquiera saludó. Pero él sabía quién era.

Era Amy.

"Voy por ti, Amy", susurró. "Haré lo que sea para recuperarte".

Capítulo 36

El embozado dudó antes de dar otro paso. Un escalofrío recorrió todo su ser. Respiró hondo y cerró los ojos.

Gritos.

Todo el mundo gritaba.

Al menos diez, tal vez más, quiddity cruzando al mismo tiempo.

"¿Sentiste eso?"

Sean levantó la vista hacia el rostro encapuchado e instintivamente tocó la cubierta de *Inter vivos et mortuos* que yacía sobre la mesa entre ellos.

Había sentido algo en el estómago y en el pecho, una especie de opresión.

"Sí", admitió.

"¿Es... es Robert?"

Sean se encogió de hombros.

"No lo sé. Tal vez".

"¿Seguro que está bien? ¿Tiene a uno de sus hombres con él?"

Sean asintió.

"Lo mejor. Se pondrá bien".

"¿Cuánto tiempo le dijiste que vigilara a Robert?"

Sean se lo pensó un momento antes de contestar.

"Nunca le di un plazo".

"Bien, bien". La voz del encapotado era áspera, andrógina. Una mano pequeña salió de debajo de la túnica y le quitó el libro a Sean.

Los dedos despegaron la cubierta y hojearon con cuidado las páginas hasta detenerse en un pasaje muy concreto.

"Un Guardián, atado entre mundos, abrirá la grieta", leyó la voz áspera. Sean conocía bien este pasaje. De hecho, se sabía todo el libro casi de memoria. El pasaje que el encapotado leía ahora era, en su opinión, el más importante de todo el libro.

La Profecía.

"Pero el Guardián no podrá mantenerlo abierto. Sólo la quididad de un niño, de un niño poderoso nacido de dos Guardianes, podrá mantenerla abierta y permitir que las almas pasen al mundo de los vivos."

El embozado cerró el libro y volvió a estremecerse.

"Lo peor está por llegar". La voz era más áspera que de costumbre. Era tan ronca que a Sean le crispaba los nervios. Metió la mano en el bolsillo y sacó un cigarrillo, sorprendido de que la mano le temblara ligeramente.

"Lo peor está por venir, Sean. Y debemos estar preparados para ello".

Capítulo 37

Allan Knox se despertó en una playa. Era una playa preciosa y, aunque su memoria estaba nublada, supo al instante dónde se encontraba.

La médula.

Mientras miraba las olas que rompían en la orilla, a Allan le asaltó de repente una persistente decisión que debía tomar. Se manifestó como un pensamiento propio, pero sabiendo lo que sabía de la Médula, era consciente de que no era de su propia creación.

Podría sumergirse en el tuétano y absolverlo del yo, rellenando eficazmente la cualidad de quididad para los que aún no han nacido.

Allan sabía qué decisión debía tomar, qué decisión era la correcta. Pero dudó antes de tomarla, y sus ojos se volvieron hacia arriba. El cielo había adquirido un tinte anaranjado, y parecía como si el fuego hubiera empezado a lamer los esponjosos bordes de las nubes.

Podía entregarse a la Médula, o podía permanecer entero, único, un individuo, y dirigirse al fuego preñado del cielo.

Era la decisión del *yo*, la que todos deben tomar en la orilla. Era la comprensión de que había algo más en este mundo y en los demás que los deseos egoístas que guiaban y a menudo empañaban las acciones humanas en la vida.

Un error en la evolución.

Un error.

"Antes de elegir", dijo una voz, y Allan se dio la vuelta. Sólo que se encontró incapaz de girarse, con los pies clavados en la arena. Miró hacia abajo y jadeó.

La arena había desaparecido; en su lugar había un alquitrán negro y espeso. Pero estaba lejos de ser inerte; había manos en el fango, sujetándole. Sintiendo que el pánico empezaba a invadirle el pecho, Allan intentó desesperadamente levantar el pie. Llegó a unos centímetros de la superficie antes de que otra mano lo empujara de nuevo hacia abajo.

"¿Qué está pasando?"

Un trueno atrajo de nuevo sus ojos hacia arriba.

El cielo estalló en un infierno naranja intenso que extrañamente parecía reflejar el agua azul que había debajo. Y en ese fuego vio rostros, rostros que burbujeaban y aparecían y desaparecían.

"Tienes que tomar una decisión", volvió a decir la voz. Aunque Allan no podía girarse, sabía quién hablaba.

Leland Black.

"Culpable de los cargos. Tienes que tomar una decisión, Allan, pero antes considera esto: ¿por qué querías encontrar la Médula en primer

lugar? Por tus padres, ¿correcto? No, no, no necesitas responder, sólo escucha. ¿Ves la ironía de tu decisión? Necesitas usar la misma cosa -autoconciencia, un simple fallo en el curso de la evolución- para decidir si no renunciar a ella. ¿No ves la ironía? ¿La lógica circular?"

Allan sentía la imperiosa necesidad de tomar una decisión, pero las palabras de Leland le hicieron reflexionar.

"Ah, y una cosa más. Pregúntate lo siguiente antes de ahogarte en el Mar, Allan: ¿qué sentido tenía todo esto?".

Capítulo 38

"**Quemen al bastardo**", sugirió **Shelly** mientras estaban de pie junto al cadáver de Jonás. "Quema al maldito bastardo".

Había desatado a Robert y estaba vendándole el dedo cuando Cal preguntó qué iban a hacer con el cuerpo del gordo.

"¿En serio?"

"Bueno, no voy a cavar un agujero lo suficientemente grande para ese vago. Además, merece ser quemado. Lástima que ya esté muerto".

Robert observó cómo Shelly envolvía con una gasa el nudillo central, donde terminaba el dedo.

"Mierda, Robert, ¿no te duele?"

Robert se encogió de hombros. Le dolía, pero ni más ni menos que otra docena de heridas.

"Voy a echar de menos este dedo... era mi favorito", dijo Shelly, tratando claramente de aligerar el ambiente. Pero su voz carecía de la entonación adecuada para tener éxito.

"Enfermo", respondió Cal.

Llevaba la cámara en la mano y miraba algo en la pantalla.

"Echa un vistazo", dijo. Pasó por encima de Jonás y giró la pantalla para que Shelly y Robert pudieran verlo.

Lo primero que vio Robert fue a Allan bajando la cámara y acudiendo en su ayuda. Le propinó una sólida patada, de la que ninguno de ellos había creído que el escuálido chico fuera capaz, en la cabeza a Michael, y Robert sintió un extraño orgullo. Pero a medida que la escena seguía desarrollándose, la sonrisa se le borró de la cara. La quiddity -Helen*, se llamaba Helen-, que* ya no estaba congelada por la cámara de Allan, alargó la mano y lo agarró. Sus ojos se volvieron negros y todo su ser empezó a temblar.

Cal se alejó y enfocó a Robert, que gritaba a pleno pulmón. La cámara se alejó, encajando en el encuadre tanto a Robert como a Allan, que seguían agarrados por el quiddity.

La imagen se desmagnetizó y, cuando volvió a la normalidad, el quiddity brillante empezó a pixelarse. A medida que aumentaba la concentración de Robert, los cubos iridiscentes empezaron a extenderse desde la coronilla de la cabeza de la mujer como caramelos de colores, fluyendo hacia la mano extendida de Robert. Mientras Robert miraba a su yo en pantalla con los ojos en blanco, los colores parecían ser absorbidos *por él*. Las tonalidades rojas, amarillas y anaranjadas se filtraron del cadáver de Helen hasta que se volvió completamente gris, como el aspecto de Allan a través de la lente roja.

Robert, en cambio, estaba floreciendo.

Y entonces sus ojos se volvieron negros y alargó la mano y agarró a

Carson por el cuello.

Por favor, haz que pare, suplicó Helen.

Robert apartó la mirada.

"Apágalo", le dijo. Como Cal hizo caso omiso, repitió la petición, esta vez con más fuerza.

Me lo agradeció.

"¿Qué pasó, Robbo? Vimos algo parecido en el cementerio y en Seaforth, pero no *así*. Fue... fue *dentro de* ti", dijo Cal en voz baja.

Robert, que seguía mirando hacia otro lado, hizo una mueca de dolor cuando Shelly empujó con fuerza para sellar el vendaje de su dedo, que ahora tenía la mitad.

"Lo siento", refunfuñó. Ella también estaba en evidente estado de shock por lo que había visto.

Robert tenía un conflicto. Habían visto lo que había hecho y se daban cuenta de que no estaba bien, de que algo no iba bien.

Cal tenía razón, esto no era como Seaforth, o incluso el Séptimo Distrito.

Esto era diferente.

Era diferente porque Helen estaba aquí con él ahora.

"¿Robert?" Shelly preguntó.

"Está... está aquí", dijo en voz baja, señalándose la sien con el dedo. "De alguna manera... de alguna manera absorbí su quiddity y ahora ella está aquí".

Shelly hizo una mueca, y Robert no la culpó. Sabía cómo sonaba.

Había tomado el *yo* de Helen y lo había combinado con el suyo.

"¿Qué? ¿Cómo?"

Robert se encogió de hombros.

"No lo sé... no lo sé. Todo lo que sé es que mi *yo* está ahora entrelazado con el suyo".

Cal entrecerró los ojos. Luego se frotó la cara y los ojos.

"¿Qué coño pasa, Robert? ¿Qué significa todo esto? ¿Irá alguna vez a la Médula?". preguntó Cal con un suspiro.

Robert se encogió de hombros.

No podía saberlo con certeza, pero lo había prometido.

Y Helen se apresuró a recordárselo.

Algún día te llevaré allí. Aunque tenga que encontrar el libro otra vez y...

Con todo lo que había pasado en la finca, Robert se había olvidado por completo de lo ocurrido en la iglesia.

Y sobre el álbum de fotos.

Sus ojos se endurecieron al enfocar el rostro de Shelly.

"Creo que hay algo que tienes que decirme", dijo, esforzándose por contener sus emociones.

Su ira.

Su imagen, su cara redonda y sonriente mirando a la cámara desde el suelo de la iglesia, pasó por su mente.

La misma iglesia donde había estado, la parte de su vida que no podía recordar.

Shelly parpadeó, sorprendida por la pregunta.

"Tienes un secreto, y creo que ya es hora de que lo saquemos a la luz".

Shelly se miró los pies y abrió la boca para contestar. Sólo que no fue su tiempo en la iglesia lo que admitió, sino otra cosa.

Algo que dejó boquiabierto a Robert.

"Robert, estoy embarazada."

Epílogo

Carson trató de rodear a Bella con sus brazos, pero ella lo apartó de un empujón.

"¿Cómo puedes estar sonriendo en un momento como éste?", preguntó, con sus finas cejas fruncidas. "En serio, Carson, ¿qué coño te pasa?"

Estaban de nuevo en el sótano del Crematorio de Scarsdale, y después de que Carson hubiera rebuscado entre los cadáveres y sólo hubiera contado diez, no pudo *evitar* sonreír.

En lugar de responder, se acercó y pulsó el botón del horno. Se oyó un clic y el horno se encendió, iluminando su cara con un resplandor anaranjado y amarillo.

"Ayúdame con los cuerpos", dijo, volviéndose hacia Michael. El brazo del hombre estaba envuelto en un cabestrillo hecho con su camisa, pero era fuerte, y le bastaría una sola mano para ayudar a izar los cuerpos al horno.

Ya no le servían de nada... a menos que...

Michael asintió y dio un paso adelante, pero Bella extendió la mano y le bloqueó el paso.

¿"Carson"? ¿En serio? ¿Perdiste la puta cabeza en Seaforth? La jodimos, tuvimos nuestra oportunidad y la perdimos. ¿Crees que Robert va a bajar la guardia ahora? ¿Crees que volveremos a acercarnos?"

Como él seguía sin contestar, respiró hondo.

"¡Carson! ¿Qué coño te pasa?"

Michael la empujó y juntos cogieron el primer cuerpo. Con un gruñido, y Carson soportando la mayor parte del peso, lo colocaron en el borde antes de empujarlo hasta el fondo.

Luego dio un paso atrás y vio cómo las llamas empezaban a lamer la parte inferior del cuerpo.

Bella le agarró del brazo y él giró hacia ella.

"Contéstame, Carson".

Y entonces, por fin, lo hizo.

"Porque, Bella-porque si Robert puede hacer *eso*, entonces yo también".

FIN

Nota del autor

La pregunta más frecuente que me hacen como escritor es*: "¿De dónde saca las ideas?*

En un reciente videoblog en mi página de Facebook, expliqué la inspiración de mi primera novela, **Piel**.

La idea de **Shallow Graves** fue un poco diferente; a diferencia de **Skin**, no surgió de una experiencia, sino de un artículo que leí. Describía a un hombre del Reino Unido que estaba tan harto de los gastos funerarios que, cuando murió su madre, decidió enterrarla él mismo, en el patio de su casa.

En aquel momento estaba leyendo una historia de fantasmas, así que me pregunté qué pasaría si la difunta madre del hombre estuviera tan enfadada con él por no haberle dado un entierro digno que hubiera regresado.

Y eso, querido lector, fue lo que impulsó la idea que acabó convirtiéndose en el Libro 1 de la *Serie Embrujada*. Los libros de esta serie exploran un tema central: la ilusión del yo y la extraña verdad de que sólo los humanos están bendecidos, o maldecidos, con la conciencia de sí mismos. Intento investigar estas ideas, esta visión nihilista de la realidad, en el contexto de una historia de fantasmas a la vieja usanza, del bien contra el mal. Ah, y como bien sabes, hay mucha sangre... siempre mucha sangre.

Espero que hayan disfrutado de esta aventura hasta ahora, y me complace informarles de que está muy lejos de terminar; de hecho, el Libro 5 **Orfanato Sagrado Corazón** ya está disponible.

Así que venga, sígame por la madriguera del conejo. Y si lo haces, e incluso si no lo haces, ten por seguro que no fuiste *tú* quien tomó la decisión. Fue tu biología, el trozo de carne eléctrica de un kilo que tienes detrás de los ojos y que te hace hacer lo que haces.

Tú sigue leyendo y yo seguiré escribiendo.

Patrick
Enero 2017, Montreal

Diseño de portada: Ebook Launch (www.ebooklaunch.com)
Diseño interior: © Patrick Logan 2017
Edición: Edición de línea principal (www.mainlineediting.com)

Primera edición: Diciembre 2023